



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO**

Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura Hispanoamericana
con mención en Teoría Literaria

**La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña y sus
aportes al conocimiento de la historia cultural de la Colonia**

Catalina Valdés Echenique

Profesor guía: Grínor Rojo

Comisión informante: Alicia Salomone
Rolando Carrasco

Marzo 2008

ÍNDICE

Presentación	3
Capítulo primero Apuntes para una definición de la historia en la obra crítica de Pedro Henríquez Ureña	8
Capítulo segundo Criterios historiográficos en <i>Las corrientes literarias en la américa hispánica</i> e <i>Historia de la cultura en la américa hispánica</i>	34
Capítulo tercero La dialéctica de Pedro Henríquez Ureña	44
Capítulo cuarto Algunos antecedentes a la historiografía colonial de Pedro Henríquez Ureña	51
Capítulo quinto Historiografía colonial de Pedro Henríquez Ureña	68
Capítulo sexto Sobre la recepción de los planteamientos historiográficos de Henríquez Ureña	81
Conclusión	90
Bibliografía	97

PRESENTACIÓN

Pedro Henríquez Ureña nació en Santo Domingo el año 1884. Sus padres, Francisco Henríquez y Salomé Ureña, pertenecían a esa clase criolla ilustrada, comprometida con las artes y la política, presente en todas las naciones americanas desde mediados del siglo XIX. Los constantes conflictos políticos de su país obligaron al joven Pedro y su familia a vivir intermitentes períodos de exilio, que tuvieron como consecuencia una apertura en la mirada y una fortaleza en el espíritu que acompañaran para siempre a nuestro autor y que se traspasaron, como intentaremos mostrar en las páginas que vienen, a toda su obra. Tras una vida de viajes, estudio y enseñanza y, sobre todo, de creación de conocimiento original hispanoamericano, Henríquez Ureña murió en 1946 de un ataque al corazón que lo sorprendió en el tren que lo llevaba a dictar sus clases de la Universidad de la Plata, Argentina.

La obra de Henríquez Ureña es tal vez reducida si la comparamos, por ejemplo, a la su contemporáneo y amigo Alfonso Reyes, o a la de uno de sus más renombrados discípulos, Octavio Paz. De hecho, entre los testimonios de quienes lo conocieron se insiste en que el valor de sus palabras (de sus conferencias, sus clases, sus conversaciones cotidianas...) era aún mayor al de su escritura, siempre apurada, entre una tarea y otra, pero que ambas eran inferiores al valor de su acciones:

“Evidentemente, todo era ejemplar en aquel maestro, hasta los actos cotidianos [...] De Pedro Henríquez Ureña sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor. A mi memoria acuden unos ejemplos de lo que se podría llamar su ‘manera abreviada’”¹.

Tras leer prácticamente toda su obra, nosotros estamos de acuerdo con la observación de Borges, y consideramos que este relativamente reducido cuerpo textual no es otra cosa que el fruto de una admirable capacidad de síntesis y claridad, que guarda en sobrio envoltorio un pensamiento profundo y complejo. Prácticamente toda su obra se compone de breves ensayos, siendo algunos de ellos transcripciones de conferencias. Es probable que muchos de ellos fueran escritos respondiendo a algún evento particular de la contingencia (la publicación de algún libro, una lectura que lo inspirara, la inauguración de alguna cátedra, el homenaje a algún colega...) pero esa manera a la que alude Borges hace que ninguno de ellos pierda su sentido aun hoy, ajeno a las circunstancias que lo originaron. Es más: consideramos que un

¹ “Pedro Henríquez Ureña”, de Jorge Luis Borges. Prólogo a *Obra crítica*. Edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Speratti Piñero. FCE, México, 1960, VII.

formato conciso y libre de formalidades como es el del ensayo por él cultivado, mantiene la frescura de estos textos y deja en ellos un aire de oralidad.

Su espíritu humanista y las diversas circunstancias de la vida fueron formando sus intereses y dando sentido a su trabajo crítico, que acabó enteramente comprometido con lo que él mismo llamó la *utopía americana*. Pero múltiples fueron los asuntos que abordó antes de dedicarse con exclusividad al estudio de la historia, la cultura, la lengua y las letras de Hispanoamérica: la filosofía clásica y moderna, el teatro contemporáneo, la ópera, la literatura en lengua inglesa, la historia, la lengua y las letras de España, la política de su país y de toda América llenaron páginas de sus artículos periodísticos, prólogos y ensayos. Si bien es cierto que no encontramos ningún título destinado a desarrollar un pensamiento abstracto, como el que proyectó, por ejemplo, Alfonso Reyes en *El deslinde*, muchos de sus escritos permiten entresacar las teorías e ideas centrales de su concepción de la literatura, la historia, la lingüística y la cultura.

En el presente estudio, nos hemos propuesto abordar la obra americanista de Henríquez Ureña, circunscribiendo específicamente nuestra lectura a los numerosos ensayos que destinó a la historia de las artes, las letras, el pensamiento y la sociedad de la época colonial.

La razón que nos atrajo a este aspecto de su obra fue la curiosidad y luego el interés que nos produjo encontrar unidos en una misma escritura dos actitudes que hasta ese momento concebíamos como irreconciliables: la valoración de la época colonial y la defensa de la América republicana y su originalidad. Luego de estudiar su obra, la historiografía que la precede y la influencia que ha tenido en los estudios culturales de la Colonia, nos atrevemos a afirmar que su trabajo es uno pionero en la materia y que su aporte no ha sido del todo asimilado por quienes han venido después.

Tras la lectura, selección y organización de sus ensayos dedicados a este tema, salieron a la luz tres problemáticas centrales: la primera, de carácter historiográfico, se refiere a la continuidad de la historia americana, hipótesis central de Henríquez Ureña que contrasta con la de sus antecesores liberales, quienes fijaban el inicio de nuestra historia en la proclamación de las independencias nacionales. La segunda problemática dice relación con la originalidad de América y el aporte que esta tierra ha hecho y ha de seguir haciendo a la cultura universal, asunto escasamente abordado aun en nuestros días. Finalmente, una tercera problemática, que tal vez pudo resultar más polémica en sus días, incumbe a la defensa de la condición hispánica

de nuestra cultura, entrelazada en la definición mestiza de ésta.

Considerando la extrema complejidad y las múltiples aristas de estas tres líneas centrales de su pensamiento, hemos querido organizar el presente estudio de forma tal que a cada momento estemos refiriéndonos. Esperando darles así a las cuestiones que abordamos un tratamiento, si bien no completo, al menos suficiente.

El primer capítulo plantea una revisión cronológica de los ensayos que Pedro Henríquez Ureña escribió sobre asuntos históricos con miras a elaborar una definición de lo que el autor concibió como historia cultural. Comenzando por los escritos de la primera década del siglo XX, hasta la publicación póstuma de sus dos principales obras historiográficas, identificamos una serie de siete momentos, en los que es posible observar la progresión de su pensamiento, reconocer las lecturas que fueron determinantes y la resonancia que tuvo la vida sobre la obra (si algún sentido tiene considerarlas separadamente).

El segundo capítulo agrupa los criterios historiográficos que Henríquez Ureña puso en práctica en sus ensayos y que, como hemos dicho, no aparecen sistematizados en ningún lugar. Sin interesarnos por forzar en su escritura una tendencia teórica o escuela historiográfica determinada, nos proponemos extraer de ella los mecanismos de delimitación de su objeto de estudio, la metodología de aproximación a ellos y la periodización de la corriente histórica, basándonos principalmente en los dos libros finales: *Las corrientes literarias en la América hispánica* e *Historia de la cultura en la América hispánica*.

El tercer capítulo de nuestro trabajo puede leerse como un breve excursus sobre la dimensión dialéctica del pensamiento historiográfico aquí estudiado. Este asunto apareció de modo tan persistente durante la revisión bibliográfica, que nos parece imprescindible dedicarle al menos unas páginas, conscientes que el tema demanda un desarrollo mucho mayor. Analizamos esta dimensión apoyándonos en las lecturas que críticos más autorizados han hecho de ella: cedemos así la palabra a Rafael Gutiérrez Girardot, Grínor Rojo, Beatriz Sarlo y Leopoldo Zea, quienes lo abordaron directamente o cuyas reflexiones a nosotros nos sirven para proponer nuestra propia aproximación.

En el cuarto capítulo nos dedicamos a estudiar las principales tendencias del pensamiento historiográfico hispanoamericano que sirven de antecedente a nuestro autor. Esto nos conduce al corazón del siglo XIX y a la polémica sobre los modos de escribir la historia, en la que las grandes figuras son Andrés Bello y José Victorino Lastarria. En el recorrido por esta época

encontramos el origen del prejuicio contra lo hispano, que hacía incompatible al pensamiento emancipado interesarse por la historia de los siglos XVI, XVII y XVIII de la América hispana. Prejuicio que Henríquez Ureña se propuso corregir con su trabajo de análisis crítico de las obras coloniales y el conocimiento de la cultura en que ellas surgieron.

En el capítulo quinto es donde nos dedicamos a analizar detenidamente la historiografía colonial de Pedro Henríquez Ureña. Considerando los elementos metodológicos aislados en el segundo capítulo, revisamos su aplicación al campo cultural en cuestión. Es aquí donde las problemáticas de la originalidad de América y la valoración de lo hispano dentro de la construcción de una identidad mestiza, aparecen tratados con mayor detención.

El capítulo sexto y final de este estudio, aborda la recepción que tuvo la obra historiográfica de Henríquez Ureña tanto en los años inmediatos a su muerte como en trabajos realizados varias décadas después. Revisamos con este propósito algunos ejemplos de autores que asimilaron la novedad de sus planteamientos y continuaron la escritura de la historia integrándolos; también los de otros que no dan cuenta de haberlo leído, persistiendo con esta omisión, en los prejuicios que su trabajo había contribuido a demoler.

Con este examen, evidentemente incompleto de su recepción, queremos llamar la atención sobre la vigencia de los aportes que Henríquez Ureña hizo a la historia de la Colonia y, en términos generales, a la construcción de un pensamiento historiográfico que toma en cuenta las particularidades y la potencial universalidad de nuestra América.

Las primeras aproximaciones al tema de esta tesis fueron llevadas a cabo en el marco de los seminarios de crítica latinoamericana dirigidos por el profesor Grínor Rojo en el segundo semestre del año 2005 y el primero del 2006. La bibliografía allí analizada es la base de nuestro trabajo y es bien probable que alguna idea que aquí proponemos como propia haya surgido durante las sesiones de estos cursos. Quien las reconozca sabrá disculpar y comprender esta apropiación. Otro tanto aportaron los seminarios “Problemas fundamentales de la cultura de América Latina II. La era republicana”, coordinado por el mismo profesor Rojo y la profesora Alicia Salomone; también “Crítica e historiografía latinoamericana”, dictado por el profesor Manuel Jofré; y “Del Barroco a la Ilustración”, del profesor Alfredo Jocelyn-Holt.

Una lectura más individual, principalmente relativa a los principios generales de la historiografía y las fuentes del positivismo europeo y americano, así como la redacción final de este trabajo, se han desarrollado durante el verano y el otoño del año 2007 en la Biblioteca Nacional de Francia. Este lugar nos dio acceso a un material bibliográfico extremadamente valioso, partiendo por las obras completas de Pedro Henríquez Ureña que no habíamos podido consultar hasta llegar allí. La infinita cantidad de documentos con que nos fuimos topando, interesantes para nuestros propósitos, nos impide dar por culminado este intento, obligándonos a entregar una versión provisoria de nuestra lectura.

Durante esa estadía en Francia, los seminarios de historia e historiografía dirigidos por los profesores François Hartog, Jacques Revel, Jacques Leenhardt y Sabina Loriga nos estimulan a continuar la investigación sobre este campo en el contexto latinoamericano. Esperamos que parte de los conocimientos adquiridos en esos cursos, o al menos, el entusiasmo que despertaron en nosotros, se traspase a lo que aquí está escrito.

Dada la evidente dificultad práctica de gestionar la entrega de este trabajo desde la distancia, queremos reconocer aquí la ayuda y paciencia de quienes se prestaron como mensajeros y transportistas de algunos libros y de estas páginas mismas. Nuestros agradecimientos a Soledad Chávez, Antonia Echenique, Bárbara Klett, Pedro Sagredo, Juan Gabriel Valdés y Elisa Walker.

CAPÍTULO PRIMERO

APUNTES PARA UNA DEFINICIÓN DE LA HISTORIA EN LA OBRA CRÍTICA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La historia de la cultura, particularmente la de Hispanoamérica y España, constituye el punto de partida y objeto de estudio de una parte muy importante de los trabajos de Pedro Henríquez Ureña. En tanto tal, encontramos en sus escritos variadas dimensiones de significación que ella adquiere. No vemos en esto contradicción alguna, sino maduración y suma, por lo que creemos que desarrollarlas siguiendo el orden cronológico de su planteamiento e identificando en cada punto las influencias que pueden haberlas motivado, nos permite proponer una definición integral de lo que nuestro autor concibió como historia.

I. La participación de Pedro Henríquez Ureña en la *Antología del centenario*², encargada por Justo Sierra y dirigida por Luis G. Urbina, da cuenta de un trabajo riguroso que tuvo como objetivo agrupar la literatura mexicana del período de la Independencia en una especie de inventario, determinado por un criterio abarcador que permitía demostrar, considerando el peso objetivo de los documentos antologados, la existencia y el valor (que a veces, si no estético, era cuantitativo) de una literatura que fue creciendo a la par de la Nación.

Como primer trabajo historiográfico, tiene sus antecedentes en los ejercicios de antologador de la poesía dominicana que Henríquez Ureña desarrolló, según cuenta en sus *Memorias*, durante la adolescencia junto a su hermano Max³. Esta actividad precoz la llevó a cabo bajo la inspiración y tutela del espíritu nacionalista de su entorno más cercano. Al igual que en su participación en la *Antología*, el esfuerzo estaba encaminado sobre todo a dar cuenta de la existencia de estas literaturas de un modo enciclopédico, donde el criterio privilegiado es el histórico-biográfico antes que el crítico o estético; y donde el objetivo último era responder a la necesidad pedagógica y política de fortalecimiento del espíritu nacional.

En este primer periodo, su concepción historiográfica puede ser definida entonces como de constitución de un catastro, un catálogo de existencias, que tiene a la enciclopedia como modelo. Se caracteriza por una organización alfabética antes que cronológica y por una escritura que aspira a la llaneza y la objetividad, privilegiando la información y la descripción.

² Vid. Pedro Henríquez Ureña *et al.* *Antología del Centenario: estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia (1800-1821)*. UNAM, México, 1985.

³ Pedro Henríquez Ureña. *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. FCE, Buenos Aires, 1989.

La forma que adquiere es la de la monografía breve que sumada a otras, forma una obra de mayor alcance geográfico o temporal, donde no hay espacio para lecturas subjetivas que conduzcan a los textos en cuestión fuera de los ejes vida/obra. Cumple así la misión pedagógica de dar a conocer la producción literaria de una época y un país determinado; no aspira, por tanto, a la formación del gusto o a la comprensión estética de las obras.

En estos trabajos, la literatura se torna en una especie de objeto coleccionable, registro del tiempo, que al sistematizarse actúa primordialmente como documento histórico. Esto es muestra de la confianza que Henríquez Ureña ha puesto en la tradición literaria como un valor fundacional y constitutivo de la identidad nacional; un valor que, a medida que pasa el tiempo, irá madurando y permanecerá en la definición que aquí perfilamos.

II. Los textos de contenido histórico escritos a partir de 1910 se caracterizan por estar redactados con menos rigurosidad (lo que no significa aquí menos erudición sino más libertad de estilo, como entendiendo que no constituyen sentencias imborrables, si no que son, literalmente, ensayos) y privilegian un tono más bien testimonial. “La vida intelectual de Santo Domingo” (1912) se estructura como un relato sintético, casi una crónica, construida a partir de los recuerdos de su ciudad natal. Creemos que escritos como este están motivados por la nostalgia que el joven Pedro tiene de su tierra, pero también por la distancia que otorga la condición de extranjero, que permite al joven dominicano observar con ojos un poco más irónicos y desprendidos el ambiente en que se formó. Es lo que leemos, por ejemplo, en “La Catedral” (1908), breve alegato contra los intentos de “reconstrucción” de la principal iglesia de Santo Domingo, donde encontramos esta ironía que no es otra cosa que la expresión de profundo cariño por la historia propia y de disconformidad con las tendencias del presente:

“¡Respetad lo antiguo! Conservadlo; hacedlo vivir contra la invasión de la vejez; hacedlo vivir con vida propia (...) ¡Sabed amar lo incompleto! (...)”.

Recorrer la historia del edificio es, al mismo tiempo, recorrer la historia de su decadencia, la que va siendo a cada paso un reflejo de la historia dominicana misma:

“Sus vicisitudes han de ser las mismas de la tierra desdichada que las sustenta. La prematura decadencia de la colonia la dejó sin torre; los piratas le arrebataron sus esculturas; la barbarie piadosa le borró la pintura sacra de sus columnas...”⁴.

El cariño, la aceptación, la experiencia al fin, son los sentimientos que invocan un

⁴ Pedro Henríquez Ureña. “De mi Patria. La Catedral”, escrito en México en 1908; publicado en *Horas de estudio*. Ollendorf, París, 1910. Antologado en *Obra Crítica*. Edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Speratti Piñero. Prólogo de Jorge Luis Borges. FCE, México, 1960, 122-123. “La vida intelectual de Santo Domingo”, publicado también en *Horas de estudio* y antologado en *Obra Crítica*.

compromiso íntimo con la historia, eso mismo que Roberto Hozven denominó “la radical ubicuidad de su actividad crítica”⁵.

Inscribiéndose en la tradición abierta por el *Ariel* de José Enrique Rodó (1900), nuestro autor personifica en la figura de Calibán la mano destructora del progreso, de la época actual, que concibe las huellas del pasado como residuos inútiles que deben ser removidos para poder así dar lugar a una patria nueva. Nada más opuesto a la misión historiográfica que él mismo se ha propuesto cumplir; no sólo por su interés intelectual en las producciones culturales del pasado, sino, como hemos planteado, por una cierta identificación íntima con los valores que en ellas descubre.

En este sentido, surge una definición del tiempo historiográfico como un modo de identificación personal con sus objetos, como una forma de ubicarse mejor en el presente, labor que involucra no sólo un trabajo intelectual, sino que compromete gustos y sentimientos.

III. A medida que nuestro autor viaja y amplía sus perspectivas, desarrolla una nueva comprensión de la historia como configuración de identidad nacional, que pronto pasa a ser hispanoamericana y termina siendo continental. Un texto decisivo en este sentido es “Don Juan Ruiz de Alarcón” (1913), en el que Henríquez Ureña se aventura –consciente del riesgo– a plantear la tesis que afirma la identidad mexicana de este dramaturgo del siglo XVII. Para justificar este planteamiento, Henríquez Ureña sistematiza por primera vez su concepción del espíritu mexicano –que amplía inmediatamente al latinoamericano–, donde el mestizaje cultural es tanto un criterio identitario como un valor:

“Creo indiscutible la afirmación de que existe un carácter, un sello regional, un espíritu nacional en México. Para concebirlo, para comprenderlo, hay que comenzar, a mi juicio, por echar a un lado la fantástica noción de raza latina, a que tanto apego tiene el *demi monde* intelectual (...) El mexicano es un espíritu español modificado por el medio y las mezclas: se observan más similitudes entre los pueblos del Nuevo Mundo que entre cada uno de ellos y el español”⁶.

⁵ Roberto Hozven: “Pedro Henríquez Ureña: El maestro viajero”. *Revista iberoamericana* 142. Enero-marzo, University of Pittsburgh, 1988. En este ensayo, Hozven se propone abordar la obra de Henríquez Ureña en su dimensión metodológica a partir de dos premisas: la pluma libre y la condición de viajero del autor. Afirma que en el caso del dominicano, “el viajero es cambiado por lo que mira”. Así, todo el análisis se sustenta por el estrecho vínculo entre experiencia poética y existencial que caracteriza su obra, reforzándose el vínculo que lo compromete emotiva y éticamente a los objetos que estudia.

⁶ Existen dos textos destinados al estudio de Juan Ruiz de Alarcón, ambos escritos en 1913. El aquí citado es el que Pedro Henríquez Ureña dio a conocer en una conferencia en la Librería General de México, que un año más tarde fue publicado en la revista *Nosotros* y luego en *Antología*. Edición de Max Henríquez Ureña. Librería dominicana, Ciudad Trujillo, 1950. El otro, que forma parte del libro fundamental *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Babel, Buenos Aires, 1928) es, tal como lo explica el propio Henríquez Ureña en las *Palabras finales* de este libro, una versión muy reducida. Esta última es la antologada en *Obra crítica*.

En este comentario final, nuestro autor hace referencia a la rica discusión que se desencadenó a partir de la tesis sobre el “mexicanismo de Alarcón”, mostrándose sorprendido por la rápida difusión de ésta, así como por su

Para comenzar a hablar de espíritu nacional, nuestro autor hace una aclaración que nos parece que ilumina el conjunto de su obra y limita y define su quehacer intelectual. Para él, dicho espíritu “no reside –como afirma un extendido prejuicio- en el populacho, su lengua y sus hábitos” (*Ibid.*, 15). Esta afirmación –que por su tono políticamente incorrecto para la sensibilidad actual, requiere tal vez ser matizada- no debe ser leída como una negación de la cultura popular, sino como una exigencia que obliga a valorar las culturas americanas lejos del prejuicio exotista y particularista, que restringe y a la larga impide a su observador reconocer que ellas son también capaces de ingresar a la corriente universal. Como es sabido, Henríquez Ureña se ocupa en numerosas oportunidades de la lengua, la cultura y los hábitos que ha producido el pueblo americano, pues comprende que allí está la base de nuestra tradición, de su creatividad y su originalidad⁷.

El espíritu es entonces –teniendo, sin duda, a Hegel como referente- aquella fuerza superior

general aceptación, apoyada sin duda por los prólogos que Alfonso Reyes redactó para nuevas ediciones de la obra de Alarcón. Sin embargo, al consultar una enciclopedia española, nos encontramos con el siguiente comentario: “Algunos críticos, entre ellos P. Henríquez Ureña y A. Reyes, han pretendido explicar estas peculiaridades del teatro de R. de A. por la combinación de dos factores: un resentimiento social originado por su defecto físico y un pretendido mexicanismo [...]. Por lo que respecta al mexicanismo (inadmisibles y anacrónicos en aquella época en todo lo que respecta a aspectos psicorraciales como son la cortesía y la sinuosidad indias), éste no es otra cosa que el producto de una educación juvenil en ambientes extraños...” (Enciclopedia *RIALP*, Tomo XX, Madrid, 1991, 525-527. La entrada correspondiente al dramaturgo fue escrita por E. Verres d’Ocon). Si a esto sumamos los comentarios que hizo Menéndez Pelayo en su *Antología de poetas hispano-americanos*, que citaremos más adelante, podemos darnos cuenta que esta tesis no ha sido aceptada aún al otro lado del Atlántico.

⁷ Ejemplo de esto son los artículos dedicados a la semántica histórica de palabras indias, los estudios de romances americanos o los ensayos de valoración de la música popular o del arte indígena de México... También la crítica que nuestro autor hace del indigenismo –que algunas veces se ha sacado a relucir como argumento para negar un auténtico espíritu americanista en su obra-, está encaminada en este mismo sentido. A este movimiento literario de la segunda mitad del XIX, que considera pintoresquista, lo va a contrastar con el criollismo “tanto más, cuanto no se trata de escuela artificial, sino de movimiento espontáneo, apoyado por el público” (“Literatura histórica. Carta a Federico García Godoy”; publicada por primera vez en *Horas de estudio*. op. cit. y luego en *Antología*, op. cit., 7).

Tendrán que pasar algunos años, hasta 1922 (año en que pronuncia la conferencia “Utopía de América”) para que su posición frente a la dialéctica alta cultura/cultura popular alcance una síntesis, y no sólo como producto de una reflexión estética, sino sobre todo, una posición ética: “No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de dilettantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivan flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo (...) No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. Y no se piensa en el nacionalismo político, cuya única justificación moral es, todavía, la necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo (...) se piensa en otro nacionalismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo cuando se traducen en arte y pensamiento (...) el [nacionalismo] de jícaras y poemas” (“Utopía de América”, conferencia ante estudiantes de la Universidad de La Plata, 1922; publicada por primera vez junto a “Patria de la Justicia” en *La Estudiantina*. La Plata, 1925, e incluida en *Plenitud de América*. Selección de J. Fernández Peña. Del Giúdice editores, Buenos Aires, 1952; también en *La utopía de América*. Editores Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot. Ayacucho, Caracas, 1978, y en *Ensayos*. Edición crítica de J. Luis Abellán y A. María Barrenechea. Colección Archivos ALCA XX y FCE, 1998).

que zambulle a una nación en el movimiento de la historia. Precisamente, es este filósofo quien indica en la Introducción a sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1837) que América Latina se encuentra aún en el primer estadio del desarrollo del espíritu, en tanto está hundida en la Naturaleza, determinada todavía por condiciones geográficas, raciales y morales que le impiden entrar al curso de la historia universal.

Evidentemente, Henríquez Ureña no concuerda con esta interpretación, puesto que valora las civilizaciones que se desarrollaron en el continente con anterioridad a la llegada del hombre europeo y que cuentan, para él, con un desarrollo espiritual que quedó truncado con lo que más adelante denominó el “descabezamiento” de dichas culturas. No obstante, se apoya en la noción de Espíritu hegeliano (*Volksgeist*), como entidad constituida por el sentimiento que un pueblo tiene de sí y de sus posesiones, instituciones, costumbres, pasado, etc. Junto con ella, adopta también el sistema dialéctico con que Hegel describe la marcha del Espíritu hacia el progreso, que va desde un estado natural hasta el absoluto, proceso en el que adquiere una cabal conciencia de sí mismo que lo hace capaz de intuirse a través del arte, de representarse por medio de la religión y de alcanzar un conocimiento propio absoluto con la filosofía.

En el ensayo dedicado a Alarcón, Henríquez Ureña se propone perfilar el espíritu de la América española desde la Colonia (incluso antes de lo que él mismo considera –como veremos en su momento- la “independencia cultural de nuestra América”, representada por la figura central de Andrés Bello), observando la intuición que un artista de la época expresa de él, demostrando que para ese momento este espíritu se encuentra ya en su marcha hacia la conciencia histórica⁸.

Junto con la noción de espíritu, este ensayo introduce también una ampliación del término cultura, que pasa a caracterizar el tipo de historia que nuestro autor va a desarrollar de aquí en adelante. De acuerdo con la observación de Laura Febres, el término cultura ha pasado en este texto por un proceso de redefinición; de hacer una referencia exclusiva a las publicaciones escritas –tal vez dando cuenta de una herencia de la metodología historiográfica positivista-, como ocurre en “Cultura antigua de Santo Domingo” o “La vida intelectual de Santo Domingo” (escritas entre 1910 y 1913), pasa a referir algo más amplio: “de raíces antiguas,

⁸ Georg Wilhelm Hegel. *Leçons sur la philosophie de l'histoire*. Trad. Par J. Gilbelin. Librairie philosophique J. Vrin, Paris, 1946. También: José Ferrater Mora. *Diccionario de Filosofía*. Ariel, Barcelona, 1994. Hegel proyectaba esta conciencia histórica como consecuencia objetiva del devenir dialéctico y estadio final de la evolución del Espíritu; por su parte, Henríquez Ureña –así como muchos de los pensadores que se inscriben en la tradición idealista- entiende la conciencia histórica como una utopía que guiará –constituyendo así una ética- toda

incluso dentro del mundo helénico, pero que adquiere el significado preciso que nos interesa dentro del Romanticismo alemán”⁹.

Es el propio autor el que nos aclara esta nueva aproximación, privilegiando el análisis de condiciones sociales y psicológicas y rechazando el determinismo naturalista, lugar común del positivismo: “No ha de exagerarse la influencia del medio físico, más bien sopesar el medio social” (16)¹⁰.

La ampliación del término cultura provoca, evidentemente, la diversificación de los objetos que pueden considerarse fuentes para la historia. Esta expansión tiene como consecuencia un cambio en la actitud del historiador: ya no basta con la agrupación erudita de documentos escritos; se requiere además sensibilidad y creatividad:

“Aun los dominicanos poseemos ya, documentadas, las bases de nuestra historia. Pero la interpretación viva del pasado, el conjuro que saca a la historia de los laboratorios eruditos y la lleva, a través del arte, a comunicarse de nuevo con el espíritu público, apenas ha sido ensayado en América”¹¹.

IV. 1914 es el año de evaluación de la primera etapa mexicana de Pedro Henríquez Ureña, lo que se expresa, a modo de recuento, en “La cultura de las Humanidades”, el discurso de reapertura de las clases de la Escuela de Altos Estudios, de la que formó parte como catedrático desde su fundación¹². Tras describir y contar brevemente la historia de la juventud intelectual a la que él se integró recién llegado en 1906 y junto a la que organizó, con el patrocinio de Justo Sierra, la Sociedad de Conferencias y luego el Ateneo de la Juventud, se dedica en este discurso a revelar sus principales fuentes e influencias.

Esta fue la generación que cortó con el positivismo, colaborando desde la trinchera intelectual al fin del porfiriato. Buscó neutralizar la nociva influencia de este régimen dictatorial y deshistorizado, rescatando los valores universales de las humanidades:

“Inconscientemente, se iba en busca de otros ideales; se abandonaban las normas anteriores: el siglo XIX francés en letras; el positivismo en filosofía. La literatura griega, los Siglos de Oro español, Dante, Shakespeare, Goethe, las modernas orientaciones artísticas de Inglaterra, comenzaban a reemplazar el espíritu de 1830 y 1867. Con apoyo en Schopenhauer y en Nietzsche, se atacaban ya las ideas de Comte y Spencer. Poco después comenzó a hablarse de pragmatismo...

(...) Mas el año de 1907, que vio el cambio decisivo de orientación filosófica, vio también la aparición, en el mismo grupo juvenil, de las grandes aspiraciones humanísticas” (21).

manifestación social y cultural.

⁹ Laura Febres. *Pedro Henríquez Ureña: crítico de América*. La Casa de Bello, Caracas, 1989.

¹⁰ Sobre la influencia, la crítica y el rechazo que tuvo Pedro Henríquez Ureña para con el positivismo, vid. Enrique Anderson Imbert, “La filosofía de Pedro Henríquez Ureña”, Alfredo A. Roggiano, “Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador” y Eugenio Pucciarelli, “Pedro Henríquez Ureña y la filosofía”, agrupados en *Ensayos*, op. cit.

¹¹ “Literatura histórica...”. *Antología*, op. cit. 8.

¹² Publicado meses después en la *Revista Bimestre Cultural*, n°4, La Habana y antologado en *Ensayos*, op.cit.

La importancia que tiene la influencia helénica en esta formación y muy particularmente en la definición de historia, es total: por una parte, al compararla con otras culturas milenarias, Henríquez Ureña reconoce que es durante su desarrollo cuando se inicia una preocupación por el tiempo, ya no el metafísico de los dioses, sino el de la experiencia individual y colectiva de los hombres, que toma forma y se expresa en un relato:

“El pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin tregua (...) mira hacia atrás, y crea la historia, mira al futuro, y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano” (23).

Historia e ideal están relacionados desde su origen, y es así como el mismo Henríquez Ureña lo desarrollará a lo largo de su obra crítica. Con la mirada proyectada hacia un ideal, la observación del pasado va a estar siempre puesta en diálogo con los acontecimientos del presente.

Este es uno de los puntos en que la historiografía de Henríquez Ureña da cuenta de la importante influencia que en esos años ejerce la obra de Benedetto Croce, quien desarrolla a lo largo de su obra la idea de que toda historia es historia contemporánea, en el sentido que todo interés por la historia está en función de preocupaciones o problemas presentes. La utilidad que ella tiene entonces, es la de “resolver un problema surgido en el seno de la vida”, es decir, mantener cada época viva a través de su estudio¹³.

La lectura de los clásicos significa también para este grupo de jóvenes, una confirmación de lo que ya intuían al oponerse a la escuela positivista que los había precedido: que el conocimiento no es solo la formación del aspecto objetivo y racional de la mente humana, sino que, a través de una metodología crítica y no pasiva, debe provocar también un desarrollo de los aspectos irracionales y subjetivos del ser. Según el mismo Henríquez Ureña cuenta, durante este periodo de estudio: “...nunca hemos recibido mejor disciplina espiritual” (21).

¹³ Benedetto Croce. *Teoría e historia de la historiografía*. Escuela, Buenos Aires, 1950. Conferencias dictadas entre los años 1912-13, publicadas primero en alemán en 1915 y luego en italiano, en 1916. Este libro reúne el pensamiento historiográfico del autor italiano, quien fue uno de los principales sistematizadores de las ideas encaminadas a superar el positivismo. Retomó los postulados historiográficos de Vico y Hegel, planteando la historia como el desarrollo de la expresión del espíritu (definición que –como ya vimos– es acorde a la que va configurando nuestro autor). Croce vio en el arte no una respuesta del hombre a los estímulos del mundo, sino una auténtica forma de conocimiento, tanto del presente como del pasado, igualmente válida que la generada por la ciencia empírica, o incluso más valiosa, en tanto surge de la intuición de lo particular, que es, en sus términos, lo real (en contraposición al objeto general y abstracto constitutivo de las ciencias naturales). Debemos eso sí, destacar, que esta concepción particularista del saber histórico no es compartida por Henríquez Ureña, quien concibe la historia como medio para la integración de lo particular y lo universal, más apegado a la tradición idealista encabezada por Hegel.

Más aún:

“las humanidades, cuyo fundamento necesario es el estudio de la cultura griega, no solamente son enseñanza intelectual y placer estético, sino también, como pensó Matthew Arnold, fuente de disciplina moral. Acercar a los espíritus a la cultura humanística es empresa que augura salud y paz” (24).

Otro aporte que hicieron estas lecturas, fundamental para el pensamiento historiográfico de nuestro autor, fue que ellos promovieron un acercamiento a los historiadores alemanes de los siglos XVIII y XIX. Fueron ellos –tal como explica en el ensayo- quienes estimularon una interpretación verdaderamente crítica de la tradición clásica (y no únicamente estética, como ocurrió durante el Renacimiento), generando de esta forma un “nuevo humanismo”. Fueron estos autores (menciona a Gesner y Reiske, a Winckelmann y Lessing, a Goethe, a Grimm, Bopp, Müller y varios más), fundadores de la filosofía contemporánea, los que abrieron campos de estudio que derivaron en nuevas –o renovadas- disciplinas, como la filología, la estética y la arqueología, lo que a su vez generó metodologías útiles también para el estudio de la cultura moderna. Pero por sobre todo esto, Pedro Henríquez Ureña valora la mediación pedagógica que estos pensadores proporcionaron entre la comprensión del pensamiento griego y su lector contemporáneo, convencido de que la educación “entendida en el amplio sentido humano que le atribuyen los griegos es la única salvación del pueblo” (26)¹⁴.

VI. El mismo año, instalado ya en La Habana, Henríquez Ureña escribe un artículo dedicado a contrastar a los críticos españoles Azorín y Menéndez Pelayo. Este texto, más allá de la contingencia que lo motiva, se puede leer como un pequeño manifiesto sobre la función de la crítica, el valor de la erudición y la opción integradora que frente a este asunto toma nuestro autor;

[La diferencia principal entre las obras de Menéndez Pelayo y Azorín] “proviene quizás de que aquella ve la obra literaria en perspectiva histórica, en valor tradicional, y ésta la ve como fuente de gustos y experiencias individuales, actuales. Menéndez Pelayo, con su actitud de historiador, se cree obligado a conceder igual estudio a Gracián, que todavía nos enseña, y al padre Mariana, que poco nos dice hoy. Azorín se contenta con prescindir de Mariana.

Pero sin la historia literaria de Menéndez Pelayo no habríamos llegado a la crítica individualista de Azorín. Y bien, podemos conservar las dos. Ambas nos hacen falta”¹⁵.

Junto con desestimar los prejuicios “católicos y españoles” que don Marcelino impone en sus estudios literarios, rechaza los juicios que la corriente académica que éste lidera ha inscrito

¹⁴ Amplio desarrollo ha recibido la relación entre Henríquez Ureña y el humanismo. Ver, por ejemplo “Pedro Henríquez Ureña y el ensayo”, de Medardo Vitier (particularmente la nota 21); “El humanismo de Pedro Henríquez Ureña”, de Jean Franco, y “Humanismo y ética en Pedro Henríquez Ureña”, de Enrique Zuleta Álvarez, todos reunidos en *Ensayos*, op. cit.

¹⁵ Pedro Henríquez Ureña. “En torno a Azorín”, escrito en La Habana en 1914; primera publicación en *En la otra orilla, mi España* y antologado por Emma Susana Speratti, op. cit. 229.

como supuestamente objetivos y definitivos. Sin embargo, valora la formación erudita que ella otorga, y reconoce a Menéndez Pidal el haber dado una visión amplia de la historia literaria española, construida a partir de sus estudios monográficos. Por otra parte, se apropia de la renovación que proclama Azorín: el estudio de la obra como algo individual y concreto, elaborado a partir de la subjetividad y el gusto personal;

“La historia misma la contempla de modo personal. Los procedimientos de selección y síntesis, necesarios a toda historia y a toda crítica, los aplica Azorín a sorprender nuevos aspectos y a ensayar síntesis nuevas” (*Ibid.*).

Durante este período, que coincide con la etapa más rica de la formación de Henríquez Ureña (los años del Ateneo de la Juventud en México) la historia será asumida como fuente de erudición y sobre todo, como campo abierto a cultivar por medio del ejercicio crítico, que adquiere su mayor expresividad con la forma del ensayo breve.

Aunque implica un salto significativo en el tiempo, no queremos dejar de mencionar el vínculo que, en relación a este punto –uno más entre tantos–, se da entre el pensamiento de nuestro autor y el que plantea Alfonso Reyes en “Aristarco o anatomía de la crítica”, conferencia dictada en 1941. La formación clásica adquirida por los dos amigos es la base de sus coincidencias y la dialéctica es la máxima expresión de esta herencia. Así, el ensayo comienza representando la “esencia pendular” de toda actividad humana; como tal, la relación entre poesía y crítica es dialéctica y dialógica:

“La crítica es enfrentarse o confrontarse, este pedirse cuentas, este conversar con el otro, con el que va conmigo”¹⁶.

En este breve texto (que sirve como esquema para el extenso *El deslinde*, de 1944), Reyes desarrolla un recorrido historiográfico de la relación entre el texto y el crítico –equivalente al recorrido que hace Walter Benjamin por los caminos de la narración¹⁷-. De este modo, plantea una especie de genealogía del pensamiento crítico, organizada en tres etapas: la impresión, la exégesis y, finalmente, el juicio. Inicialmente, la lectura genera una reacción preracional, o “razón de amor”, que tiene por fin “iluminar el corazón de los hombres”. Luego pasa a un momento de desdoblamiento, donde se produce una toma de conciencia de la condición literaria, donde la crítica adquiere una dimensión científica, motivada predominantemente por una función educativa. Finalmente, el último grado es el del juicio, donde la obra “adquiere trascendencia ética y opera como dirección del espíritu”.

¹⁶ Alfonso Reyes. “Aristarco o anatomía de la crítica”. Conferencia leída en el Palacio de Bellas Artes de México, agosto, 1941. Publicada en *La experiencia literaria*, FCE, México, 1989.

¹⁷ Walter Benjamin. “El narrador” en: *Para una crítica de la violencia. Iluminaciones IV*. Taurus, Buenos Aires, 1988.

Tal distinción es la que Henríquez Ureña distingue en las figuras de los dos críticos españoles: Menéndez Pelayo representa al crítico exegético, que superpone una metodología de carácter científico-pedagógico al goce literario, obstruyéndolo. Azorín, en cambio, proclama una vuelta al impresionismo, al gusto individual, enfocando su atención en el aspecto estético de la obra. Ninguno de los dos alcanza, en todo caso, el juicio, “corona de la crítica” en el sentido que le dan Reyes y Henríquez Ureña: la valoración de la literatura considerando su función ética.

VI. Durante un intenso periodo de cambios de país y de trabajo, entre los años 14 y 25, Henríquez Ureña estuvo principalmente dedicado a la publicación de crónicas y críticas de miscelánea artística y artículos de opinión sobre contingencia cultural y política, publicados primero en La Habana y Nueva York y luego en Minneapolis, Madrid y México. La participación activa en las reformas sociales que se produjeron tras la Revolución mexicana y su posterior instalación en la dinámica vida intelectual de Buenos Aires constituyen los hitos que marcan una etapa crucial en el desarrollo de su obra. Es en ese periodo cuando escribe el grupo de ensayos que constituyen su manifiesto ideológico: “Utopía de América”, “Patria de la justicia”, “Caminos de nuestra historia literaria” en 1925 y “El descontento y la promesa” en 1926.

En el primero de ellos comienza reconociendo “el momento de crisis y creación” por el que atraviesa la sociedad mexicana. Es la dialéctica histórica que se ha puesto en marcha; Henríquez Ureña es capaz de reconocer en ella la vida renovada que surge tras el quiebre institucional, las víctimas y el estado de desorganización que deja a su paso la Revolución. Es la historia mexicana –que integra la tradición del indígena (“aunque empobrecida”) y de todo el pueblo mexicano “desde los comienzos de la era colonial...”- el instrumento que, habiendo conformado la cultura y el nacionalismo, impulsa este movimiento.

No se trata entonces de una revolución social al estilo de las proclamadas por las vanguardias europeas, donde se llegó incluso a promover la aniquilación de la historia como vía para comenzar el camino hacia el progreso, partiendo desde un punto cero. Se trata en cambio, de una revolución que tiene una dirección utópica, donde el conocimiento de la historia debe ser el argumento que justifica estas altas expectativas:

“tras cada crisis de civilización, es el espíritu el que nos ha salvado, no la fuerza militar o el poder económico (...) La barbarie tuvo consigo la fuerza de la espada, pero el espíritu la venció, en empeño como de milagro. Por eso, hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores y salvadores de pueblos... (“La utopía de América”. *Ensayos*, op.cit., 269).

Es por esto que en “Patria de la Justicia” advierte de los peligros de la amnesia que provoca la

ansiedad del progreso (introduce aquí una crítica radical al desarrollo que ha tenido Estados Unidos “donde la materia devoró al espíritu”) y hace un llamado a corregir las prioridades: “El ideal de justicia está antes del ideal de cultura...”.

Concebida así, la historia continúa y diversifica el gesto de ampliación conceptual que hemos venido constatando.

Recapitulemos: la metodología de investigación histórica se ha abierto para admitir, junto a la erudición, la subjetividad del historiador, lo que implica un juicio crítico y estético y posibilita múltiples interpretaciones de las obras estudiadas; los objetos de estudio se han diversificado de manera que nutren una noción de cultura nueva. Como vimos, esta también experimenta una doble expansión: geográfica, puesto que el estudio se sitúa y dedica a la América española, y de fuentes, en tanto la lectura no es más el ejercicio exclusivo para ejercer la crítica, siendo reemplazada por una percepción integral. La definición de documento deja de ser aquel escrito y tasado, tomando ahora las múltiples formas de las que dispone el espíritu para su expresión.

A todo esto se suma la concepción del sujeto histórico. Si bien el agente en que se centran sus estudios históricos es un individuo urbano, poseedor de una cultura europea capaz de expresar las particularidades de nuestra historia americana por medio de un lenguaje universal, reconoce Henríquez Ureña, evidentemente influido por su experiencia de la Revolución mexicana, que “esta obra por hacer no será sólo de los hombres magistrales, sino de todos, muchos ‘innumerables hombres modestos’”.

Esta ampliación de los límites disciplinares de la historia hace que ella adquiera una dimensión ética sin precedentes, que caracteriza toda la obra de nuestro autor y que es, según nuestra valoración, uno de sus elementos más originales e influyentes. Influyente, porque es este valor el que mantiene en total vigencia su obra, haciendo de ella una fuente ineludible para quienes se aproximan a la cultura de América Latina; y original, porque nos parece que esta dimensión ha estado presente en una breve lista de autores: Kant, W. von Humboldt, Hegel, Schiller y Nietzsche para la filosofía moderna de la historia occidental; Martí, Hostos y Rodó para el pensamiento de la de América hispánica.

Es de hecho este punto el que diferencia a Henríquez Ureña de Benedetto Croce, mencionado ya por ser uno de los autores que lo influye directamente. El pensador italiano, tal vez agobiado por el peso de los acontecimientos de su presente, tal vez siguiendo el objetivo de

hacer visible la relatividad que él invoca como propiedad de la conciencia histórica (en franco rechazo a las proclamas positivistas), mantuvo siempre la línea divisoria entre estética y ética bien demarcada. Sus trabajos históricos, a pesar de estar –como ya dijimos- motivados por problemas de la actualidad, no están encaminados a iluminar posibles soluciones para ellos.

“No sólo la historia es incapaz de discriminar entre hechos que son buenos y hechos que son malos, y entre épocas de progreso y épocas de regresión, sino que no empieza hasta que tales antítesis han sido superadas y sustituidas por un acto del espíritu que intenta averiguar qué función cumplió el hecho o la época previamente condenados, es decir, qué ha producido de propio en el curso del desarrollo, y por lo tanto, qué ha producido. Y como todos los hechos y todas las épocas son productivos a su manera, no sólo ninguno de ellos puede ser condenado a la luz de la historia, sino que todos deben ser elogiados y venerados”¹⁸.

La condición ética que Henríquez Ureña demanda a toda creación humana, explica también que la idea de un arte separado de la vida sea para él impensable. La experimentación artística de esos años, que defendía su esfera de cualquier reporte con la realidad, no siempre calzaba con las formas imaginativas con que el espíritu cristalizaba su ideal. Obras que den cuenta de un ideal y de su búsqueda, he ahí el interés de nuestro autor; son esas obras, entonces, las que él se esmera por hilar dentro de la corriente de la historia. El valor que tiene la imaginación es fundamental, pero no cuando se cultiva bajo la premisa del “arte por el arte”:

“La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles. Es una de las mayores creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran antecesor” (“La utopía de América”. *Ensayos*, op.cit. 270).

VII. “Caminos de nuestra historia literaria” constituye una hoja de ruta para los trabajos de historiografía hispanoamericana. Es un texto programático, puesto que entrega fórmulas para abordar la historia de nuestra América, pero al mismo tiempo es un ensayo con alcances teóricos, en tanto repasa los principales problemas de la escritura de la historia en general. Así, en su lectura podemos deducir un ideal historiográfico y sus características. Comienza alentando a los investigadores americanos a que se hagan cargo de la historia literaria propia, que hasta ahora no ha sido abordada más que de manera parcial y donde los esfuerzos más completos han sido llevado a cabo por extranjeros.

¹⁸ Citado por Hayden White en *Teoría e historia de la historiografía*. El historiador norteamericano lo explica del siguiente modo: “Al estetizar la historia, Croce la depuró de toda ética, aunque desde luego él pensó que la había elevado a ese nivel de autoconciencia moral que era lo más elevado a que podía aspirar un hombre en cuanto estudioso, que la había elevado a una posición ‘más allá del bien y del mal’ y, en realidad, que la había depurado permanentemente de toda ideología”. En: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. FCE, México, 2005, 381. Por su parte, Amado Alonso, comenta el esteticismo radical de Croce en el prólogo a la traducción de *Filosofía del Lenguaje* de Vossler, donde dedica un apartado a la comparación entre los dos pensadores. Allí observa que “ante el lenguaje, a Croce le interesaba no más que la intuición del espíritu autónomo, el acto estético en su estricta originalidad individual y en su omnímoda libertad; el resto no tiene para él rango filosófico: ni la empiria ni la historia de las lenguas. Para Croce lo estético no es sólo el más alto en la escala de los valores del lenguaje: es el único” (Vossler, op. cit., 12). Un desarrollo mayor de los vínculos entre Benedetto Croce y Pedro Henríquez Ureña se encuentra en el ensayo de Pucciarelli ya citado.

El llamado es a escribir historias “de conjunto” de la literatura americana, algo que ya venía planteando como necesario desde sus lecturas de Menéndez Pelayo (quien emprendió descripciones monográficas de los autores españoles con miras a formar una historia “total”). Del crítico español, Henríquez Ureña valoraba el esfuerzo, aunque no la forma de llevarlo a cabo. Para él, una historia literaria de tal alcance debía estar destinada a realizar la última instancia de la crítica literaria, que, tal como lo explicamos siguiendo a Alfonso Reyes, implica pronunciar un juicio, desde el cual se definen las “tablas de valores” que contienen los nombres centrales y las obras indispensables:

“Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensable. Dejar en la sombra populosa a los mediocres [...] Con sacrificio y hasta injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas [...] La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó” (“Camino de nuestra historia literaria”. *Ensayos*, op. cit. 248)¹⁹.

El criterio que debe distinguir lo esencial de lo prescindible en este caso es “externo” a las obras mismas (en los términos de Vossler, que más adelante explicamos); no se centra en un análisis particular de cada una de ellas, sino que se preocupa por verificar el grado de adecuación que existe entre el espíritu americano y su expresión literaria. La historia que se escribe a partir de este criterio no puede ser evolutiva, puesto que el espíritu no rige sus manifestaciones en términos de progreso o desarrollo por etapas, como habría querido la ciencia positiva. Más adelante veremos que esta expresión se mueve en términos dialécticos y tiene un desarrollo relativo, en tanto aspira a un ideal.

Es precisamente este ideal el que Pedro Henríquez Ureña contrasta con la realidad de nuestro continente para continuar su reflexión historiográfica. Pero esta realidad no es definida exclusivamente frente a un ideal, sino también ante la realidad de España y de Occidente, concebido como el conjunto histórico al que Hispanoamérica pertenece y del cual también se diferencia:

“...nuestra literatura se distingue de la literatura de España, *porque no puede menos que distinguirse*, y eso lo sabe todo observador. Hay más: en América, cada país, o cada grupo de países ofrece rasgos peculiares suyos en la literatura, a pesar de la lengua recibida de España, a pesar de las constantes influencias europeas” (*Ibid.*, 250. El destacado es nuestro).

El ideal es propuesto, entonces, como una guía al observador que se propone estudiar estas diferencias: establece un ideal de nacionalismo como la “expresión superior de cada pueblo”

¹⁹ Al constatar la filiación romántica del pensamiento historiográfico de Henríquez Ureña, Gutiérrez Girardot repasa los postulados de Friedrich Schlegel y explica que, según el helenista alemán, “sólo lo que es ‘clásico’, es decir, representativo e influyente en un determinado momento de la formación cultural, es susceptible del juicio estético; sólo lo ‘clásico’ es ‘objeto de la historia’”. Rafael Gutiérrez Girardot. Prólogo a *Utopía de América*, op.

en contraste al espontáneo “natural acento y elemental sabor de la tierra nativa”. Advierte también que este estudio no puede comenzarse sin derrocar las simplificaciones y los prejuicios que actúan como *clichés*. Con ironía, entonces, hace referencia a José Ortega y Gasset, Eugenio D’Ors y a las teorías que pretenden explicar a América por su exuberancia, idea que califica de eurocéntrica en estos dos casos, pero de escasez de cultura cuando proviene de un autor local²⁰. En todo caso, la consideración de factores geográficos y climáticos –que eran determinantes según el positivismo, en tanto respondían a un criterio empírico- son utilizados para nombrar las diferencias históricas, separando los “países fríos” o “América buena”, de los “*petits pays chaudes*” o “América mala”:

“*Le climat* –parodiando a Alceste- *ne fait rien à l’affaire* [...] La divergencia de las dos Américas, la *buena* y la *mala*, en la vida literaria, sí comienza a señalarse, y todo observador atento la habrá advertido en los años últimos; pero en nada depende de la división en zona templada y zona tórrida. La fuente está en la diversidad de cultura [...] las *naciones serias* van dando forma y estabilidad a su cultura, y en ellas, las letras se vuelven actividad normal; mientras tanto, en ‘las otras naciones’, donde las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de los vaivenes políticos y del desorden económico, la literatura ha comenzado a flaquear” (*Ibid.*, 251-253).

La conciencia social, o como lo dice José Carlos Mariátegui en su reseña a *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, el “sentido de la responsabilidad” de Pedro Henríquez Ureña alcanza, con el planteamiento de esta diferenciación de la dos Américas, su más clara expresión: la cultura avanza sólo en una sociedad que progresa integrando a todos sus componentes. Mariátegui lo comenta:

“El arte y la literatura no florecen en sociedades larvadas o inorgánicas, oprimidas por los más elementales y angustiosos problemas de crecimiento y estabilización. No son categorías cerradas, autónomas, independientes de la evolución social y política de un pueblo. Henríquez Ureña se coloca a este respecto en terreno materialista e histórico”²¹.

Con este comentario, el socialista peruano proyecta su propia comprensión marxista de la historia al pensamiento de Henríquez Ureña. Ciertamente, la Revolución mexicana y otros

cit. XIX.

²⁰ Eugenio D’Ors. *Lo Barroco*. Tecnos, Madrid, 1993 (la primera edición es de Aguilar, del año 1944). Como se sabe, este es el primer libro donde se plantea la revisión de las variadas características estéticas del s. XVI y XVII como una de las formas que intermitentemente adquiere la expresión humana. Así, *lo barroco* se opone dialécticamente a la cultura que se identifica con *lo clásico* y pasa a constituir un “eón”, una “idea-acontecimiento” o partícula esencial de la historia, que no se limita a un espacio físico o temporal y tampoco es exclusivo del arte: “...en el ‘eón’, lo permanente tiene una historia, la eternidad conoce vicisitudes”.

Según esta matriz, D’Ors asimilaba la exuberancia –uno entre tantos tipos de paisaje americano- con una identidad histórica, análogo del carácter de sus habitantes y sus obras. No fue el único; tal como Henríquez Ureña explica en numerosas partes, son las primeras cartas de Colón las que sientan precedente para la formación de esta imagen extendida. De la afirmación de D’Ors a la que sostiene Hegel –a propósito de la dialéctica naturaleza/civilización- de que América está fuera de la historia, no hay demasiada distancia. Precisamente es esta visión la que nuestro autor se propuso corregir.

²¹ José Carlos Mariátegui. “Seis ensayos en busca de nuestra expresión”. Publicado originalmente en *Mundial*, Lima, 28 de junio de 1929 y antologado en *Ensayos*, op. cit., 730.

cambios sociales desarrollados en el contexto de la nociva influencia económica y política del capitalismo liderado e impuesto por los Estados Unidos sobre América Latina, llevan a Henríquez Ureña a integrar los factores materiales a su comprensión histórica del continente. Pero la constatación de este “sentido de responsabilidad” no debe conducir a leer su relato histórico como uno que se estructura en base al desarrollo económico. Tal como se desprende de su propia crítica al capitalismo norteamericano, Henríquez Ureña se opone a una realidad – y a una historia- determinada exclusivamente por este factor. En su concepto, es el espíritu de cada nación la fuerza de la historia, y éste se mueve no en pos del aumento del capital, sino hacia una utopía de justicia²².

“Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía” (“La utopía de América”, en *Ensayos*, op. cit., 270).

Como anunciamos, la definición de historia literaria coincide aquí con la que Karl Vossler propuso para la historia cultural en su libro *Filosofía del lenguaje*, de 1923. El pensador alemán distinguió dos tipos de historia, destinados a sistematizar el desarrollo de diferentes objetos, con metodología y alcance diferenciados²³. La historia *interna* se dedica a estudiar actividades del espíritu lo suficientemente autónomas como para sostener observaciones sobre sí mismas sin recurrir a otras formas de expresión. En el caso que nos interesa, esta es la historia de la literatura, que estudia las obras literarias como *energeia*, condicionadas por sí mismas y estudiadas como monumento²⁴. La aproximación a ellas se desarrolla con miras a alcanzar una síntesis en la narración y la interpretación histórica. La *externa* en cambio, constituye un gran relato –la coincidencia con la noción de Lyotard no es casual- que pone en

²² En su capítulo “Literatura y política en Hispanoamérica”, Gutiérrez Girardot comenta: “El ‘utopismo’ de Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes no era un utopismo socialista. La Utopía de estos dos postulaba como meta la ‘justicia’ social, pero no un programa revolucionario sino un motor democrático”. En *El intelectual y la historia*, op. cit., 50.

²³ Karl Vossler. *Filosofía del lenguaje. Ensayos*. Traducción y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida. Prólogo de Amado Alonso. Editorial Losada, Buenos Aires, 1947.

²⁴ La distinción que aquí se hace de *monumento* y *documento* adelanta ciertos puntos de la que décadas más tarde estableció Jaques Le Goff en *Histoire et Mémoire* (Gallimard, Paris, 1988), y que ha sido copiosamente utilizada entre los historiadores de las mentalidades, sociales y de la cultura, particularmente en Francia. Vossler acota: “...el objeto dado de la historia lingüística es el mismo que el de la historia literaria, a saber, las obras idiomáticas. Éstas son estudiadas por el historiador del arte o de la literatura como monumentos, es decir, como documentos de sí mismas, pero el historiador de la lengua las considera sólo en términos muy generales, como documentos, esto es, como reflejo de la vida espiritual” (Vossler, op. cit., 60). La tradición francesa, partiendo de la noción positivista de documento (única fuente objetiva, la prueba científicamente avalada para construir una historia), genera una oposición con la noción de monumento, al que define como un elemento de valor histórico que es interpretado y presentado con fines hegemónicos (nacionalistas, imperialistas...). Finalmente, el carácter ideológico de esta distinción conduce a Le Goff a relativizarla y a afirmar que todo documento es monumento.

relación a las historias internas y a cada forma de expresión particular con un marco contextual. Esta última es la que Vossler nomina historia cultural. En ella, la obra literaria es un producto cultural y en tanto tal, se estudia como documento representativo de una época; de esta forma, la aproximación será analítica, descriptiva y explicativa, e incluirá factores “externos” a la obra misma, pero fundamentales para comprender la acción que ejerce en su medio: su circulación, su recepción, la constitución del gusto epocal, etc. Evidentemente, Vossler entiende que es posible la combinación de ambos niveles, pero que la historia cultural no existe sin la historia específica de cada área, lo que no ocurre a la inversa.

“... siempre ha habido sagaces historiadores del arte que vieron y comprendieron que el arte no es sólo un producto, condicionado por todas partes, de las culturas históricas y de los temperamentos psicológicos, sino también una actividad condicionada por sí misma, y que, como tal, tiene sus problemas propios y su historia particular y autónoma” (Vossler, op. cit., 52).

Ayudados por esta distinción, podemos ahora decir que Henríquez Ureña no escribe nunca una historia *de* la literatura, sino que enfoca su mirada en esta *epidermis* (la metáfora es de Vossler) que es la historia cultural. Es tal vez necesario reconocer que con esta metodología se sacrifica un análisis más profundo o específico de cada una de las piezas integradas a la corriente, o que muchas otras queden fuera de la selección, y que éstas no pasen de ser ejemplos documentales que ilustran una época. Sin embargo, no hay contradicción ni pérdida alguna; Henríquez Ureña tiene un objetivo bien definido: historizar las formas que ha asumido la expresión del espíritu de la América hispánica. Esto mismo ya lo advirtió Gutiérrez Girardot, por lo que nos permitimos traspasar aquí una cita que sintetiza su lectura:

“En busca de nuestra expresión, la historia literaria se convierte, en manos de Henríquez Ureña, en una historia de la cultura. Ello no quiere decir, empero, que *Las Corrientes* sobrepasan los límites específicos de una historia literaria, sino al contrario: en Henríquez Ureña la historia literaria es, sin perder su especificidad, filosofía de la historia e historia de la cultura o, para decirlo más exactamente, la historia literaria de Henríquez Ureña incorpora la filosofía de la historia y la historia de la cultura. Es justamente esta incorporación lo que le da a *Las Corrientes* su carácter específico de historia en el sentido de proceso, a diferencia de las historias anteriores y posteriores, que son informativa acumulación de material. En fin, al incorporar la filosofía de la historia y la historia de la cultura, Henríquez Ureña incorporó también la historia política y social”²⁵.

En el “El descontento y la promesa”, nuestro autor propone dos recorridos cronológicos: uno por la América española, comenzando por la declaración de su independencia espiritual, promulgada por Bello en la primera de sus silvas; y otro que transita por la historia de Europa, comenzando por Roma. El primero de estos caminos está marcado por el ritmo dialéctico entre la promesa, entendida como las expectativas de alcanzar un ideal, y el descontento, o la

²⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria latinoamericana”. *Ensayos*, op. cit., 800.

sensación de fracaso que surge como reacción al entusiasmo precedente. Estos son los dos estados con que Henríquez Ureña define el movimiento histórico del espíritu americano. Las variaciones que experimenta están en relación con los cambios generacionales, que no se definen de un modo rígido determinado por el calendario biográfico de cada grupo de autores, sino más bien por cómo cada uno se manifiesta mediante estilos ideológico-estéticos contrapuestos: es el caso del neoclasicismo y el romanticismo o del romanticismo y el modernismo...

El trayecto europeo es una especie de fábula que narra brevemente la historia de las influencias. La moraleja de este relato está dirigida a aquellos “inquietos de ahora” que reniegan de toda influencia europea y se quejan de la carencia de una expresión auténticamente americana. La fábula quiere enseñarles que, en el tiempo de conformación de la cultura occidental, la imposición de determinadas formas extranjeras como norma y canon, y su consecuente imitación, ha ido generado cada vez nuevas formas, precisamente consideradas por quienes se quejan como ejemplo de expresión genuina de las diferentes épocas y espíritus nacionales. Tras esta breve lección de historia, nuestro autor constata que, a lo largo de sus distintas épocas, Europa ha sido escenario de imitaciones no mediadas por el prejuicio contra lo extraño o el complejo de inferioridad ante lo extranjero; y, sin embargo – observa-, la América española determina el movimiento de su espíritu según el rechazo radical o la eufórica aceptación de las formas ajenas. La explicación para esta diferencia es lo que denomina “el problema del idioma”. A pesar de que la lengua fue impuesta, hoy es propiedad de América tanto como de España: renunciar al castellano no es imaginable ni tampoco deseable. Pero, a pesar de pertenecernos, es esta gran herencia la que hace que la literatura americana insista en la pregunta por su identidad.

El conocimiento, pero también la producción de la historia –no sólo la inmediatamente propia, sino también la europea, que según su convicción, también nos pertenece- es la tarea que Henríquez Ureña propone realizar para liberar a los inquietos de este complejo y de esta duda perpetua. El ejercicio profesional de las letras y la apreciación creativa de las fuentes –según el ejemplo de Roma frente a Grecia, del Renacimiento ante al mundo helénico- será la vía de apropiación de la cultura y la liberación del trauma de la autenticidad.

VII. Es precisamente ese el programa que Henríquez Ureña desarrolla durante los veinte últimos años de su vida, como si hubiera decidido resolver con su propia pluma el “problema

del idioma”. Salvo tres importantes obras historiográficas –dos de ellas publicadas postumamente- esta época está dedicada al estudio fonético, etimológico y social de la lengua castellana y esos tres libros: *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, *Literary Currents in Hispanic America*, e *Historia de la cultura en la América Hispánica*, se valen del lenguaje como hilo conductor²⁶.

Podemos entonces afirmar que en esta etapa de madurez la definición de historia suma y sintetiza las precedentes y dispone los usos americanos de la lengua castellana en el lugar protagónico²⁷. Con esto, el ya patentado término “expresión” adquiere todo su significado: la lengua y sus actualizaciones artísticas constituyen el cauce por el cual fluye la cultura dinámica y original de Hispanoamérica.

El sentido profundo, metafísico incluso, que está contenido en este término no se contradice con su condición matérica: son, como explica Gutiérrez Girardot, dos hebras de un mismo hilo conductor.

“...lo historiográfico en la historiografía literaria sería el equivalente de la historia pragmática, en tanto que lo histórico como proceso correspondería a una filosofía de la historia. La pregunta que subyace a *Las Corrientes...* de Henríquez Ureña y que él responde en esa obra reza: ¿cuál es el sentido de nuestra existencia histórica?, a dónde vamos, qué hemos querido ser, qué hemos buscado?” (Gutiérrez Girardot. *Ibid.*, 800)²⁸.

²⁶ *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. Facultad de Filología y Letras. Instituto de Filología. U. de Buenos Aires, Buenos Aires, 1936; *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. FCE, México, 1949; *Historia de la Cultura en la América Hispánica*. FCE, México, 1947 (hemos trabajado con la edición de estas tres obras agrupadas en el Tomo X de las *Obras completas*. Recopilación y prólogo de Juan Jacobo Lara. Universidad nacional Pedro Henríquez Ureña. Santo Domingo, 1980).

²⁷ En el capítulo “Historia cultural e historia” de su *Filosofía del lenguaje*, Vossler traza un recorrido por las concepciones de historia hasta llegar a la definición de historia cultural, centrándose en la identificación del personaje actuante o protagonista de cada etapa. Comienza con la Edad Media, cuando Dios tenía la capacidad de actuar y desencadenar el movimiento histórico motivado por su Voluntad. El Renacimiento otorga ese lugar al individuo, sin embargo el carácter teleológico de la época anterior persiste, esta vez, simbolizado en la Fortuna. La Ilustración está también protagonizada por el hombre; pero lo que antes era impredecible e indeterminado, ahora se presenta como “naturaleza sujeta a leyes” (Vossler, op. cit., 75), principio de causalidad que determina las acciones del sujeto. Es a partir de esta etapa que Vossler comienza a hablar de *corriente de la historia*, precisamente porque es en su transcurso cuando se establece la distinción entre “corriente principal”, esto es, las “permanentes y generales condiciones de vida, hábitos y organizaciones” que constituye una civilización o cultura (*Ibid.*, 75), y “corriente secundaria”, donde “las acciones de los hombres libres han sido arrumbadas [...], donde se mueven como decoraciones anecdóticas, como curiosidades y accesorios artísticos o –y ésta sería la concepción más profunda- como reflejo de la corriente principal, como destellos de color, como ilustración característica de las leyes naturales del acaecer” (*Ibid.*, 76).

La última etapa de este recorrido reúne “las conquistas” del Romanticismo y del Positivismo. El *Ideal* aportado por el primero y su antítesis cientificista provocada por el segundo, alcanzan la síntesis del momento actual, donde “un mismo individuo empírico, un mismo grupo de individuos se mueve a la vez en la corriente principal y en la accesoria. Toda historia bien entendida es historia cultural; toda historia cultural es historia pura” (*Ibid.*, 78).

²⁸ Aunque Gutiérrez Girardot no lo refiera, creemos que la profunda vinculación entre historia y lengua que Henríquez Ureña desarrolla tiene también un antecedente en la historiografía romántica alemana, esta vez en la figura central de Wilhelm von Humboldt. Además de concebir la lengua como campo de investigación histórica, el gran pensador alemán promueve una concepción ética del trabajo del historiador: en sus lecciones de 1821

Con la afirmación anterior se despliega la particular apropiación que nuestro autor hizo de las principales tendencias del pensamiento que en torno al lenguaje se debatían en la época. En la base de la reflexión está la distinción elemental que planteó Ferdinand de Saussure en su *Curso de lingüística general* entre *langue* y *parole*²⁹. Henríquez Ureña toma partido por el *habla*, y se sirve de ella para abordar la condición dinámica, creativa y original del lenguaje, que puede extenderse a todo el amplio campo cultural para distinguir la *norma* peninsular de las *actualizaciones* americanas. Ejemplos de esto son sus trabajos de etimología americana, su interés por el romance y las distintas manifestaciones de la literatura oral en América... Con este mismo sentido, podemos también mencionar la valoración que hace de la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* de Bello (1847), en quien ya se intuye esta concepción dinámica del lenguaje, pues, según Henríquez Ureña, el venezolano “fijó el estudio de la lengua y de su poesía sobre una base de hechos que una ciega adhesión a los modelos latinos impedía ver” (*Las corrientes...*, op. cit., 146). Finalmente, podemos recordar que la introducción a la *Historia de la cultura...* no presenta, como es tradicional en los libros del género, el territorio que lo ocupa a partir de sus fronteras y características físicas y políticas, sino estableciendo las condiciones que unen y dividen a los países hispanoamericanos según el uso que hacen del idioma³⁰.

La misma opción por el *habla* fue la que tomó Vossler para fundamentar tanto sus estudios de la historia de la lengua como el análisis estilístico. El filósofo alemán centra su atención en el momento de la producción del lenguaje, que concibe como el instante aurático –para decirlo con Benjamin- en que el espíritu se hace forma por medio del acto creativo. En el *Prefacio a*

Über die Aufgabe des Geschichtsschreibers (de la cual no hemos podido encontrar traducción al castellano, por lo que recurrimos a la versión francesa: *Considérations sur l'histoire mondiale. Considérations sur les causes motrices dans l'histoire mondiale / La tâche de l'historien*. Presses universitaires de Lille III, Villeneuve-d'Ascq, 1985), Humboldt declaró que la labor histórica es una nueva creación de la realidad, llevada por la fuerza del humanismo (paráfrasis nuestra). En sus escritos sobre historia, Henríquez Ureña cumplió esta misión: sus textos no son sólo el recuento del pasado; representan también la acción creativa que reúne el pasado con el presente.

²⁹ La publicación póstuma de los apuntes realizada por sus discípulos en 1916 fue traducida al español por Amado Alonso (Editorial Losada, Buenos Aires, 1945) como parte de la colección *Filosofía y teoría del lenguaje*. Los otros libros que la conforman son *Filosofía del lenguaje* de Karl Vossler y *El lenguaje y la vida*, de Charles Bally (1941).

³⁰ Como es sabido, Pedro Henríquez Ureña definió cinco zonas de uso del español en América: 1. México y la América Central; 2. Mar Caribe, correspondiente a las Antillas, gran parte de Venezuela y la costa atlántica de Colombia; 3. la zona andina: parte de Venezuela, la mayor parte de Colombia, Perú, Bolivia y el noroeste argentino; 4. Chile; 5. la zona del Río de la Plata, es decir, Argentina, Uruguay y Paraguay. Además de estas zonas, es necesario considerar que hay una gran cantidad de hablantes indígenas, de quienes el español es segunda lengua, o la hablan con dificultad.

su traducción, Alonso contrasta a Saussure y Vossler:

“Vossler ve una dualidad funcionante, y por lo tanto ve el objeto de la lingüística en esa dualidad, en la corriente viva que une los dos polos; Saussure una dualidad trabante, un “dilema”, como declara él mismo (p. 50), un estorbo y complicación que se ha de salvar para constituir el objeto unitario que toda ciencia necesita” (Vossler, op. cit., 14).

Precisamente, la noción de historia elaborada por Pedro Henríquez Ureña está representada por la imagen fluida de corriente, lo que implica la percepción de un movimiento constante y doble: continuidad y cambio simultáneamente, tendencias y quiebres, tradición y superación, convivencia de varios componentes, etc. De esta misma forma Vossler comprendió el lenguaje, rechazando la noción estructuralista de sistema que proponía la gramática sausseriana, puesto que:

“Tan pronto como se trata un cambio en sí y por sí, sin referencia a su correspondiente contraparte y aun a todos los otros procesos gramaticales, aparece como un suceso casual y contingente que *sólo la historia puede justificar*” (el destacado es nuestro. Vossler, op. cit., 88).

La gramática comparada surge como la metodología capaz de estudiar las producciones lingüísticas de manera integral, esto es, inmersas en su contexto de producción. Ella se erige

“sobre la base de conexiones históricas entre los pueblos respectivos. El mismo concepto de “grupo lingüístico”, no es gramatical, sino histórico-social [...] La gramática pura y abstracta se salva en la historia lingüística [...] Con esto queda restablecida la conexión de las formas idiomáticas con la modalidad espiritual y la cultura total del pueblo, y el lenguaje ya no aparece amputado de toda actividad espiritual, sino como el instrumento adecuado para la creación y participación de valores espirituales y como la expresión característica de una índole espiritual” (Vossler, op.cit., 89).

Henríquez Ureña se inscribe en esta línea de estudio, que tiene su origen en la tradición romántica del siglo XIX alemán y se reconoce como un humanista. Desde esa definición, concibe la historia como desarrollo orgánico de una totalidad, dentro del cual se establecen divisiones o etapas marcadas por tendencias artísticas y literarias que a su vez son la expresión de momentos socioculturales, que también tiene su correlato político y económico. Cada momento histórico se manifiesta por medio de sus obras representativas, aquellas que pasan a la historia como *clásicas*. La historiografía romántica, que se ocupó en gran medida de la Antigüedad, definió el canon de las obras clásicas del arte griego y romano; estas constituyen el objeto de estudio concreto de la historia, que procede estableciendo los vínculos entre dichas obras y el contexto en que fueron realizadas. Como vimos, Henríquez Ureña ya había planteado la necesidad de una *tabla de valores* que sirviera como guía para establecer este canon y es en sus dos obras de publicación póstuma donde él mismo asume este desafío, definiendo *los clásicos* de la América hispánica³¹.

³¹ En su libro *El poder de la palabra: ensayos sobre la modernidad de la crítica literaria hispanoamericana*, Guillermo Mariaca se detiene a analizar la formación del canon por parte de Henríquez Ureña. Nos parece

A pesar de asegurar en el prólogo de *Las corrientes...* que no es su propósito ejercer una selección crítica de autores, sino simplemente utilizar cada nombre como ejemplo de las corrientes de la expresión americana, Henríquez Ureña elabora una lista que responde a los valores que él ha venido definiendo como propios de la literatura³². Esta selección cumple, por cierto, una función pedagógica, que se realiza en la actividad académica y editorial a la que se dedica con gran intensidad durante sus años argentinos. Funciona también como criterio estético de organización del corpus literario: las obras que conforman el canon otorgan a la historia literaria una especie de estructura que sostiene su continuidad, es decir, su tradición, y al mismo tiempo, da soporte a las obras que ocupan una posición secundaria, opuesta o diversa a ella (los llamados *contracanon* y *canon alternativo*)³³. Pero, como ya se podrá deducir del recorrido que venimos haciendo por el pensamiento historiográfico de Pedro Henríquez Ureña, las piezas centrales de la historia literaria de América hispánica son las portavoces de la expresión más auténtica y original de su espíritu, que con ellas se integra a la corriente de la cultura universal. En consecuencia, el gesto selectivo que acomete el historiador crítico, está definido por un criterio pedagógico, estético e idealista, en tanto las obras canónicas adquieren un valor modélico, es decir, son dignas de imitación.

En el caso del canon americano de Henríquez Ureña, *esos nombres centrales y libros de lectura indispensable* están ahí porque inspiran la realización de la utopía humanista, aquella que nuestro autor nombró “la patria de la justicia”. Y es eso lo que los mantiene vigentes, más allá de su contexto de producción inmediato, las políticas culturales y los gustos de cada época. Consecuentemente, el valor que se plantea como digno de imitar no es ni estético ni político, sino ético. Este valor no aspira en ningún caso a dar argumentos para el establecimiento de una norma, puesto que otro de los principios por los que Henríquez Ureña se rige para hacer su selección es el de la autenticidad.

interesante la vinculación que hace entre este gesto, que define como “fundador de una modernidad”, y el esfuerzo que el dominicano emprende por construir un sujeto acorde con esa modernidad, esto es, el intelectual. Vid. Guillermo Mariaca. *El poder de la palabra: ensayos sobre la modernidad de la crítica literaria hispanoamericana*. Casa de las Américas-Universidad Mayor de San Andrés, La Habana, 1993.

³² “Las páginas que siguen no tienen la pretensión de ser una historia completa de la literatura hispanoamericana. Mi propósito ha sido seguir las corrientes relacionadas con la ‘busca de nuestra expresión’ [...] Los nombres de poetas y escritores citados los escogí como ejemplos de esas corrientes, pero no son, en rigor, los únicos que podrían representarlas [...] Debo advertir que ninguna omisión responde a un propósito crítico” (*Las corrientes literarias...*, op. cit., 42). Coincidiendo con Gutiérrez Girardot, creemos que “la limitación impuesta [esa de no escribir una *historia completa*] fue, en parte, la causa de su acierto” (Gutiérrez Girardot. *Ibid.*, 799).

³³ Para una discusión extensa sobre canon; Vid: Enric Sullà (compilador). *El canon literario*. Arco, Madrid, 1998.

La vitalidad de estas obras promueve lecturas en dos planos no disociados: aquel que refiere a las formas, su condición sensible, y aquel que pone la obra en relación con otras y con la sociedad (puesta en la historia, finalmente), de tal manera que puede llegar a interpretar su realidad y representar sus anhelos.

Optar por el *habla* lleva también a nuestro autor a mantenerse a raya de las teorías de análisis sincrónico de la literatura que comienzan a adquirir fuerza en estos años. Estas “nuevas” posiciones teóricas se proponen generar mecanismos de abstracción que permitan identificar las estructuras que conforman a la literatura *en sí*, esto es, como un ente autónomo y disociado de su medio. No hay que olvidar que durante los mismos años en que Henríquez Ureña dicta las cátedras que compondrán más tarde *Las corrientes literarias...*, su entrañable amigo, Alfonso Reyes, se desdobra intentando elaborar el sistema de análisis literario “fenomenológico” en *El deslinde* y *La experiencia literaria*, ambos publicados en 1944³⁴. Otro tanto ocurría con la enorme influencia que tuvo en América Latina la estilística de Leo Spitzer, introducida por Amado Alonso en Buenos Aires, cuyo epicentro era el mismo Instituto de Estudios Filológicos donde el dominicano trabajaba. La filiación de las tendencias científicas del siglo XX con el positivismo del XIX no puede negarse, a pesar de que surja – como en el caso de Reyes- después de haber desarrollado e integrado la crítica de éste. La insistencia se explica por la desestimación de la historia literaria como medio de conocimiento de las obras particulares.

Nuestro autor queda, en este escenario, “pasado de moda”, pues, tal como denuncia Gutiérrez Girardot:

“La estilística invadió los estudios literarios con tal pretensión de única y absoluta verdad científica, que sofocó a la historia o la consideró como algo extraliterario. En esta embriaguez formalista, *Las corrientes...* sólo podían parecer un simple manual más de historia literaria al uso, en el que la ausencia de “estilística” certificaba ya su “antigüedad”, y lo condenaba a ser un eco de un mundo pasado y pobre en el eufórico nuevo universo que experimentaba el voluptuoso poder hermenéutico de la estilística” (Prólogo a *La utopía de América*, op.cit. XII).

Sin embargo, Henríquez Ureña mantiene cierta sintonía con otras áreas de las llamadas “ciencias humanas”, más que por afinidad con sus métodos de aproximación a las manifestaciones de lo humano, por los resultados de sus investigaciones. Valora la información que elaboran los estudios antropológicos, arqueológicos y sociológicos –a veces-

³⁴ En el capítulo (de su libro sobre críticos latinoamericanos, inédito a la fecha) “Alfonso Reyes o los lindes de la teoría”, Grínor Rojo delata los motivos que condujeron a que Reyes diera por fracasado su proyecto de producir una teoría de la literatura como pura intención. Cita para ello la “picaresca” “Carta a mi doble” de 1957 (publicada en *Al yunque*. 1944-1958): “¡Ay! Mi órbita de cometa se dejó ya atrás esa cierta zona del espacio [...] Hasta la distinción entre ‘teoría de la literatura’ y ‘ciencia de la literatura’ es difícil –y aún ociosa- para quien no

Pero la valora puesta al servicio de la historia, precisamente porque aporta los datos necesarios para seguir escribiéndola³⁵. En esta última etapa, Henríquez Ureña ha alcanzado de modo natural las últimas tendencias historiográficas que se desarrollan paralelamente en la metrópolis.

“Mi libro se funda sobre la convicción de que la indagación historiográfica alemana, sin renunciar a la preciosa tradición de su procedimiento metódico, se debe elevar a un movimiento y contacto más libres con las grandes fuerzas de la vida política y de la cultura, y, sin sufrir detrimento en su esencia y fin, debe sumergirse en la filosofía y en la política, y sólo así podrá desarrollar su íntima esencia y ser a la vez universal y nacional’. Ésta es la filosofía de nuestro tiempo, iniciadora de un nuevo periodo filosófico e historiográfico” (Croce, op.cit., 252)³⁶.

Con esta cita de Friedrich Meinecke como ejemplo, Croce pone de relieve la nueva historiografía que, según su concepto, acabó por vencer definitivamente la “abstractez hegeliana”. Ella surge como consecuencia del vuelco epistemológico que sobrevino a la crisis del pensamiento positivista y que, recogiendo ciertos aportes metodológicos de éste en combinación con una mirada culturalista, a la vez que rescatando elementos de la historiografía romántica alemana, permitió superar el referente perdido de la historiografía (o más bien de la filosofía de la historia) idealista.

La dialéctica que oscila entre la revisión de las particularidades o manifestaciones concretas del espíritu nacional en una obra y la percepción universal del fenómeno literario en tanto corriente de la historia, se proyecta en la obra de Henríquez Ureña no como contradicción sino como el método para reconocer la expresión americana. La condición utópica de la realidad, que desde su mirada, se hace inmanente de nuestra literatura, acaba por distinguir la historiografía de Henríquez Ureña de la desarrollada por la tradición romántica alemana. Ella dirigía la dialéctica histórica hacia el momento cúlmine de la formación y realización de las conciencias particulares de cada nación y la expresión de estas en la obra de arte; una instancia

se haya fabricado, como yo, toda una máquina” (Rojo, inédito, 6).

³⁵ Una evidencia de esta solidaridad disciplinaria es la diferencia –en lo que refiere a contenidos- más notoria entre su *Historia de la cultura en la América Hispánica* y *Las corrientes literarias en la América Hispánica*: la primera ubica el inicio de la historia americana en las culturas indígenas, en tanto las asume, en su definición amplia de cultura, como tales. *Las corrientes...* en cambio se inician en 1492 y su primer capítulo, “El descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación europea”, está destinado a la historia española antes que la americana. Para la descripción de los diferentes grados de civilización alcanzados por las poblaciones precolombinas, y el estudio de sus particularidades culturales, Henríquez Ureña se vale de los antecedentes aportados por dichas ciencias, y así lo reconoce: “Treinta años atrás se habría creído innecesario, al tratar de la civilización en la América hispánica, referirse a las culturas indígenas. Ahora, con el avance y la difusión de los estudios sociológicos e históricos en general, y de los etnográficos y arqueológicos en particular, se piensa de modo distinto...” (*Historia...*, op. cit., 329). Es necesario notar que aún tendrá que pasar más tiempo e investigaciones antropológicas para que estas culturas sean presentadas también en su desarrollo histórico, y no en una descripción que muchas veces responde exclusivamente al estado en que se encontraron los españoles a su llegada.

³⁶ La cita es de Fridrich Meinecke. *Weltbürgerthum und Nationalstaat, Studien zur Genesis des deutschen*

que de alguna manera clausuraba la dialéctica en el momento presente. La historia de Henríquez Ureña en cambio, está proyectada hacia un ideal. Gutiérrez Girardot denominó esta diferencia “la inversión de Hegel”³⁷.

La renovación de la historiografía anunciada por Croce, encuentra una tierra fértil en la Escuela de los Anales francesa, fundada en los años treinta por Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel. Estos historiadores rechazan la definición positivista de documento (limitado a la escritura) y, ampliando tanto fuentes como objetos de estudio, se preguntan por aspectos que antes no eran sometidos a una revisión histórica desde una reflexión crítica:

“Así, lo cotidiano, cesando de ser una decoración para ‘gran historia’, ‘grandes hechos’ y ‘grandes hombres’, es el objeto privilegiado del conocimiento histórico. La palabra ‘cultura’ no evoca ya una élite o una obra maestra, sino una producción, una difusión, una recepción”³⁸.

La perspectiva histórica enfocada a los modos de producción era el resultado de la ampliación de lo historiable en manos de los autores de filiación marxista. La historia de los medios de difusión y recepción es algo que se plantea en esos años y que persiste con total vigencia en la actualidad. Son los tres enfoques que recorren el esquema básico de la comunicación, concebida como un factor principal en la cultura de la (post)modernidad.

Sin embargo, el problema de la recepción en lo específicamente relativo a la historiografía de la literatura recién será planteado de manera sistemática por la Escuela de Konstanz, liderada por Jauss, quien en 1967 dicta la conferencia “La historia literaria como desafío a la ciencia literaria”³⁹. Allí enfrenta al formalismo ruso y sus derivaciones y, tras considerar los aportes de la historiografía romántica alemana y marxista, plantea la necesidad de recuperar el estudio de la historia de la literatura, esta vez, localizando el acento en el polo de la recepción.

“La obra literaria no es un objeto independiente que proporciona la misma experiencia a los espectadores de todas las épocas. Ni es un monumento que nos revela su ser permanente en forma de monólogo. Antes bien, reclama la resonancia, constantemente renovada, de la lectura” (Jauss, op. cit., 42).

Muy cerca de esto está Henríquez Ureña cuando en 1931 escribe un ensayo monográfico sobre Sor Juana Inés de la Cruz donde analiza la historia de la recepción que han tenido sus obras,

Nationalstaates. München U. Berlin, Oldenburg, 1911.

³⁷ “Con esto, él invirtió la dialéctica hegeliana. No lo hizo como Marx, quien por evidentes razones históricas operó con conceptos hegelianos, sino como hombre del Nuevo Mundo. Al invertir a Hegel, Marx dio primacía a las condiciones materiales de la vida que determinan la conciencia del espíritu. Para Henríquez Ureña este problema se presentaba de otra manera. La inversión de Hegel, o más exactamente, del hegelianismo latente en la comprensión de la historia, no fue en Henríquez Ureña menos radical que la de Marx. Mientras Hegel anunciaba que con su filosofía todo había llegado al “fin final”, Henríquez Ureña pensaba que ese *fin final*, esa plenitud, estaban abiertos y que de lo que se trataba justamente era de alcanzarlos” (Rafael Gutiérrez Girardot. Prólogo a *La utopía de América*, op. cit., XXXI). Volveremos sobre este tema en el Capítulo IV de este trabajo.

³⁸ Charles-Olivier Carbonell. *La historiografía*. FCE, México, 1986, 142. 1° edición en francés de 1981.

³⁹ Hans Robert Jauss. “La historia literaria como desafío a la ciencia literaria”. En: *Literatura como provocación*.

desde el rechazo de parte de sus contemporáneos, motivado por dogmas religiosos y de género, pasando por la posterior censura al gongorismo por “malo y extravagante”, llegando hasta la recuperación parcial que hacen los poetas del Modernismo de las formas de la poesía del Siglo de Oro español y sus representantes americanos⁴⁰. Será el propio Henríquez Ureña uno de los primeros críticos americanos que aborde la prosa y poesía de sor Juana, primero considerando elementos particulares de su métrica y luego aspectos de la obra puesta en diálogo con la corriente histórica.

La preocupación por la recepción de la literatura se observa también en el esfuerzo inmenso de Henríquez Ureña por recopilar bibliografía de cada uno de los autores y tendencias literarias que estudia. Como ejemplo, baste observar las sesenticuatro páginas de notas, muchas veces ocupadas con comentarios sobre bibliografía y las veinticuatro páginas de bibliografía, ordenada por países, que cierran *Las corrientes...* Esto mismo se observa en *La cultura y las letras coloniales...* y en otros libros.

De esta manera, la literatura se entiende como un conjunto de discursos puestos en un diálogo que forma parte viva del campo social, donde lectura y escritura, literatura y crítica literaria, cultural, son actividades que aspiran a implicar una realidad más amplia que el exclusivo circuito conformado por la elite intelectual. Henríquez Ureña cancela así la ambigüedad que desvirtuaba –desvirtúa- la función social del arte y especialmente de la crítica, asumiéndola como el discurso que media entre el campo cultural y el social. De manera equivalente, la escritura de la historia literaria ofrece mediación entre el campo cultural del pasado y la sociedad actual⁴¹.

El compromiso ético que Henríquez Ureña sostuvo a lo largo de su vida con la democracia no fue modificado por la radicalización de las posiciones políticas que se debatían en los años treinta y cuarenta. La esperanza utópica en la *patria de la justicia* y la certeza de que

Península, Barcelona, 1970.

⁴⁰ Publicado originalmente en *Cursos y conferencias*, I, 3, Buenos Aires, sept. de 1931 y antologado en *Ensayos*, op. cit.

⁴¹ Utilizamos aquí la definición de campo cultural aportada por Pierre Bourdieu *Campo de poder, campo intelectual* (Montessor, Buenos Aires, 2002). En relación a este punto, nos parece remarcable el rechazo que ambos autores hacen de la estética del “arte por el arte” (y de su análogo teórico) en tanto consideran que la producción cultural se constituye en relación a las producciones de otros campos, y es en este intercambio donde adquiere sentido. El pensador francés reflexiona sobre este asunto al analizar el Romanticismo y las primeras expresiones de las Vanguardias europeas, por su parte, Henríquez Ureña lo hace al abordar el Modernismo, particularmente en el capítulo que le dedica en *Las Corrientes*, que de hecho, denomina “Literatura pura”; donde explica cómo “la transformación social y la división del trabajo disolvieron el lazo tradicional entre nuestra vida pública y nuestra literatura” (op. cit., 219).

Hispanoamérica ha tenido un desarrollo auténtico y valioso, por lo que aún tiene mucho que aportar al desarrollo de la humanidad, son el único principio –filosófico, estético y ético- o idea *a priori* que se impone en sus obras. No encontramos en ellas un discurso político, que de manera ideológica predetermine –y finalmente, haga previsibles- los análisis planteados. La libertad –la independencia- con que Henríquez Ureña despliega su pensamiento descansa en la conciencia que tiene acerca de la autonomía relativa del campo cultural y sobre todo en la perspectiva histórica con la cual lo estudia⁴².

Las dos publicaciones póstumas de Henríquez Ureña se diferencian notoriamente de sus anteriores escritos por su mayor alcance espacio-temporal; son libros unitarios (los anteriores estaban compuestos por selecciones de ensayos y el factor aglutinante no respondía necesariamente a criterios históricos) que invitan a una lectura continua, en tanto se estructuran como un relato. Esta continuidad nos permite observar cómo nuestro autor se hizo cargo de ciertos elementos fundamentales para la escritura de la historia y esenciales para la definición que aquí nos hemos propuesto trazar; se trata de la metodología de aproximación a los objetos y la periodización, dos aspectos bien concretos de la escritura historiográfica.

Estos dos aspectos incluyen a su vez una serie de puntos que requieren ser atendidos con precisión para identificar, ya no los marcos teóricos de la definición de historia, sino los criterios prácticos de su puesta en escritura. Es por esto que proponemos cerrar aquí estos apuntes –no por considerarlos completos- y pasar a un nuevo capítulo, donde nuestra mirada se enfoque en la escritura historiográfica de los dos últimos libros de Pedro Henríquez Ureña.

CAPÍTULO SEGUNDO

CRITERIOS HISTORIOGRÁFICOS EN *LAS CORRIENTES LITERARIAS EN LA AMÉRICA HISPÁNICA E HISTORIA DE LA CULTURA EN LA AMÉRICA HISPÁNICA*

Antes de empezar esta revisión, es necesario reconocer que, así como existen similitudes, principalmente a nivel temático, los dos libros que aquí nos proponemos estudiar son bien diferentes, lo que en parte se explica por sus respectivas –y bien conocidas- situaciones de

⁴² Beatriz Sarlo perfila a Henríquez Ureña en tanto intelectual acercándolo a la figura de Ángel Rama, observando que tanto para uno como para otro “el discurso sobre la literatura no tenía una función puramente autorreferencial, ni podía ser sólo pensado como un discurso para expertos. Brevemente, de la literatura podía decirse algo que estuviera dotado de importancia social colectiva” (Sarlo. “Pedro Henríquez Ureña: lectura de una problemática”. En: *Ensayos*, op. cit., 881).

producción⁴³. A medida que vamos observando cómo cada uno de los libros responde a los criterios historiográficos revisados, las diferencias y similitudes irán apareciendo.

1. Delimitación del objeto de estudio

Hemos planteado que es el lenguaje el protagonista del relato histórico que nuestro autor emprende, en tanto el objetivo que se ha propuesto es el de reconocer los caminos por donde transita la expresión del espíritu hispanoamericano. En *Las corrientes...* esto se hace patente en el generoso traspaso de citas que hace nuestro autor en su condición de narrador, cediendo la palabra a sus personajes. Sin echar mano a análisis lingüísticos o retóricos, su auditor/lector aprende a conocer los usos del español americano. En la *Historia...*, en cambio, las citas son inexistentes, pero el idioma es un factor concreto en la delimitación del objeto de estudio. Ya desde el título, ambas obras definen su objeto a partir de lo *hispano* y podemos considerar elocuente, en este sentido, el comentario que Henríquez Ureña hace en su introducción a las conferencias en Harvard: "...América hispánica (nombre que me parece más satisfactorio que el de 'América latina')" (42). Dos ejemplos más: la introducción de *Historia...* consiste en la descripción del mapa lingüístico de América (donde define las zonas lingüísticas del español en América ya mencionadas); y en el capítulo I, dedicado a la América indígena, es la lengua de cada pueblo el primer elemento sobre el cual nuestro autor llama la atención (aunque sin hacer referencia a su literatura que, en gran medida, permanecía sin ser descubierta). Frente a esto, es llamativo el gesto de excepción a este criterio –del que, por lo demás, no conocemos precedentes- de integrar en el segundo libro a Brasil, nación demarcada por la unidad de su lengua portuguesa, como parte de la historia cultural de la América Hispánica.

Los usos de lenguaje que aborda como objeto de estudio no equivalen, en ningún caso, a la simple acción cotidiana del habla, en tanto lo que con ellos busca Henríquez Ureña es la expresión del espíritu hispanoamericano. Esto explica que la selección de actos que se van hilando en la historia, esté definida dentro de los bordes de lo que Ángel Rama llamó la *ciudad letrada* y que en parte también coincide con los que el sociólogo francés Pierre

⁴³ *Literary Currents in Hispanic America* reúne las conferencias dictadas en Harvard entre 1940 y 1941 bajo el título "En busca de la expresión: la creación literaria artística en Hispanoamérica". La publicación en inglés se hizo en 1945 por la Harvard University Press. A pesar que Henríquez Ureña alcanzó a traducir algunas de las conferencias, la traducción definitiva al español estuvo a cargo de Joaquín Díez-Canedo y fue editada en 1949 por la *Biblioteca Americana* del FCE, México, dirigida en esos años por Camila Henríquez Ureña, hermana de nuestro autor. *La Historia de la cultura en la América Hispánica* fue escrita en su último año de vida (según cuenta Enrique Zuleta Álvarez, dejó listos los originales tres días antes de morir). Se publicó en 1947 en la Colección *Tierra Firme* del FCE, México (Vid. Enrique Zuleta Álvarez. *Pedro Henríquez Ureña y su tiempo*.

Bourdieu denominó *campo cultural*⁴⁴; es decir, dentro de la pequeña porción social que en cada época de nuestra historia ha logrado dar cuenta, a través de la práctica de las humanidades en su más amplio sentido (esto es, el pensamiento de ciencias, letras y artes en todas sus ramas) de una cultura de alcance universal.

Bajo estos términos, quedan fuera las producciones artísticas indígenas, folclóricas, las de transmisión oral y las masivas⁴⁵. Sí se considera como acción histórica la publicación y recepción de libros, los movimientos culturales, las políticas con injerencia en lo cultural, la formación de instituciones para la producción y transmisión de la cultura (academias, salones, escuelas, universidades)⁴⁶.

En este punto, salta a la vista la mayor diferencia entre *Las corrientes...* y la *Historia...*. La noción de cultura con que se elabora el primer libro está circunscrita al ámbito de las artes: nuestro autor se detiene principalmente en la literatura, la lectura, la publicación de libros, los movimientos literarios, etc., pero concede también atención a la escritura de la historia, al teatro, la arquitectura, la pintura, la música y la danza. En la *Historia...* en cambio, su proyecto es, en cierto sentido, más ambicioso, puesto que además de referirse a las disciplinas recién enumeradas, introduce observaciones sobre las ciencias matemáticas y naturales, las leyes y la política e incluso, aunque en términos muy generales, sobre la economía.

Centrados ya en el campo literario, notamos cómo Henríquez Ureña aborda las diferentes obras sin establecer clasificaciones de corte genérico, lo que otorga un notable dinamismo a sus observaciones. Al contrario de los análisis estilísticos de sus contemporáneos, que imponen distinciones estructurales entre las obras, nuestro autor opta siempre por una mirada diacrónica y se mantiene lejos de cualquier estructura o compartimento que obstruya la corriente histórica. Ejemplo de esto es el planteamiento que hace sobre los géneros literarios

Catálogos, Buenos Aires, 1997).

⁴⁴ Vid. Ángel Rama. *La ciudad letrada*. Prólogo de Carlos Monsiváis. Tajarar editores, Santiago, 2004; y Bourdieu, op. cit.

⁴⁵ Sin embargo, algunas de ellas sí reciben tratamiento en otros lugares. Ya nos referimos al interés que despierta en Henríquez Ureña la tradición oral en forma de romance y conocidos son sus trabajos al respecto. En relación al arte indígena, es destacable la valoración que hace del *Ollanta* en su ensayo “El teatro de la América española en la época colonial” (1936) antologado en *Utopía de América*. La artesanía y la arquitectura de las culturas indígenas de México llaman también su atención, como leemos en “Vida espiritual en Hispanoamérica” (1937). En cuanto a la cultura de masas, puede ser interesante mencionar que el cine, que comenzó a ser por estos años, la máxima expresión de la cultura popular, no parece haberlo entusiasmado, como sí lo hizo por ejemplo, con Alfonso Reyes.

⁴⁶ Para algunos, tendrá sentido calificar este criterio como eurocéntrico, pero confiamos en que las definiciones de cultura, nación y espíritu enunciadas en el capítulo I, permitan acceder a la coherencia interna de esta construcción historiográfica.

en “Apuntaciones sobre la novela” de 1927 (recogido en *La Utopía de América*), los que no representan para él una unidad de análisis atractiva (solamente son “designaciones prácticas”), en tanto reconoce que la heterogeneidad de formas que se da en las obras literarias e incluso, la variedad que puede darse al interior de un mismo texto, se pierde al establecer patrones de clasificación con este criterio⁴⁷.

La caracterización de las obras la lleva a cabo cruzando las condiciones históricas de producción y recepción con criterios estéticos. Esto le permite comenzar sus dos libros estudiando las crónicas, cartas y diarios de la Conquista sin poner en cuestión su estatuto literario, valorando al mismo tiempo su condición de documento historiográfico.

Al centrarse en las actualizaciones del lenguaje, Henríquez Ureña deja fuera a la figura del autor, que había protagonizado la historiografía hasta el momento. No hay, salvo en contados casos, donde ella se hacía imprescindible, referencias a la biografía de los escritores. Asimismo, la idea de genio –referente imprescindible de la estética romántica, representante del individuo que adquiere su saber por medio de la experiencia de su espíritu frente a la naturaleza- se desvanece ante la descripción del hombre de letras, tomando en cuenta su círculo de formación y su campo de acción⁴⁸. Es aquí donde cobra su sentido el término *generación*. Volveremos a él cuando analicemos los modos con que Henríquez Ureña establece los periodos de la historia.

2. Metodología de aproximación al objeto de estudio

Tanto en *Las corrientes...* como en *Historia...*, la narración de la historia es un proceso de construcción. En la escritura de Henríquez Ureña, la historia no está en los hechos, sino en el discurso que los selecciona, organiza y califica. Esto se hace evidente cuando contrastamos el

⁴⁷ En este ensayo, Henríquez Ureña no se detiene a elaborar una definición de lo que él acepta como condición genérica de las obras literarias, se limita a dar un ejemplo: preguntándose la intención del anónimo autor, Henríquez Ureña entiende que la *Celestina* se escribió “dramáticamente” aún sin haber estado hecha para su representación. Creemos que puede ser útil poner su concepción de los géneros literarios en relación con la definición que Alfonso Reyes elabora en *El Deslinde (Obras Completas. Tomo XV, México, FCE, 1997)*, quien rechaza también la clasificación por formas genéricas, promoviendo en su lugar la determinada por funciones o “formas de ataque de la mente sobre sus entes u objetos propuestos” (Reyes, op. cit., 30), las que pueden ser de carácter épico, lírico o dramático sin coincidir con los géneros establecidos convencionalmente.

⁴⁸ “Aunque la frase inglesa ‘men of letters’ no tiene traducción en castellano, refiere con exactitud a un grupo de pensadores cuyo púlpito –como señaló Carlyle- era el libro impreso [...] Dotado de una cultura general que se basaba en las lecturas literarias y filosóficas, el ‘man of letters’ se oponía a los tecnócratas y también a los puritanos. Para tales intelectuales –me refiero a Mathew Arnold en Inglaterra, a Renan en Francia, a los krausistas en España, Rodó en América Latina- existía una ética humana universal y eterna que se podía captar a través de la tradición literaria y filosófica”. Jean Franco. “El humanismo de Pedro Henríquez Ureña”. *Ensayos*, op. cit., 813.

relato que conforma el cuerpo del texto de *Las corrientes...* y el material que fue dispuesto en las notas. El primero es un discurso que se emprende para relatar la formación de una tradición, siguiendo, como hemos dicho ya, la línea transversal y constante que traza la tendencia del espíritu regional hacia la utopía universal. Las notas, en cambio, son un esfuerzo de rescate y catalogación de información (ejemplos, mención a casos que quedan fuera del cuerpo principal y bibliografía) no articulada, aunque sí complementaria del relato.

La voz de este discurso se enuncia a partir de la primera persona del plural, para el caso de *Las corrientes...*, lo que es explicable dado su origen oral. Con esta voz, el narrador se hace doblemente dialógico; ya habíamos mencionado el diálogo que sostiene con los escritores de la tradición, traídos a presencia con sus citas. Es posible interpretar que con esta forma enunciativa nuestro autor estableció, en el momento concreto de su enunciación (considerando el origen de su auditorio), la diferencia entre la América hispana y la anglosajona. Pero es indudable que esta forma aporta, sobre todo, intimidad. La cercanía que así se provoca, permite que el relato adopte a veces tonos humorísticos e incluso poéticos, como sucede, por ejemplo, en este pasaje, escogido al azar, dedicado a José María Heredia:

“Como es de suponer, Heredia es el más auténticamente lírico entre nuestros poetas de aquellos tiempos revueltos. Es el primero de nuestra larga serie de poetas que cantaron la ausencia y el destierro (tradición latina), las esperanzas sin colmar y los tesoros perdidos. El amor de su tierra nativa es una pasión desolada y constante. Basta la simple caricia de la tibia brisa de su clima natal para arrancarle un grito...” (*Las corrientes...*, 150).

En la *Historia...*, en cambio, el discurso está enunciado por una voz impersonal. No obstante, el relato está permanentemente marcado con juicios e hipótesis historiográficas que confirman la voz autoral. Es así como ella va dando orden y jerarquía a los actos que historiza, cumpliendo con el objetivo crítico de la historia al que nos hemos referido ya. Un ejemplo de juicio:

“Echeverría, el iniciador del romanticismo, no es su mejor poeta” (*Historia...*, 395);

y otro donde se plantea una hipótesis historiográfica:

“El pensamiento de que las colonias americanas se hicieran independientes de España y Portugal es muy antiguo...” (*Historia...*, 365).

Un movimiento dialéctico es el que va desplegando este relato en ambas obras, con el que se hace evidente la noción de continuidad histórica que Henríquez Ureña encuentra en el devenir de la América hispana. Identificamos otra vez la influencia de Hegel en esta comprensión de la historia como una superación de conflictos al mismo tiempo que asimilación de experiencias por parte del espíritu en tránsito a su realización. Es esta continuidad la que, precisamente, da sentido de unidad a la región y justifica el esfuerzo de emprender una

historia común, que supera los límites de lo nacional y que, al incluir a Brasil y algunas islas antillanas, sobrepasa incluso las fronteras del idioma. Es esta continuidad, además, la que se pone de manifiesto con el término “corriente”, que se diferencia bien del concepto de evolución implantado por el positivismo para describir una diacronía. La dialéctica es, lejos de factores predeterminantes, el movimiento de progresiva autoconciencia del espíritu, el cual se expresa concretamente en la dinámica entre tendencias –que dan cuenta de la continuidad- y movimientos –que generan cortes, y, por lo tanto, progresión-. Un ejemplo:

“A la independencia siguió en la América hispánica un período de anarquía, y a éste un período de organización; a partir de 1870, empezamos a cosechar los frutos de la estabilidad, y, a partir de 1890, había prosperidad” (*Las corrientes...*, 207).

La dialéctica es al pensamiento historiográfico de Henríquez Ureña lo que la metodología crítica comparada es a su puesta en práctica. Como se sabe, el método comparativo es el que pone en práctica Franz Bopp para reconstruir, a comienzos del siglo XIX, el sistema flexivo del sánscrito. Como heredero tardío de esta tradición, Karl Vossler es su principal referente, aunque podríamos afirmar que Vossler y Henríquez Ureña actualizan y desarrollan esta estrategia de trabajo de manera paralela, el alemán principalmente en el área lingüística y el dominicano en la historia literaria, aunque ambos se pasaron libremente por las humanidades. Tanto el uno como el otro llegan a ella buscando las salidas de la estructura ensimismada que había construido el positivismo, pero a diferencia de la lingüística histórica decimonónica, la lingüística idealista de Vossler y la historiografía de Henríquez Ureña productivizan este método no como mera herramienta analítico-descriptiva, sino también crítica⁴⁹.

En el caso de Pedro Henríquez Ureña, el análisis comparativo es especialmente útil para llevar a cabo su objetivo de ubicar las expresiones de la cultura hispanoamericana en la corriente de la historia de Occidente. Es a partir de esta mirada que observa y contrasta dos realidades, que define aquella *escala de valores* con que establece los juicios de las obras, de tal modo que éstas sobrepasen la frontera latinoamericana y puedan encontrar su lugar universal. Veamos

⁴⁹ Vossler lo expone así: “...hemos encontrado dos momentos en que la lengua debe ser observada y juzgada: 1. El momento del progreso absoluto o de libre producción individual; 2. El momento del progreso relativo o de la llamada evolución [...] El examen del primer momento no se ocupa del estado histórico de la lengua dado, y es puramente estético. El examen del segundo momento compara dos estados sucesivos de la lengua, y es, por consiguiente, histórica; pero tan pronto como este examen quiere explicar la evolución, el progreso, o lo que en la lengua es vivo, debe volver de nuevo a la etapa estética [...] El primero sólo puede ser monográfico [...] El segundo estudio debe trabajar clasificando y agrupando. Debe investigar las formas lingüísticas de los pueblos y de los diferentes tiempos de una parte cronológicamente según épocas y períodos, y por otra, geográficamente, por naciones y razas, y finalmente, según ‘individualidades colectivas’ o pueblos y según parentesco espiritual”. Karl Vossler. *Positivismos e idealismo en la lingüística*. Traducción de José Francisco Pastor. Póblet, Madrid-Buenos Aires, 1929, 98-99. La primera edición en alemán es de 1904.

algunos ejemplos:

“Ya en 1510, los hermanos de la Orden de Santo Domingo, a su arribo a la Española, habían visto con irritado asombro la conducta de los colonos privilegiados, los encomenderos, a quienes estaban confiados los indios jurídicamente como pupilos, pero prácticamente como siervos. Después de meditar largamente, los frailes decidieron cuál había de ser su conducta. *El acontecimiento es uno de los más grandes en la historia espiritual de la humanidad*. Los predicadores devolvieron al cristianismo su antiguo papel de religión de los oprimidos” (*Las corrientes...*, 55. El destacado es nuestro).

“Exceptuando la mayoría de sus poemas y algunas obras en prosa de su juventud, Martí no escribió nada que no fuese para fomentar la liberación de Cuba o para ganarse la vida. Su obra es, pues, periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún idioma” (*Las corrientes...*, 209).

Por razones históricas y culturales evidentes, el objeto más frecuente de comparación es la cultura española. Lo vemos en otro ejemplo sacado de las páginas que en *Las corrientes...* se dedican a Martí:

“pero si la *Elvira* de Echeverría se había anticipado en un año a la primera obra romántica española, el *Ismaelillo* de Martí se anticipaba en más de dieciséis a las primeras manifestaciones del modernismo en España” (*Las corrientes...*, 212).

3. Periodización

La historia que Pedro Henríquez Ureña se ha propuesto escribir comienza con la llegada de los primeros europeos a América; este es el punto en que da inicio a su relato⁵⁰. Las consecuencias de esta opción historiográfica no son sólo cronológicas, sino también espaciales. Esto explica que el primer capítulo de *Las corrientes...* esté geográficamente enfocado más en Europa que en América, puesto que dedica su atención a las reacciones que provocó en el *Viejo Mundo* el encuentro con el *Nuevo*. Con esto, podríamos afirmar que en la concepción humanista de Henríquez Ureña, la historia del espíritu hispanoamericano comienza en Europa, más precisamente, en la “imaginación europea”. Algo similar puede afirmarse al observar el punto de partida de la *Historia...* La frase con que la abre es elocuente:

“La fecha de 1492 divide en dos la historia de España” (*Historia...*, 341).

A medida que los capítulos iniciales, dedicados al Descubrimiento y Conquista, van avanzando, esta mirada, que partió de Europa, se va quedando cada vez más en América, hasta que se instala completamente para describir el mundo colonial. De ahí echará permanentes vistazos para comparar las producciones culturales de uno y otro lado del Atlántico hasta

⁵⁰ No olvidamos el capítulo de apertura de la *Historia...*, donde nuestro autor se refiere a los pueblos indígenas, pero, como ya hemos dicho, esta sección es una aproximación antropológica antes que histórica y no se inserta fluidamente a la continuidad que comienza a desplegarse en el siguiente capítulo. Debemos entender esto no como una falta de consideración, sino porque estudios verdaderamente históricos, como el emprendido por ejemplo, por Miguel León Portilla sobre el pensamiento y la literatura náhuatl, estaban recién comenzando a desarrollarse. Sin embargo, nos parece destacable la referencia que hace a una serie de términos en las lenguas

alcanzar el momento presente y final, es decir, la cuarta década del siglo XX. Sobre las dificultades que se le presentaron al prolongar el relato hasta la actualidad, nuestro autor comenta:

“Las páginas que siguen no tienen la pretensión de ser una historia completa de la literatura hispanoamericana [...] Ello explicará muchas omisiones, especialmente en nuestro siglo: los movimientos literarios han llegado a ser tan amplios que el intento de mencionar la mayoría de los nombres significativos de la actualidad convertiría estas páginas en listas interminables y llevaría la confusión al lector” (Introducción a *Las corrientes...*, 42).

En estas dos obras, Henríquez Ureña organiza su relato privilegiando siempre su definición de corriente, es decir, sobreponiendo a todos los criterios de periodización el de la continuidad histórica. Esto explica que la segmentación de la historia no responda a un patrón fijo y que, por lo tanto, cada segmento no tenga la misma duración. Los cortes de mayor extensión son las épocas, que en términos amplios observan el devenir del espíritu hispanoamericano en las circunstancias políticas. Estas épocas están, a su vez, subdivididas en periodos, que no sólo responden a un criterio político de demarcación, puesto que también observan fenómenos sociales e incluso específicos del campo cultural. Considerando esto, es posible identificar tres épocas de la historia de Hispanoamérica, cada una con diferentes periodos, que coinciden, en la mayoría de los casos, con la subdivisión de los capítulos en cada libro. La primera es la que corresponde a la Conquista y organización colonial de la región. A ella están dedicados los tres primeros capítulos de *Las corrientes...*: “El descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación de Europa”, “La creación de una nueva sociedad (1492-1600)” y “El florecimiento del mundo colonial (1600-1800)”. En la *Historia...*, esto mismo se aborda en los capítulos “El Descubrimiento y la Colonización de América” y “La cultura colonial”. La siguiente época comprende desde la independencia política e intelectual de Hispanoamérica hasta los procesos de crisis y reorganización que experimenta cada una de las naciones a lo largo del siglo XIX; en el libro de conferencias esta época se aborda en los capítulos “La declaración de la independencia intelectual (1800-1830)”, “Romanticismo y anarquía (1830-1860)”, “El periodo de organización (1860-1890)”; y en la *Historia...* “La Independencia (1800-1825)”, “Después de la Independencia (1825-1860)” y “Organización y estabilidad (1860-1890)”. La tercera época es la que transcurre entre la última década del siglo XIX y el presente, es decir, los años 40 del siglo XX, marcada por la estabilidad económica y el desarrollo social de una parte significativa de nuestras naciones. A ella se dedican los capítulos “Literatura pura (1890-1920)” y “Problemas de hoy (1920-1940)” en *Las*

originales y la atención que presta a aquellos que pasaron a formar parte del español e incluso de otros idiomas.

corrientes...; y en la *Historia...*, “Prosperidad y renovación (1890-1920)” y “El momento presente (1920-1945)”.

Como se desprende de esta organización, los periodos que transcurren durante la época colonial son de mayor extensión que los de las siguientes. Esta primera época está subdividida según plazos seculares (1492-1600 y 1600-1800) y, como veremos, los movimientos dentro de estos periodos están demarcados sociopolíticamente por los cambios de monarca y culturalmente por la presencia de figuras como Colón, Cortés, Bartolomé de las Casas, Ercilla, Bernardo de Valbuena, el Inca Garcilaso, Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana, etc.

A medida que avanza el relato, los periodos se establecen de manera cada vez más regular. Tomando en cuenta las fechas que se introducen en casi todos los títulos de capítulo, vemos que la corriente histórica muta cada treinta o veinticinco años, aproximadamente, delimitada según criterios políticos (las declaraciones de las independencias, por ejemplo) o estéticos (como es el caso del capítulo titulado “Poesía pura”), aunque siempre esta distinción va a estar determinada por una combinación de criterios, resaltando así su complejidad. En cada uno de estos momentos, nuestro autor pone de relieve una selección de nombres fundamentales y obras representativas, de los que se vale para desarrollar las características particulares del periodo.

Al observar el modo con que Henríquez Ureña organiza y da sentido a los diferentes movimientos de la corriente histórica de la cultura de Hispanoamérica, volvemos a comprobar su autonomía crítica. La teoría del desarrollo inmanente y homogéneo de la historia que plantea el modelo generacional para explicar la evolución de la cultura, persiste en el campo historiográfico de la primera mitad del siglo XX como resabio del positivismo. Postulado por Julius Petersen, quien en *Las generaciones literarias* (1930) intenta sistematizar el fenómeno generacional en la literatura, considerando el caso del romanticismo alemán, y por Wilhelm Pinder en su libro *El problema de las generaciones en la historia del arte en Europa* (1926), llega al mundo hispánico a través de la monografía que José Ortega y Gasset dedica a la figura de Galileo (1933)⁵¹. En todos estos lugares, se postula un orden historiográfico definido a

⁵¹ Este modelo caló profundo en la historiografía hispanoamericana hasta el punto que no sería raro encontrar todavía algún curso universitario organizado según él. Enrique Anderson Imbert, destacado discípulo argentino de Henríquez Ureña fue el primero en sistematizar nuestra historia literaria con el patrón generacional. Publicó su *Historia de la literatura hispanoamericana* en 1954, de dos volúmenes, por el FCE. José Antonio Portuondo publicó *La historia y las generaciones* (Manigua, Santiago de Cuba, 1958). Luego Juan José Arrom, contemporáneo de nuestro autor, publica su *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas* (Caro y Cuervo, Bogotá, 1963). Casi dos décadas más tarde, el filólogo español Francisco Rico organizó, siguiendo esta

partir de una sucesión de estructuras sincrónicas; cada generación –identificada a partir de la fecha de nacimiento del grupo de autores- es un bloque que sucede a otro y al cual, pasado un número determinado de años, otro reemplazará. Para este sistema, la obra literaria es una estructura fija, autónoma; la suscripción o rechazo que una generación hace de una tendencia estética se concibe de manera mecánica; los diferentes contextos nacionales, regionales no intervienen en su configuración, por lo que aquello que aquí hemos llamado campo cultural no tiene lugar.

La dialéctica es, en cambio, la dinámica que mueve la historia en estos dos libros, lo que permite a Henríquez Ureña hacer uso del modelo generacional como una herramienta y no como un patrón. El término propiamente tal, casi no se menciona, pero podemos ver cómo lo utiliza, precisamente en el capítulo que dedica en ambos libros al Modernismo. Allí divide el movimiento en dos generaciones, determinándolas según la vigencia de sus dos figuras centrales, José Martí y Rubén Darío. En torno a estos dos poetas, menciona a todo el grupo de escritores contemporáneos. Pero estos capítulos perderían gran parte de su riqueza si sólo se hubieran reducido a esta organización de nombres en torno a dos figuras epónimas, puesto que su principal valor está en el análisis que nuestro autor desarrolla sobre el proceso de profesionalización del escritor, que culmina en la producción de una obra hispanoamericana que por primera vez alcanza la corriente universal, o lo que él mismo llamó “el retorno de los galeotes”.

Sin embargo, como no es difícil constatar, observando la enorme cantidad de páginas destinadas a su puesta en práctica, el aparato que aportaban los “nuevos” sistemas de análisis literario tuvieron un éxito rotundo que postergó la justa ponderación de este relato, por ser idealista e histórico. En el prólogo ya citado a la *Utopía de América*, Gutiérrez Girardot contrapone este pensamiento de moda en la época –al que vincula estrechamente con los nacionalismos que condujeron a la catástrofe y que manifestaba la “glorificación de lo irracional y de la intuición como fundamentos de un pensamiento racional y rigurosamente científico” (XVII)- a la mirada histórica:

“El polo opuesto a esta filosofía de la miopía desintegradora es el pensamiento dialéctico” (*Ibid.*).

La dialéctica es, como hemos ido anunciando, el ritmo de la historia y al mismo tiempo, la

misma estructura, una antología de estudios críticos donde cada periodo se abría con un capítulo introductorio de su autoría, titulada *Historia y crítica de la literatura española*, de ocho tomos publicados por Grijalbo en 1980 y uno más agregado en la edición de 1990. De él recibió el encargo el chileno Cedomil Goic, para hacer otro tanto con la literatura hispanoamericana. El resultado son tres volúmenes, editados también por Grijalbo en 1988.

forma que adquiere su trayecto. Nos ha servido para identificar la tradición historiográfica donde podemos inscribir a Henríquez Ureña así como también para explicar su metodología. Considerando esto, dedicamos a continuación un capítulo que analiza –desde diferentes lecturas críticas- la forma en que la dialéctica actúa dentro de su obra, con qué fin y en cuáles dimensiones lo hace.

CAPITULO TERCERO

LA DIALÉCTICA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La revisión de los principios historiográficos que surgen en los trabajos de Henríquez Ureña que hemos hecho hasta aquí, ha querido, entre otras cosas, mostrar de qué modo la dialéctica está presente en sus varios niveles y tanto en la dimensión teórica como práctica de su escritura. Hemos visto que ella se integra al pensamiento de nuestro autor desde temprano, proveniente de la lectura de los clásicos, y está presente a lo largo de todo su desarrollo, influido por la filosofía de la historia alemana, de la cual Hegel es su figura principal, y quien la definió para el mundo moderno:

“Comme il a été déjà établi, l’histoire présente le développement de la conscience que l’Esprit a de sa liberté, et de la réalité produite par cette conscience. Le développement se révèle être un *processus par étapes* (*Stufengang*), une série de déterminations de plus en plus concrètes de la liberté émanant de son concept même, c’est à dire de la nature même de la liberté devenant consciente d’elle-même. La nature logique, ou mieux encore, dialectique du Concept en général est de se déterminer lui-même, de poser en soi des déterminations et de les supprimer et de les dépasser (*aufheben*) en acquérant par là une détermination positive plus riche et plus concrète”⁵².

Dispersos en los dos capítulos anteriores han aparecido ejemplos del modo dialéctico de Henríquez Ureña, por lo que proponemos para éste, más que continuar una revisión de sus propios escritos, dar lugar a una discusión entre lecturas que otros pensadores han emprendido de ellos, enfocándonos en el análisis que allí proponen de los usos de la dialéctica en esta obra.

Empezaremos con Rafael Gutiérrez Girardot, quien analiza este procedimiento y lo sintetiza en la dialéctica de lo particular y lo general, que encuentra su analogía a nivel ideológico en la tensión entre lo nacional y lo hispanoamericano y luego entre el mismo primer término y lo universal.

“[Las *Corrientes*] Pensaban en dimensiones propias del pensamiento dialéctico: la totalidad, que crece en la armonía recíproca de lo general (la concepción) y lo particular (el dato, el detalle); el momento, representado por

⁵² Georg W. F. Hegel. *La raison dans l’Histoire. Introduction à la Philosophie de l’Histoire*. Trad. et présentation de Kostas Papaioannou. Éditions 10/18. Paris, 1965, 197. Bien conocida es la definición pedagógica de dialéctica, que la describe como un proceso donde la idea avanza a partir de su planteamiento (tesis), contradicción (antítesis) y finalmente, la síntesis, que surge de la negociación de los dos planteamientos anteriores. Esta síntesis se propone a su vez como una nueva tesis, de tal manera que la evolución de la idea tenga un desarrollo continuo hasta alcanzar la total conciencia de sí. Pero de todas maneras hemos querido transcribir esta cita de Hegel –aunque no dispongamos de su traducción al castellano– puesto que consideramos que en ella queda claro que la síntesis no es la negación de una u otra tesis, sino la suma y procesamiento de ambas.

las figuras significativas de un proceso; el proceso, trazado ya en el título de la obra: corrientes; y aunque de manera elegante, y por eso casi imperceptible, ejercían la crítica. Proponían, además, una toma de conciencia, no nacional, sino de toda América hispánica; una toma de conciencia que es la meta a que tiende todo pensamiento dialéctico” (Gutiérrez Girardot. Prólogo a *La utopía de América*, op.cit., XXIII).

En relación a la dimensión metodológica de la dialéctica en Henríquez Ureña, el crítico colombiano defiende este tipo de pensamiento por estar fundado “en un amplio conocimiento de los detalles del material empírico”, lo que denomina, siguiendo a Hegel, el “esfuerzo del concepto”, que surge de la observación de los hechos individuales en su proceso. Esta “dinámica implícita” de los hechos observados es, en términos de Henríquez Ureña, la expresión que *está siendo* enunciada por la cultura hispanoamericana, lo que explica por qué aún no puede presentarse como un producto cultural completo. Esto es lo que Gutiérrez Girardot entiende como Utopía en su lectura de Henríquez Ureña y como el valor de su historicismo. En este punto, es él mismo el que propone un nuevo par de términos, esta vez irreconciliables, entre la historiografía utópica de Henríquez Ureña, que reconoce nuestra literatura como un objeto incompleto, en construcción, y la teoría literaria formalista, que respondiendo a la ideología del consumo, ofrece análisis concluyentes, productos listos para ser consumidos.

“...los dos, realidad y pensamiento, crecen conjuntamente, con-crecen: todo pensamiento dialéctico es, por eso, concreto. El formalismo, en cambio, aplica un método previamente elaborado y externo a la realidad. No nace del esfuerzo del concepto, de comprender, sino de dominar los hechos, y por eso es incapaz de pensar en dimensiones de contextos, es decir, de reconocer que los hechos mismos tienen una dinámica implícita y una complejidad propia” (*Idem.*, XXX).

Y es precisamente esta misma condición de inacabada que caracteriza a la historia en el concepto de Henríquez Ureña, lo que lleva a Gutiérrez Girardot a proponer ésta como una “inversión de Hegel”. Lo que para el pensador alemán será el fin de la historia, que se disolverá en la filosofía, para nuestro autor sigue siendo la historia que se hace plena en la utopía.

La dialéctica entre lo particular y lo general se actualiza de diversas formas en la historiografía de Henríquez Ureña. Como hemos dicho, dos de ellas son las dicotomías de lo nacional y lo hispanoamericano por un lado y lo nacional y lo universal por otro; algo hemos visto ya al respecto en el primer capítulo de este trabajo. La concepción de América Latina como una unidad es la base desde la cual Henríquez Ureña inicia su relato; ésta nunca se pone en duda pues la confianza en la historia común –y por lo tanto, en la utopía- es total.

“El supuesto de la unidad de América Latina es no sólo un supuesto metódico, esto es, el de considerar las manifestaciones literarias de diferentes repúblicas americanas como una unidad, como una conjunta busca de nuestra expresión, sino que es también un postulado político, reflejo de la época que vivió Henríquez Ureña, quien encarna muchos aspectos de ella” (Gutiérrez Girardot. “Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria

latinoamericana”. *Ensayos*, op.cit., 803).

Por otra parte, la universalización de la literatura de nuestra América se produce considerando dos factores: el primero dice relación con nuestra condición de latinos, tal como nuestro autor lo plantea en “El descontento y la promesa” (1928):

“Voy más lejos: no sólo escribimos en la lengua de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de lo que Roma organizó bajo su potestad [...] Hasta políticamente hemos nacido y crecido en la Romania. Antonio Caso señala con eficaz precisión los tres acontecimientos de Europa cuya influencia es decisiva sobre nuestros pueblos: el Descubrimiento, que es acontecimiento español; el Renacimiento, italiano; la Revolución, francés” (*Plenitud...*, op. cit., 40-41).

El segundo está siendo anunciado: la decadencia, que sume a la sociedad europea en el pesimismo, desplazará el eje de la historia hacia esta dirección. Henríquez Ureña asimila así el pensamiento postpositivista europeo, prefigurada por Nietzsche y Schopenhauer y declarada por Spengler en 1918:

“...no creo que la tarea histórica de Europa haya concluido; pero sí sé que para nosotros Europa está en eclipse, pierde el papel dogmático que ejerció durante cien años” (“Caminos de nuestra historia”. *Utopía de América*, op.cit., 52).

Lo mismo ocurre con Estados Unidos, país que hizo fracasar la utopía nacida durante su proceso de independencia por la ambición: “Hoy, el que fue arquetipo de libertad, es uno de los países menos libres del mundo” (“Patria de la justicia”. *Plenitud...*, op. cit., 24).

Es la América hispánica la convocada a liderar la cultura universal del porvenir:

“Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple ‘la emancipación del brazo y de la inteligencia’” (*Ibid.*, 25).

Frente a esta certeza, que roza la ingenuidad, podemos inyectar un poco de duda valiéndonos de lo que el venezolano Héctor Jaimes opinó sobre el americanismo de Bello y Bolívar:

“En ambos casos, se puede notar que antes de ser una auténtica postura estética, innovadora y creativa, el americanismo se presenta de manera ideológica”⁵³.

Pero no entendemos aquí la ideología como *falsa conciencia* (tal como la afrontaran Marx y Engels); más bien nos parece que el americanismo, en tanto ideología, ocupa lugares de valor simbólico: es la intelectualización del deseo, de una falta (de identidad) constituyente (de nuestra identidad), que se expresa en términos de un nombre, de una historia y de la posibilidad de enunciarla. Es también el lugar del mito, que no reemplaza o suspende a la historia, mas es su fuerza de voluntad, aquello que va conduciendo su devenir dialéctico. La falta es lo que empuja a la escritura. El ejercicio de la palabra y su fijación en un texto alivian, o al menos, permiten reconocer los contornos de esta carencia; su insistencia es lo que obliga a

⁵³ Héctor Jaimes. *La reescritura de la historia en el ensayo hispanoamericano*. Fundamentos, Madrid, 2001, 26.

la reescritura, que es –tomando la palabra de Jaimes- la práctica de la historia. Una parte importante de esos contornos es la existencia del otro y su historia. Europa y Estados Unidos son, en nuestro caso, los referentes ante los cuales nos reflejamos para observar las similitudes y las diferencias. Desde esta conciencia histórica, que surge del ejercicio de autocomprensión, es posible que América latina se defina como una realidad particular, que forma parte –y que al mismo tiempo configura- la generalidad del proceso histórico. La reescritura, así como el trabajo de memoria, es la reacción del sujeto que ha tomado conciencia de la finitud de los hechos (en términos del filósofo francés Jean-Louis Déotte, se da lugar al *olvido activo*⁵⁴). El mito le sirve entonces como el lazo con que cada uno de estos hitos fragmentarios se unen y adquieren sentido.

Pero, aun asumiendo que la esperanza americana sostiene a toda la obra de Henríquez Ureña, es el propio autor quien revela los puntos débiles de esta ideología, exponiendo en su relato momentos de desesperanza. Grínor Rojo ha querido poner énfasis en esta dialéctica, que valiéndose del título de uno de sus más famosos ensayos, denominó “del descontento y la promesa”; dialéctica que, como las otras que hemos identificado, no hace otra cosa que reforzar la voluntad del espíritu americano.

“...una perspectiva historicista de inspiración hegeliana o neohegeliana, que define la literatura y/o la cultura de la América hispana a partir de la dinámica de una historia en movimiento, perfeccionándose gracias al ejercicio de la voluntad de los hombres, historia constituida por la búsqueda infatigable de la ‘expresión’ de nuestra diferencia o de nuestro ‘ser’ (que para él no es una roca metafísica sino que existe siempre expuesto a las reformulaciones y a las transformaciones) junto a la no menos infatigable insatisfacción que evidenciamos respecto de los logros que se van alcanzando a este propósito” (Rojo, inédito, 10).

Esta característica es, según el crítico chileno, la marca de modernidad de nuestro autor, aquello que lo integra a la tradición del pensamiento occidental, puesto que con ella se está reconociendo el poder que el individuo –o un grupo de ellos, cuando pensamos en generaciones- tiene sobre el devenir histórico; la capacidad que éste/éstos tiene para elaborar y llevar a cabo sus proyectos.

⁵⁴ Déotte propone el término *olvido activo* para referir el proceso de conformación (in)material de una experiencia inscrita que sea, de este modo, legible para una comunidad. Los memoriales, por ejemplo, surgen de las catástrofes colectivas: el mundo arruinado es la fuente de las colecciones de museos. De estas ruinas es posible restablecer un pasado en términos de su relato. A diferencia de la inscripción inmemorial de un acontecimiento individual, los modos de inscripción de estos acontecimientos colectivos hablan, muchas veces, de aquello de lo que no se puede hablar; a través de su *ser ruina*, desecho o tachadura, refieren a la catástrofe de la cual provienen. Su museificación (su inscripción histórica) posibilita el ejercicio anamnésico, rescatado por Foucault de la tradición platónica, entendido como un mecanismo de constitución del sujeto, consistente en el movimiento retrospectivo de la memoria en dirección al sujeto mismo. Este movimiento supone un tránsito desde la ignorancia a la crítica de uno mismo y de lo Otro (la catástrofe) a partir del error (lo anómalo), que es fuente de conocimiento. Vid. Jean-Louis Déotte. *Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el Museo*. Ed. Cuarto Propio.

Subrayando este aspecto, Rojo discute la prioridad que Gutiérrez Girardot dona a la dicotomía de lo general y lo particular, por considerarla demasiado amplia, y junto con la ya mencionada dinámica del devenir histórico, destaca otra fórmula dialéctica del pensamiento de Henríquez Ureña: el mestizaje.

Efectivamente, nuestro autor escribió numerosas páginas para argumentar el carácter mestizo de nuestra cultura, que según él debía entenderse como algo que sobrepasa los límites de lo biológico. Lo mestizo es la síntesis entre la cultura recibida de Europa y aquella que persiste – aunque empobrecida por las brutalidad de la Conquista- de las culturas indígenas y luego de las africanas. La lengua, las artes, la producción y las sociedades mismas son un resultado de este encuentro, al que se debe sumar las sucesivas olas de inmigración posteriores a la época colonial.

Sin embargo, existen otras actualizaciones de la dialéctica de lo particular y lo general en la obra de Henríquez Ureña, por ejemplo, la que nos indica Beatriz Sarlo al observar la posición que le cabe a la literatura en el escenario cultural. Ya hemos visto que nuestro autor no concibe la una fuera del otro, ubicándose así bien lejos de las tendencias estéticas y críticas del *arte por el arte* y de todas las variantes del formalismo literario; pero lo que la crítica argentina nos hace ver es que la relación entre literatura y campo cultural no deviene en jerárquica:

“...la literatura ocupa una relación variable en la serie cultural y la serie cultural misma tiene una relación también variable con el resto de los niveles sociales. Pensar la literatura supone, entonces, pensar no sólo relaciones sino también diferencias históricas y de formación social” (Sarlo, op.cit., 884).

En este sentido, la relación dialéctica se realiza a modo de diálogo entre la literatura, el campo cultural y los demás espacios de la sociedad. Así, la autonomía de la creación estética no implica, como algunos artistas y muchos teóricos lo pensaban en esa época y aún hoy, su desvinculación del campo social (deviniendo monólogo), sino la participación dentro de él sin perder su entidad, su diferencia. Al considerar el devenir histórico de este diálogo, Sarlo apunta:

“Histórico en este sentido, el pensamiento de Henríquez Ureña es, al mismo tiempo, antideterminista” (*Idem.*, 885).

Un referente principal del pensamiento historiográfico y dialéctico americano es Leopoldo Zea, a quien consideramos uno de los herederos intelectuales de Henríquez Ureña. En su ensayo “De la historia de las ideas a la filosofía de la historia”, plantea una forma de dialéctica

Santiago, 1998. Michel Foucault. *Tecnologías del Yo*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1990.

denominada con el término hegeliano *aufhebung*, que enfatiza el ejercicio de integración de una oposición dicotómica en la síntesis y transita de lo abstracto hacia lo concreto⁵⁵. Zea, treinta años después que Henríquez Ureña, también aborda la historia cultural latinoamericana concebida como el proceso de formación de una identidad original y al mismo tiempo heredera de diversas fuentes. Pero encima de esta concepción, propone un análisis ideológico, a través del cual observa las relaciones de poder que entrelazan a las culturas, introduciendo los términos gramscianos de hegemonía y dominio. Con este análisis observa que la historia de nuestra cultura es en realidad una constante superposición de construcciones identitarias, donde el proceso de superación-asimilación o *aufhebung* no ha podido tener lugar. Explica así que a la cultura indígena se superpuso, por medio de la violencia y la enajenación de sus representantes, la cultura ibérica, la cual a su vez se rindió ante la hegemonía de la denominada “cultura occidental”.

Así, llega a ser comprensible que entre nuestros historiadores (liberales, positivistas...) cunda el deseo adánico de refundar la cultura sin considerar el pasado, evadiendo el proceso dialéctico:

“Pero en vez de negarlos de acuerdo a la lógica dialéctica, lo hizo de acuerdo con una lógica formal, esto es, conforme a una lógica que no admite la contradicción [...] en la que la historia no tiene cabida. [...] El pasado se presentó como lo negativo por excelencia; como aquello que no debía ser el hispanoamericano, ni aún en el sentido de haberlo sido alguna vez”⁵⁶.

Se forma entonces una nueva superposición:

“A la demanda de emancipación política seguirá la demanda por la emancipación mental o cultural. Los latinoamericanos no sienten la cultura heredada de sus dominadores como propia, sino como una expresión más del dominio que han sufrido. Los emancipadores mentales de América Latina lucharán con todas sus fuerzas por arrancarse un pasado que no consideran propio. ¿Pero a cambio de qué? ¿Cómo ha de ser construido un futuro que pueda ser considerado propio de estos nuestros pueblos?” (Zea, op. cit., 16).

La respuesta es esencialmente la misma que ya nos había dado Henríquez Ureña: la toma de conciencia de nuestra identidad, originalidad, espíritu, o como se quiera denominar aquello que es esencial de una cultura determinada, es, en primer lugar, un proceso (puesto que ya está visto que no existe la fórmula de la identidad instantánea), ligado a un devenir histórico:

“La historia, nuestra accidentada y contradictoria historia, tiene que ser asimilada, como ha de ser, igualmente asimilada la historia de nuestros dominadores, tomando conciencia de la forma como esta historia ha sido nuestra, el papel que jugamos, queramos o no, dentro de la misma, posibilitando su progreso sobre nuestra subordinación” (*Ibid.*, 18).

⁵⁵ Leopoldo Zea. “De la historia de las ideas a la filosofía de las ideas”. En: *Historia de las ideas en América Latina*. Incluye también el ensayo de Francisco Miró Quesada: “La historia de las ideas en América Latina y el problema de la objetividad en el conocimiento histórico”. Ediciones La rana y el águila, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1975, 20-21.

⁵⁶ Leopoldo Zea. *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*. El Colegio de México, México, 1949, 20-21.

Esta toma de conciencia es el trabajo metahistórico que Zea denomina *filosofía de la historia* y nosotros hemos entendido aquí como historiográfico y que es la vía necesaria para dar con nuestra expresión que, en léxico propio de los setenta, Zea llama emancipación.

Las formas de dialéctica que cada uno de los críticos aquí convocados encuentra en la obra de Henríquez Ureña no excluye a las demás; hemos querido exponerlas juntas para dar cuenta de la riqueza y profundidad que este aspecto de la historiografía de nuestro autor alcanza. Ella es la base en la que se sostiene la continuidad del relato histórico y es esto lo que pasaremos a analizar a continuación, valiéndonos del análisis detallado que emprende de la época colonial de la América hispana.

CAPITULO CUARTO

ALGUNOS ANTECEDENTES A LA HISTORIOGRAFÍA COLONIAL DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

En el prólogo que escribe Mariano Picón Salas al tomo XIX de las *Obras Completas* de Andrés Bello, califica al gran humanista americano como “historiador de la cultura”:

“...a quien interesan no sólo los grandes hechos externos, sino las modificaciones de costumbres y nuevas formas de vida que el descubrimiento de América provocó...”⁵⁷.

Efectivamente, el Bello historiador se abocó al estudio de la época colonial y del proceso de las independencias americanas concentrándose en lo *interno* que de esta historia encontró en sus fuentes escritas. La lengua y la literatura fueron para él, del mismo modo que lo serán para Henríquez Ureña, el lugar de esas *nuevas formas de vida* que refiere Picón Salas, donde el pasado se mantiene vivo. Ejemplo de esto son los numerosos comentarios y resúmenes bibliográficos de obras coloniales que publica en el *Repertorio Americano*, revista dirigida por el joven venezolano en 1827, durante su temporada en Londres.

El trabajo directo con las cartas, crónicas, poemas y piezas dramáticas del periodo, permitió a Bello concebir una historia propiamente americana, libre de las “versiones decorativas y retóricas” (*Ibid*, XVII) de los historiadores españoles que se reproducían acríticamente en los centros de formación de las naciones recién independizadas –que en este sentido, como en otros, seguían siendo coloniales⁵⁸-. Sin duda, eliminar los intermediarios –que, en general, eran quienes ostentaban un discurso hegemónico- fue un acto de autonomía sin precedentes, un gesto de independencia cultural, que se acentuaba aún más al asumir la historia colonial como parte de la historia de las nuevas naciones americanas. Con esto se demostraba que América no era una recién llegada al concierto internacional, puesto que llevaba ya tres siglos relacionándose con Europa y, a través e ella, con otras regiones del mundo. Abandonar los manuales escolásticos y volver a las fuentes significaba, por último, retomar el placer de la lectura, devolverle a “la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos [...

⁵⁷ Mariano Picón Salas. “Bello y la Historia”. Prólogo de: Andrés Bello. *Obras Completas. Tomo XXIII. Temas de historia y geografía*. La Casa de Bello, Caracas, 1981, XIV.

⁵⁸ Picón Salas menciona como ejemplo al historiador español Martín Fernández de Navarrete, con quien Bello entra en polémica tras la publicación de su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV...* (1825), donde afirma “la justeza y el bienestar de la América colonial”. Vid. El comentario que hizo a este texto Andrés Bello, publicado originalmente en *El Repertorio Americano*, III, Londres, 1827. En: *Obras completas*, op. cit.

hacer lo contrario] sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y colores”⁵⁹. Esto último nos parece del todo central, en tanto da cuenta de la valoración estética que Bello hacía de estas fuentes, más allá de la erudición que aportaran y la ideología que pudieran sostener.

El historicismo alemán, en su versión más rigurosa, cala el espíritu del humanista venezolano, especialmente el elaborado por los hermanos Humboldt; conocido es que el joven acompañó a Alexander, el gran naturalista, en una excursión a Silla Ávila en 1800 y que sus estudios lingüísticos siguieron la línea trazada por Wilhelm. Sabida es también la relación que mantuvo con los empiristas ingleses en sus años londinenses. Equilibró el particularismo que marca a esta pensamiento leyendo a Vico y acudiendo, por supuesto, a su vasto conocimiento de la filosofía clásica... Vemos así que su formación y sus principios no distan demasiado de los que Pedro Henríquez Ureña eligió para sí mismo, y que la dialéctica que va de lo abstracto a lo concreto –el *Aufhebung* que abordamos en el capítulo anterior- es el método que dirige la lectura que ambos desarrollan de las fuentes americanas.

Sin querer forzar una identificación que no haría más que limitar el valor original de cada uno, es de notar que tanto Bello como Henríquez Ureña desarrollaron su trabajo en un contexto intelectual con el que no siempre coincidieron.

La conocida polémica que se levantó entre Bello y Lastarria tras la primera memoria que el discípulo –representante de toda una generación- publicó en 1844 renegando, o más bien, dando por superada la formación que recibió del maestro, no está tan lejos de la indiferencia con que fue dejado de lado el trabajo historiográfico de Henríquez Ureña por una parte importante de los intelectuales y académicos de la segunda mitad del siglo XX. Ambos casos son ejemplo de la postergación de la historia por la teoría, llámese ésta historia filosófica, positivismo, estilística, estructuralismo o postmodernismo. Bello identifica claramente la debilidad de esta “nueva” tendencia:

“En busca de una historia filosófica, Lastarria olvida el interés revelador del detalle histórico”⁶⁰.

Y ante la arremetida del *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución, desde 1810 hasta 1814*, publicada por Lastarria en 1848 con prólogo de Jacinto Chacón, Bello es aún más claro.

“...sin tener a la vista un cuadro en donde aparezcan de bulto los sucesos, las personas y todo el tren material de

⁵⁹ Andrés Bello. “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile” (1843). Obras Completas. Tomo I. Temas educacionales. Op. cit., 19.

⁶⁰ Andrés Bello. Comentario a *Investigaciones sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, Memoria de José Victorino Lastarria, presentada a la Universidad en 1844. Este comentario se publicó en “El Araucano” n° 742-43, Santiago, 1844. En: *Obras completas*. Tomo XXIII, op. cit.

la historia, el trazar lineamientos generales tiene el inconveniente de dar mucha cabida a teorías y desfigurar en parte la verdad [...] la teoría que ilustra esos hechos vendrá enseguida, andando con paso firme sobre terreno conocido”⁶¹.

Tanto en el caso decimonónico como en el de mediados del siglo XX este debate sobre metodología historiográfica alcanza a oponer dos modos de asimilar el pasado, lo que atrae, como consecuencia, dos formas de autopercepción del presente. Bello y Henríquez Ureña basan su concepción histórica en la continuidad, comprendiéndola como el devenir del género humano hacia la conciencia cabal de sí; esto los lleva a interesarse en la época colonial y sus expresiones culturales sin complejos, y a comprenderla como una etapa de nuestra historia. En cambio, la Generación del 42, encabezada por Lastarria en Chile y la de Mayo en Argentina, liderada por Echeverría y Alberdi, o Sarmiento y Mitre, por nombrar sólo algunos de los notables intelectuales de la época, proscriben la Colonia, pasado ajeno y oscuro, proclamando que el comienzo de la historia americana coincide con el estallido de la revolución de independencia contra España. Contra esta idea, Bello y los historiadores que lo siguieron, argumentaban la continuidad:

“Que España no envileció de la manera que Lastarria afirma a los pueblos americanos, puede probarse aún por la tenacidad y heroísmo que desarrollaron las naciones americanas en su lucha contra la metrópoli [...] El que observe con ojos de filósofo la historia de nuestra lucha contra la metrópoli reconocerá sin dificultades que lo que nos ha hecho prevalecer sobre ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España” (Bello. Comentario a *Investigaciones...*, op. cit.).

Los historiadores liberales americanos comenzaron a construir las historias nacionales con la clara misión de configurar una identidad particular que los distinguiera del antiguo imperio español. Así, todos ellos realizaron una interpretación del período colonial con el mismo patrón que los historiadores del Renacimiento europeo abordaron la Edad Media, es decir, como quien ha recuperado la visión tras largo tiempo en la oscuridad.

“Nuestro pasado es la España. La España es la edad media. La edad media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y el feudalismo”⁶².

⁶¹ Andrés Bello. “Modo de escribir la historia”. Apareció en “El Araucano” n° 913, Santiago, 1848. En: *Obras completas*. Tomo XXIII, op.cit., 245.

⁶² Francisco Bilbao. “Sociabilidad chilena”. *El Crepúsculo. Periódico literario y científico*. Num. 2. Tom. 2. Santiago, 1 de junio de 1844, 59. La asimilación de la época colonial de América con la Edad Media europea fue –y sigue siéndolo, por ejemplo, en la historia escrita por el chileno Pedro Morandé– un recurso recurrentemente utilizado por los historiadores hispanoamericanos, ya sea para criticarla como para valorarla (como ocurre en el mismo caso señalado. Vid. Pedro Morandé. *Cultura y modernización en América Latina*. Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984). El propio Pedro Henríquez Ureña lo usó, como veremos más adelante. Esta asimilación se explica por dos razones: la primera es la estrecha relación que la corona española mantuvo durante sus tres siglos de dominio con la iglesia católica, relación que era igualmente intensa con los reinos de la Europa medieval. La segunda es el desconocimiento que se tuvo de esta época hasta mediados del s. XX, situación que la retuvo en la oscuridad y el inmovilismo al que la había relegado la historiografía renacentista.

La nueva luz contrastó con los tres largos siglos de dominio íbero, donde estos hombres encontraron poco más que discriminación y opresión social, restricciones para el desarrollo económico, y lo peor: una herencia cultural nefasta a la que había que combatir a como dé lugar. La escritura de estos historiadores clausuró ideológicamente la posibilidad de comprender el pasado reciente como parte de la historia americana, rechazando cualquier nexo entre el periodo colonial y el republicano que fuera más allá de la antítesis opresión/liberación. El historiador colombiano Germán Colmenares dedicó su estudio *Las convenciones contra la cultura* a analizar los motivos del rechazo a la época colonial que cundió en la historiografía de mediados del siglo XIX⁶³. Según su tesis, la razón más poderosa es la condición elitista que impregna este discurso; sus autores fueron a la vez protagonistas, herederos y portavoces del poder recién conquistado. Muchos de ellos ocuparon altos cargos, llegando a ser presidentes, ministros o jefes militares de las jóvenes naciones; su relato es el de una generación victoriosa construyendo su autoridad. Colmenares afina su análisis identificando además otras explicaciones para esta omisión. Una de ellas es el deseo de esta elite por integrarse rápidamente a la modernidad occidental, lo que la lleva a escribir la historia americana como prolongación de la europea. Fue necesario entonces hilar las revoluciones de independencia con las grandes revoluciones francesa y norteamericana, y vincular el espíritu que motivó las guerras contra España con el de la Ilustración y la Democracia. Así, la marca de estas historias patrias es la de ser enunciadas desde un presente que pertenece a sus autores, donde es posible la realización de los ideales que los identifican. Para Colmenares, esto explica por qué “el pasado reciente [es decir, la Colonia] se convirtió en un libro sellado, en una masa inmóvil que debía esconder en sus entrañas todos aquellos temores inconscientes que acechaban las expectativas más optimistas” (Colmenares, op. cit., 30).

Este notable grupo de intelectuales identificó la herencia española con todos los vicios que hundían al pueblo americano en un estado primitivo, que no hacía más que multiplicar sus males al estar combinada con las persistentes costumbres de los indígenas y los esclavos negros. Este fue el argumento que motivó grandes empresas de educación pública, como la fundación de escuelas, universidades y periódicos, como medio de ilustración masiva.

⁶³ Germán Colmenares. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Tercer Mundo editores, Bogotá, 1989. Este libro dedica estudios específicos de la polémica entre Bello y Lastarria, la obra historiográfica del historiador colombiano José Manuel Restrepo, el argentino Bartolomé Mitre y el boliviano Gabriel René Moreno, haciendo constante referencia a otras figuras de la época como los chilenos Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana, el colombiano José Manuel Groot, los

También fue la razón que llevó a los nuevos gobiernos a imponer un modelo ideal de civilización que dejaba fuera lo que hoy para nosotros puede ser comprendido como cultura popular, pero que para ese entonces no era otra cosa que el signo de la barbarie. Se inicia así un proceso político a la cultura hispanoamericana, que Leopoldo Zea, en su libro *Dos etapas del pensamiento en Hispano América*, explicó con las siguientes palabras:

“En esta forma el hispanoamericano se comprometió en una difícil, casi imposible tarea: la de arrancarse, amputarse, una parte muy importante de su ser, su pasado”⁶⁴.

Pero no era sólo el pueblo el que heredaba la negativa tradición colonial; también los libertadores y primeros gobernantes de los nuevos países hispanoamericanos aparecían, a los ojos de esta nueva generación, como viciados defensores de intereses coloniales. En términos de Zea, “el despotismo ilustrado fue la fórmula salvadora para entregarle al pueblo recién liberado las herramientas de la Ilustración” (*Ibid*, 32). O’Higgins –y más tarde Portales- en Chile, Iturbide en México, Rivadavia en Argentina y el Doctor Francia en Paraguay prolongaron la ya conocida opresión, esta vez bajo la forma de la dictadura. Henríquez Ureña también repara en ello:

“La independencia no trajo la tan esperada felicidad a los pueblos de la América hispánica. La mayoría de los países salieron arruinados y con su población diezmada de la larga lucha sangrienta. Y luego se desató la anarquía latente del régimen colonial; sucedieron alternativamente la guerra civil y el despotismo, salvo cuando el gobierno estuvo en manos de algún hombre de gran carácter y energía” (Henríquez Ureña. *Corrientes...*, op. cit., 155).

Ante este escenario, los intelectuales del período romántico reconocieron que sus antecesores inmediatos habían logrado la independencia política de las naciones, pero que la realidad cultural americana dejaba en evidencia el largo trecho que faltaba avanzar para alcanzar la emancipación mental. Así lo expresa Sarmiento en su *Facundo. Civilización y barbarie en las Pampas argentinas* (1845), Lastarria en sus *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista* (1844), Bilbao en su *Sociabilidad chilena* (1844), Mora en su *Revista política de las diversas administraciones que ha tenido la República hasta 1837* (1837); una idea que se resume en la dramática visión de Echeverría:

“Ya los brazos de España no nos oprimen, pero sí sus tradiciones nos abruman [...] la revolución marcha, pero con grillos”⁶⁵.

La educación fue, obviamente, uno de los principales caballos de batalla: el poder colonial había hecho un poderoso trabajo de aleccionamiento valiéndose del alcance doctrinario de la

argentinos Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Fidel López, entre otros.

⁶⁴ Leopoldo Zea. *Dos etapas...*, op. cit, 22.

⁶⁵ Esteban Echeverría. *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*. Buenos Aires, 1838. Citado en: Zea. *Dos*

iglesia católica y su escolástica. El antídoto para contrarrestar los nocivos efectos de esta formación no se hizo esperar: el positivismo surgió como el remedio ideológico y metodológico para el mal de subdesarrollo que asechaba a los pueblos americanos. Así lo proclamaba uno de sus más grandes profetas, Eugenio María Hostos, ante la primera generación de maestros egresados de la Escuela Normal de Santo Domingo:

“Monstruoso el escolastismo, eunuco el clasicismo... ¿qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas? La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento que es la razón humana y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad”⁶⁶.

En sus *Recuerdos literarios*, José Victorino Lastarria reconoce la coincidencia entre su pensamiento y la doctrina derivada de la filosofía positiva de Comte, aparecida entre el año 30 y el 42, y que el chileno conoció recién hacia 1868:

“¿No habíamos partido nosotros en los precisos momentos en que Augusto Comte hacía su curso, cuando apenas comenzaba la prensa a publicar su obra inmortal, que no ha llegado a Chile sino largos años después, no habíamos partido de idénticas concepciones para fundar en América la filosofía de la historia”⁶⁷.

El positivismo representaba, según anunció Comte en sus *Lecciones de sociología*, la doble superación de la filosofía teológica y la metafísica a través del conocimiento individual alcanzado por el método hipotético-deductivo⁶⁸. Ni la fe ni la razón guiarían ya la producción de conocimiento, puesto que lo que este pensamiento promovía era el abandono de la búsqueda de causas y el privilegio de un establecimiento de leyes de funcionamiento de los sistemas.

Las consecuencias sobre la historiografía americana que provocó la suscripción al pensamiento positivista son múltiples. Los intelectuales de la época se esforzaron por hacer

etapas..., op. cit., 60.

⁶⁶ Eugenio María Hostos. *Antología*. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Selección y notas por Eugenio Carlos de Hostos. Impreso por Juan Bravo 3, Madrid, 1952, 147-148. El gran hombre de letras puertorriqueño fue, sin duda, una de las figuras claves en la formación de Pedro Henríquez Ureña. A él lo unía la antigua amistad familiar (sus padres, Salomé y Francisco colaboraron con el escritor y maestro en la reforma educativa que emprendió durante su exilio en Santo Domingo) y la profunda admiración por su sacrificada entrega a la causa americana. Bajo su influencia, se explica el inicial entusiasmo que manifestó nuestro autor por las ideas positivistas, expresadas en su primer libro *Ensayos críticos* (Imprenta Esteban Fernández, Santo Domingo, 1905); especialmente en los ensayos sobre Hostos y Lluria. Esta suscripción juvenil a la filosofía comtiana es rápidamente renegada en “Nietzsche y el pragmatismo” (1908), “El positivismo de Comte” y “Positivismo independiente” (1909), reunidos en *Horas de estudio*, op. cit.

⁶⁷ José Victorino Lastarria. *Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América española i del progreso intelectual en Chile*. 2º edición, Librería de M. Servat, Santiago, 1885, 272.

⁶⁸ Vid. August Comte. *Leçons sur la sociologie. Cour de philosophie positive* (Leçons 47 à 51). Introduction et notes par Juliette Grange. Flammarion, Paris, 1995.

calzar la ley de la evolución social⁶⁹ a la realidad americana, de tal manera que el primer estado se correspondiera con la imagen de la sociedad primitiva configurada durante el periodo colonial. Las independencias nacionales representaban una superación de este estado al introducir los valores ilustrados. Y así, en el momento presente, debía generarse el medio ambiente óptimo en el cual pudieran los nuevos países evolucionar hacia el estado positivo, que en términos políticos era una democracia de corte liberal y en términos económicos, la integración de productos industriales propios al mercado internacional. Alcanzar este estado permitiría a estas jóvenes naciones entrar al mundo del progreso integrado por ciertos países de Europa (ciertamente, no España ni Portugal) y Estados Unidos.

El sentimiento de renovación que movía a este grupo de intelectuales generó una reflexión historiográfica que se hizo acto en la famosa polémica entre Bello y Lastarria. Bernardo Subercaseaux explica las divergencias entre la filosofía de la historia del chileno y la historia narrativa que promovía su maestro venezolano:

“Para los historiadores filosóficos la historia debe servir de guía, juzgar, orientar y explicar los caminos a seguir; se trata de fabricar una imagen del pasado útil al porvenir, lo que requiere un historiador parcial, que manifieste abiertamente sus preferencias. Para los partidarios de la corriente narrativa la historia, en cambio, debe mostrar el pasado al modo de una crónica detallada y objetiva, para que así los lectores deduzcan por sí mismos las enseñanzas que ésta contiene”⁷⁰.

Estas ideas llevaron a Lastarria y al resto de los filósofos de la historia a rechazar una historiografía de larga o media duración (según los términos de Fernand Braudel⁷¹), donde las

⁶⁹ Comte utiliza la metáfora biológica del desarrollo de los seres vivos para caracterizar el progreso de la sociedad en tres estados sucesivos de evolución. El primero es el Teológico, en el cual el hombre está determinado por la “necesidad primitiva” de aspirar a encontrar el origen de todas las cosas y sus causas esenciales. El segundo estado es el Metafísico, correspondiente a la ideología ilustrada, donde el hombre se esmera en alcanzar el conocimiento de las cosas fragmentariamente, por medio de la razón individual. El tercer estado es el Positivo, al que toda sociedad en su conjunto, como un ente orgánico, bajo ciertas condiciones políticas y económicas determinadas como óptimas (democracia y desarrollo industrial), alcanzará.

⁷⁰ Bernardo Subercaseaux. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*. Editorial Aconcagua, Santiago, 1981, 75.

⁷¹ Este historiador francés (1902-1985), partiendo de una conciencia relativista de la historia e interesado en la dialéctica del espacio y el tiempo, llega a concebir la coexistencia de diversas medidas de tiempo: la primera es la de larga duración, la historia geográfica, que tiene un movimiento cíclico por lo que su movimiento es prácticamente imperceptible para el ser humano. La duración media es la social, que mide los cambios de las organizaciones y movimientos del género humano, como variaciones en la población, en la economía o en la lengua, por ejemplo. Estos dos son los tiempos que, según Braudel, debieran interesar al historiador. La corta duración es el tiempo de los eventos, la “historia batalla”, que Braudel considera una reducción de la historia a la política. Este historiador aboga por la ampliación de los límites historiográficos, tanto en la perspectiva, como en los objetos de estudio y las metodologías para abordarlos. La historia de los eventos –el minucioso detalle del pasado inmediato– era precisamente aquello que interesaba al historiador positivista: una historia cuantitativa, pretendidamente objetiva, pues no daba espacio a la interpretación en tanto se emprendía para comprobar una hipótesis predeterminada. Este procedimiento deductivo anulaba la conciencia y la distancia histórica, ubicando los eventos en una línea recta y de sentido único: el progreso. Vid. Fernand Braudel. *Écrits sur l'histoire*. A. Colin, Paris, 1948.

voluntades individuales se integran –o se pierden, según la perspectiva- en movimientos de mayor alcance, impidiendo la injerencia del sujeto frente a lo que él denominó la fatalidad.

“No aceptamos la teoría de la escuela de Hegel que supone que, en todo caso, los hechos sociales son la obra de la idea o del espíritu” (Cita de Zea a Lastarria. *Ibid.*, 175).

Con esta perspectiva, se consideraba que la historia debía contribuir a generar las condiciones necesarias para el desarrollo presente, lo que anulaba el valor del pasado en tanto tal. A diferencia de los intelectuales y artistas del romanticismo europeo, que se volcaron al estudio de pasados remotos donde ubicar sus ideales, el grupo hispanoamericano redujo su alcance histórico al pasado inmediato, ante la urgencia de introducir su discurso –que no dejó nunca de estar acompañado de su acción- en la contingencia. El verdadero movimiento social recién comenzaba; el pasado, en contraste, parecía estático, carente de experiencias, o más bien, contenía experiencias cuya aceptación implicaba aprobar la situación que les dio origen: en sus términos, la servidumbre.

“Así, en la misma forma como el europeo se entregó a la historia para encontrar en ella las raíces de su futuro destino, el hispanoamericano se entregó a igual tarea para mostrar las raíces que impedían la realización de su destino propio” (Zea. *Ibidem*, 33)⁷².

Con el fin de comprender mejor cuáles eran las trabas que tenía América Hispánica para ingresar a las vías del desarrollo, los intelectuales aplicaron en sus estudios el método hipotético-deductivo, siguiendo las lecciones comtianas, por vías de la comparación. Tres dimensiones se dieron al análisis: el mencionado contraste entre la época colonial y el presente de las naciones independientes; la inevitable comparación entre los países hispanos (o en algunos casos, latinos) con los países desarrollados y en particular, y por las obvias razones de similitud, con Estados Unidos y la cultura anglosajona. La tercera dimensión correspondía al contraste de los países americanos entre sí.

Esta última introduce un elemento nuevo en el pensamiento hispanoamericano: el nacionalismo. Teniendo una vez más como modelo a Europa, que azuzada por las guerras napoleónicas, afinó sus fronteras internas –las geográficas y las espirituales-, los hispanoamericanos lo tomaron como un signo ineludible de modernidad. La nación era una nueva entidad, que les permitía “partir de cero”; llegaba para reemplazar a la patria, ícono de los discursos independentistas, figura abstracta, casi alegórica, en tanto no señalaba necesariamente un país sino que indicaba una utopía. La nación representaba un interés

⁷² Pedro Henríquez Ureña observa el mismo fenómeno para el caso de la literatura: “Durante este período, el culto al pasado no fue tan prolífico en la América hispánica como en Europa. [...] Los tres siglos de la Colonia, que habíamos empezado a imaginar como nuestra edad de las tinieblas, aparecen también en nuestro teatro y en

concreto en torno al cual se debía formar una fuerza común capaz de anular los intereses particulares de la iglesia, el ejército, los latifundistas, u otros que perpetuasen el sistema de poder colonial. El nacionalismo era, finalmente, el recurso que los países americanos encontraron para integrar el valor igualmente moderno de la originalidad cultural:

“No señores –replica Lastarria en su discurso ante la Sociedad Literaria de Santiago en 1842- fuerza es que seamos originales, tenemos dentro la nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad”⁷³.

Dentro de las conclusiones a las que llegaron los intelectuales liberales con sus interpretaciones de la realidad americana, la más relevante para la historiografía fue la aceptación de la conocida leyenda negra como una verdad indiscutible del pasado colonial. Ésta, sostenida o desacreditada por los historiadores hasta el día de hoy, es divulgada en las *Relaciones* de Fray Bartolomé de Las Casas (hacia el siglo XIX no se conocía aún el contenido de documentos de la visión de los indígenas, como los códices náhuatl, por ejemplo, que vendría a reforzarla) y asegura que la empresa española, conducida por la avaricia y la ignorancia, sólo trajo muerte y perdición para esta región del mundo y sus habitantes. El propio Lastarria lo expone así en sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*⁷⁴.

La evidente imposibilidad de modificar el pasado y la urgencia de intervenir en el presente, llevó a que los pensadores positivistas dejaran de lado la interpretación histórica y acudieran más bien a observar las causas “científicas” del subdesarrollo, contra las cuales sí era posible actuar. Se producía así un corte con la ideología liberal temprana que había conducido el movimiento emancipatorio: era necesario dejar los discursos heroicos y los utópicos ideales románticos para pasar a la acción. Tampoco la historia era ese pretendido fondo que pudiera atesorar respuestas para el presente. Con sus reflexiones habían llegado a concluir que la nación no la compone ni el territorio ni la historia, sino el trabajo de sus habitantes; tal como resume Zea, “los positivistas no creen en la revolución sino en la evolución” y ejemplifica, citando a Gabino Barreda:

“[La libertad] representase comúnmente como una facultad de hacer y querer cualquier cosa... pero la libertad auténtica es la que libremente sigue el orden que le es propio. En la naturaleza todos los seres son libres si siguen

nuestra literatura de imaginación” (*Las Corrientes...*, op. cit., 174).

⁷³ José Victorino Lastarria. *Discurso de incorporación a la Sociedad de Literatura de Santiago*. 3 de mayo de 1842. Imprenta de M. Ryvadeneyra, Valparaíso, 1842, 14.

⁷⁴ “Los acontecimientos que presenta –y cuyas leyes se propone revelar- están tomados en su mayor parte de las Noticias secretas de América, de Jorge Juan y Antonio Ulloa, obra que como señalara Mora en 1827, ofrecía en virtud de testimonios oculares ‘las pruebas más auténticas e irrevocables de la tendencia corruptora, del espíritu desorganizador y perverso del sistema colonial’”. Subercaseaux, op. cit., 79.

las leyes que les son propias”⁷⁵.

La apabullante comparación con Estados Unidos dejó en evidencia la ventaja de la colonia del norte de América, que una parte de los pensadores positivistas (los argentinos sobre todo) explicaba por la diferencia de raza: los colonos anglosajones prácticamente eliminaron al indígena, mientras que el español lo integró a su sociedad como mano de obra. La queja era por supuesto contra el indio, el negro y el mestizo, pero también –incluso más grave– contra la raza íbera que con esto, había “convertido el trabajo en algo degradante”, según el decir de Lastarria⁷⁶. Así entraba en juego la oposición de la mentalidad católica contra la protestante, una esperando la salvación por la gracia de Dios; la otra, por los méritos acumulados a lo largo de la existencia terrenal.

“La civilización yanqui fue la obra del arado y de la cartilla; la sudamericana la destruyeron la cruz y la España. Allí se aprendió a trabajar y a leer, aquí a holgazanear y a rezar”⁷⁷.

Ante esta constatación, Sarmiento y Alberdi, como muchos otros, promovieron políticas de migración y educación que Zea describió como de “transfusión de sangre y lavado de cerebros”.

“Traigamos pedazos vivos de ellos [los países que habían progresado...] en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslos aquí [...] Proteged a las empresas extranjeras, a sus inversionistas colmadlos de ventajas y privilegios, de todo favor imaginable, sin deteneros en medios [...] Rodead de inmunidad y de privilegios el tesoro extranjero, para que se naturalice entre nosotros...” (cita a Alberdi. *La omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual* (1880). *Ibid.*, XXIII).

Otras causas ahistóricas surgieron tras el análisis comparativo de nuestros males: el clima, el paisaje geográfico, incluso la alimentación fueron explicaciones *científicas* del subdesarrollo americano, que supusieron la definitiva postergación de la conciencia histórica.

A la oligarquía positivista del Cono Sur correspondió el grupo de positivistas mexicanos que se forma durante el gobierno de Benito Juárez, encabezado por su ministro de Educación, Gabino Barreda (discípulo directo de Comte) y que alcanza su máxima expresión durante los años de gobierno de Porfirio Díaz (entre 1876 y 1911, interrupciones mediante), llegando a ser conocido como los “científicos”⁷⁸. En este grupo se hace también notable la figura de Justo

⁷⁵ Leopoldo Zea. *Pensamiento positivista latinoamericano*. Tomo 1. Ayacucho, Caracas, 1980, xxxiii.

⁷⁶ Citado por Zea. *Ibid.*, XXI.

⁷⁷ Cita a Sarmiento, *Conflictos y armonías de las razas en América* (1885), en Zea. *Ibid.*, XXI.

⁷⁸ Es importante matizar –como bien lo hace Zea en todos sus trabajos sobre pensamiento positivista latinoamericano– que mientras en el Cono Sur se enfatizaba la figura del indio como agente pasivo del subdesarrollo, en México la culpa caía sobre los poderes del clero y la milicia, en tanto continuadores de la represión colonial. Si en el primer caso se promovía como solución “importar” población europea que generara una “limpieza racial”, en México ya se comenzaba a plantear el valor del mestizaje. Las razones para comprender esto son evidentes al considerar las proporciones de población indígena y mestiza de cada región, además del innegable desarrollo alcanzado por las culturas mesoamericanas por un lado, y la interminable guerra con el

Sierra, que más adelante, tras la evolución de su pensamiento hacia el humanismo, devendrá uno de los líderes de la generación de Pedro Henríquez Ureña. Su excelente libro *Evolución política del pueblo mexicano* (publicado entre 1900-1902) combinó la ideología positivista del desarrollo social y la metodología sociológica con un análisis histórico sin precedentes en América, superando así las limitaciones que la aplicación del pie de la letra positivista había traído al pensamiento sobre la cultura. Por estas razones, no es de extrañar que esta obra ocupe un lugar primordial en la bibliografía a la que nuestro autor acude.

No obstante lo expuesto, el programa historiográfico que Andrés Bello difundió a través de su propio trabajo como historiador, sus publicaciones y su importante labor universitaria, continuó siendo desarrollado de manera paralela y no en pocas oportunidades, complementando la historia filosófica. Los historiadores de la corriente narrativa se dedicaron, además de construir relatos históricos, al trabajo fundamental del archivo, rescatando documentos, formando bibliotecas, escribiendo fichas y resúmenes bibliográficos y –con esfuerzos quijotescos- publicando un material que había permanecido inédito o era difícil encontrar. José Toribio Medina y Diego Barros Arana en Chile, José de la Riva Agüero en Perú, Juan María Gutiérrez en Argentina, Joaquín García Icazbalceta en México (por nombrar algunos de los más notables), continuaron el trabajo con las fuentes que promovía Bello, perteneciendo gran parte de ellas a la época colonial. Para dar cuenta de este esfuerzo, trasladamos aquí unos párrafos de la introducción de las *Noticias bibliográficas sobre la Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*:

“...concebida la historia de esa manera, no estará limitada a satisfacer la curiosidad, a entretener o divertir con el recuerdo o pintura de sucesos pasados, ofrecerá lecciones al hombre público, ilustrará para dar a ese pueblo la marcha más conforme a su conveniencia, o prestara importante auxilio a los que a él consagran sus esfuerzos.

Baste lo dicho para que se aprecie en qué sentido damos importancia a la historia de la dominación española en Chile, y por qué deseamos que merezca de los aficionados a ese ramo más atención de la hasta aquí se le ha prestado. Más, el estudio de esta época presenta dificultades que en cuanto depende de nosotros nos proponemos allanar.

Para la historia de la Independencia, los materiales están de ordinario a la mano, y es fácil recurrir a las fuentes. No sucede lo mismo con la historia de la Conquista y Coloniaje. Casi todas las historias, crónicas y memorias que por aquel entonces se escribían, han quedado manuscritas en poder de uno que otro particular, la mayor parte de ellas fuera del país.

pueblo mapuche por el otro. Y aún otro matiz: el pensamiento pro-yankee que caracterizaba a la elite intelectual del sur no tuvo el mismo eco en el país del norte, que de hecho entró en guerra contra Estados Unidos (1846-48). Por otra parte, no puede dejar de referirse el caso de Brasil. La gran nación adopta también la doctrina del positivismo, aunque con una profundidad y un efecto distinto al de los países hispanos. Considerando que su independencia se realizó tras un proceso pacífico pactado con Portugal, el positivismo se introdujo naturalmente –y no antitéticamente, como en el resto de las ex colonias- como el instrumento adecuado para el progreso nacional. Vid. Zea. *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, op. cit., especialmente el capítulo III “La adopción del positivismo”, 45 y ss.

Del corto número de las que se han publicado, con excepción de la historia del Abate Molina, solo existe entre nosotros uno que otro ejemplar, y como ediciones raras y muy difíciles procurárselas. Facilitar su adquisición, proporcionar a los que quieren estudiar tan interesante periodo, en donde se han de encontrar los antecedentes de nuestro modo de ser actual, los más importantes monumentos históricos que nos quedan de esa época, es el designio que nos ha decidido a hacer una publicación de los historiadores de Chile correspondientes a la dominación española”⁷⁹.

Sin duda, la documentación reunida por estos historiadores, sus comentarios y narraciones son antecedentes del trabajo colonialista que emprende Henríquez Ureña, al que creemos poder considerar, por su riguroso trabajo con las fuentes y su estilo narrativo, un continuador de esta corriente historiográfica⁸⁰. Al mismo tiempo, la lectura completa de sus ensayos historiográficos que intentamos desarrollar en los tres primeros capítulos del presente estudio, nos permite apreciar que su perfil de historiador es complejo y que abraza también dos valiosos elementos que la corriente filosófica promovía, a saber, el juicio crítico-subjetivo y la proyección hacia un ideal (que de todos modos no estaban ausentes en las obras de los mejores historiadores narrativos).

La literatura fue, más que cualquier otra zona del campo de la cultura, el lugar en que se dio la disputa entre ambas tendencias historiográficas. Dejando aparte la evidencia de que es este el arte que mayor desarrollo recibe en estos años, consideremos tres motivos que explican esta concentración.

En primer lugar, prácticamente todos los hombres aquí mencionados desarrollaron su veta literaria. Conocido es el análisis que el propio Henríquez Ureña propone de las condiciones y consecuencias de esta imbricación entre poder político, trabajo intelectual y creación de un imaginario literario en unas pocas manos:

“En los países ya independientes, la literatura, en todas sus formas, conservó todas las funciones públicas que había cobrado con el movimiento de liberación...” (*Las corrientes...*, 158).

Por otra parte, la orientación romántica que acogieron estas plumas promovía el tema histórico como fuente de inspiración, desarrollada tanto en su versión costumbrista e indigenista, como en otra más heroica que, teniendo como modelo a Hugo o Scott y como asunto a la historia contemporánea, relataba las recientes hazañas de la Independencia.

Finalmente, la alianza entre historia, literatura romántica y política tenía como misión

⁷⁹ V. M. Chiappa. *Noticias bibliográficas sobre la Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*. Imprenta de Enrique Blanchard-Chessi, Santiago, 1905.

⁸⁰ Por ejemplo, los trabajos de Toribio Medina sobre la historia de la inquisición y, junto con Gutiérrez, sobre la imprenta en las diversas regiones de la América hispánica son constantemente citados por nuestro autor. También debe haber sido de provechosa consulta la *Biblioteca hispano-americana (1493-1818)* escrita entre por el chileno entre 1898 y 1907. Vid. Pedro Henríquez Ureña. *Las corrientes...* Nota 12 y 25 del Capítulo II, 247.

fortalecer la constitución simbólica de las jóvenes naciones. El espíritu patriótico rebalsaba los poemas de Echeverría y los discursos de Lastarria y empujaba a los historiadores a emprender el recuento de las obras y los nombres que expresaban la autenticidad de cada una de las naciones⁸¹.

Pocas historias de la literatura hispanoamericana se habían escrito hasta esta época. Bello, por ejemplo, escribió un notable compendio de la historia de la literatura de Asia, Medio Oriente, Grecia y Roma destinado a los alumnos del Instituto Nacional, pero además de las monografías de historia de algún caso de la literatura americana que publicó en el *Repertorio* y en la *Biblioteca Americana*, no emprendió un relato donde tratara este asunto. La gran mayoría de los esfuerzos que se realizaron en este sentido fueron de carácter nacional, y salvo contadas excepciones –como es el caso obligado de Ercilla para Chile⁸²– no incluyeron la producción literaria del período colonial. Hay más; el propio Henríquez Ureña abre su ensayo “Caminos de nuestra historia literaria” reclamando que “los dos únicos intentos la historia completa” han sido realizados por autores foráneos y en idiomas extranjeros: el inglés Coester y el alemán Wagner. Así, el contrapunto que venimos reconociendo entre historicismo y positivismo se expresa, en el ámbito de la historiografía literaria, en una pérdida de la riqueza y la diversidad y que sólo años después se ha vuelto a descubrir, al estudiar sin (tanto) prejuicio ideológico la creación literaria colonial. Durante estos años de silencio, ella no sirvió más que como

⁸¹ Gutiérrez Girardot se refiere a las primeras aplicaciones del positivismo a la historiografía literaria: “La deshistorización de la historiografía literaria bajo el signo de los nacientes nacionalismos coincide en Europa con la marcha triunfal del positivismo. El mandamiento comptiano de que el método de las ciencias naturales debe ser transpuesto al método de las ciencias del espíritu, produjo en la historiografía literaria francesa no solamente a un Sainte-Beuve y un Taine, quienes operaron con analogías de la zoología, de la química, de la botánica y de la mecánica, sino al “evolucionista” Ferdinand Brunetière. Este ya no necesitaba de la historia literaria para documentar la plenitud de una conciencia nacional, porque para su método “evolutivo” los productos literarios no deben describirse en su relación con los procesos políticos, culturales o sociales. Sólo la relación recíproca entre ellos, su causalidad interna, ‘la influencia de las obras sobre las obras’ es lo que ha de ocupar al historiador objetivo de la literatura” (XXII). Y más adelante, mide las consecuencias ideológicas de esta tendencia: “Todos los positivismos y formalismos han satisfecho dos exigencias ideológicas, al menos, de la sociedad capitalista: la afirmación de las bases injustas del progreso técnico, la acomodación y justificación de sus presupuestos económicos e ideológicos; y el sofocamiento de la crítica, el lujoso conformismo de las grandes revoluciones verbales. La América hispánica también participaba de estos gozos” (en el prólogo de *La Utopía...*, op. cit., XXIII).

⁸² Revisando la bibliografía aquí utilizada, salta a la vista el caso de Ercilla como una excepción que confirma la regla de desprecio ante la cultura colonial. Esta obra, sin duda versátil en sí misma, ha aumentado exponencialmente esta característica por la recepción histórica que ha tenido: fue considerada propia por los colonos españoles, por los criollos progresistas y los libertadores, por los intelectuales liberales, por los defensores de la causa indígena, los historiadores y académicos, los neobarrocos, conservadores, postmodernos y culturalistas.... Se ha valorado como el relato épico de la conquista española y al mismo tiempo, como el discurso fundador de la nación chilena. En fin, para el caso que aquí nos convoca, queda constatado que *La Araucana* es incluida o al menos reconocida en todas las antologías, historias y perfiles culturales que emprenden

documento histórico, quedando anulado todo su valor estético y espiritual.

Una curiosa excepción dentro del escenario descrito es la que ofrece la obra de Ricardo Palma, quien desarrolla una literatura histórica en clave humorística tomando a la Colonia como referente. El propio Henríquez Ureña lo destaca y valora por esto⁸³:

“El encanto del pasado colonial no cautivó ahora los talentos de un poeta como José Batres Montúfar, en las primeras décadas del siglo, pero sí de un prosista delicioso, el peruano Ricardo Palma (1833-1919). Palma supo ver, como lo había visto Batres, su relieve humorístico [...] Hurgó los archivos del virreinato y aprovechó cuanto suceso admitía un tratamiento humorístico, haciendo de él alguna de esas miniaturas que llamó *Tradiciones peruanas* (1860-1906)” (*Las corrientes...*, 193).

Desde estas primeras décadas independientes hasta bien avanzado el siglo XX, el estudio de la literatura latinoamericana tendrá como prioridad la elaboración de antologías. Destacables de la época son el *Ensayo de una Biblioteca o Catálogo bibliográfico-crítico, con noticias biográficas, de las obras en verso, con forma o con título de poema, escritos sobre América o por hijos de esta parte del mundo*, redactado por Juan María Gutiérrez en 1843⁸⁴ y también la elaborada por los hermanos Amunátegui en Chile, titulada *Juicio crítico sobre los principales poetas hispanoamericanos*, de 1860, aunque no incluye autores anteriores a la Independencia.

Atención especial merece otra obra de Gutiérrez, que seguramente fue lectura frecuente para nuestro autor (lo creemos apoyados en la descripción que él mismo hizo del argentino como “el hombre que supo todo lo que podía saberse de la literatura colonial de América”)⁸⁵. Se trata de *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poeta sud-americanos anteriores al siglo XIX*, conjunto de ensayos sobre la vida y la obra de autores de los siglos XVI y XVII. Nos permitimos traspasar dos párrafos de la “Advertencia preliminar puesto que leemos en

los autores que hemos venido revisando.

⁸³ Aunque no hay lugar aquí para abordarla, nos hemos interesado por esta figura (que reconocemos con vergüenza, desconocíamos, apelando en nuestra defensa que no se menciona, si quiera como bibliografía recomendada, en los programas de estudio de literatura hispanoamericana). Además del gusto que da leer sus breves relatos reunidos bajo el título *Tradiciones peruanas* (Edición crítica coordinada por Julio Ortega y Flor María Rodríguez Arenas. ALLCA XX, 1997), es sumamente interesante revisar la recepción que tuvo entre sus contemporáneos, por ejemplo, la de Sarmiento, quien valora su trabajo como una contribución a la formación de la nacionalidad peruana, y la polémica que despertó aún años después entre González Prada, quien lo rechazó por su “pasantismo” y Mariátegui, quien lo defendió por su ideología liberal, reconociendo en su escritura una sátira a la Colonia.

⁸⁴ Este libro contiene una muy particular selección de autores poco conocidos, que el propio antologador califica como “curiosidades bibliográficas”. Por ejemplo, reproduce fragmentos de un poema de Giuliano Dati, quien parafraseó en 1493 una de las cartas de Colón. Recupera la “cuarta parte” de *La Araucana*, escrita por Diego Santi Estavan Osorio y aparecida en 1597, y también el más conocido *Purén Indómito* de Fernando Álvarez de Toledo, entre otros ejemplos. Resulta muy interesante el riguroso comentario con que acompaña Gutiérrez cada pieza seleccionada, pudiendo ser, más en este sentido que en lo referente a la antología misma, un antecedente para Pedro Henríquez Ureña.

⁸⁵ En: “Sor Juana Inés de la Cruz” publicado originalmente en *Cursos y conferencias*, Buenos Aires, 1931 y antologado en Pedro Henríquez Ureña. *Estudios mexicanos*. Edición de José Luis Martínez. FCE, México, 1984, 56.

ella la motivación –tan propia de Henríquez Ureña también- de escribir una historia para los hombres del presente:

“He deseado desde muchos años atrás, concurrir con algún caudal de hechos y de ideas a la formación de una historia de la literatura antigua de la América poblada por los españoles, en la persuasión de que un trabajo semejante sería de honra para los nacidos en el nuevo mundo e indispensable para colocar a luz adecuada ciertos grupos oscurecidos en el cuadro de la vida colonial que tanto nos interesa conocer bien y por entero.

Reflexionando acerca de la manera cómo me sería posible satisfacer aquel deseo, vista la falta casi absoluta de indagaciones especiales sobre la materia, creí que lo que me era dado hacer estaba reducido a descubrir y revelar la existencia y los trabajos intelectuales de aquellos americanos que se entreveen a la vislumbre de la fama, dentro de esa especie de limbo en que vivieron nuestros antepasados bajo el cetro de los reyes católicos”⁸⁶.

Entre los ensayos reunidos en este libro, destacamos “D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza-Poeta mejicano del siglo XVII”, digno antecedente a la tesis de la mexicanidad de Ruiz de Alarcón defendida por Henríquez Ureña y Reyes.

Fuera de éstos tres ejemplos, la mayoría de las antologías literarias elaboradas en estos años son de corte nacional y admiten una concepción de la obra de arte al borde del panfleto político, leyéndola con una perspectiva ante todo contingente. Todos los factores aquí observados hacen que reconozcamos los dos libros de historia literaria latinoamericana de Pedro Henríquez Ureña como pioneros en su género.

Pero no parece posible cerrar este capítulo sin antes mencionar al que probablemente constituye, si bien no la fuente, al menos la influencia más directa para la historiografía literaria colonial de nuestro autor; hablamos de la *Antología de poetas hispano-americanos*, de Marcelino Menéndez Pelayo publicada por la Real Academia Española en cuatro volúmenes, aparecidos entre 1893-1895 con ocasión del Centenario de las Independencias americanas. Circunscrita en razón de la lengua castellana, el crítico español deja fuera, al igual que Henríquez Ureña en *Las corrientes...*, a la literatura portuguesa e indígena, reconociendo, en todo caso, su existencia y valor. Organiza los tomos por zonas geográficas, comenzando por el norte, es decir, México y América Central en el primer tomo, continuando con Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela en el Tomo II, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia en el Tomo III, y finalmente, Chile, Argentina y Uruguay en el Tomo IV⁸⁷. Además del listado de

⁸⁶ Juan María Gutiérrez. *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poeta sud-americanos anteriores al siglo XIX*. Imprenta del Siglo, Buenos Aires, 1865, III. Por razones evidentes de espacio y por no perder el hilo de nuestra exposición, sólo citamos dos párrafos, aunque quisiéramos poder atraer y comentar aquí el prólogo completo, que nos ha parecido un sorprendente y hermoso manifiesto historiográfico. Sólo unas líneas más: “Nuestra biografía colonial es una nueva paleontología (sic) cuyos elementos yacen escondidos en las profundidades de un mundo no explorado. Sus seres permanecen sin estudio y sin clasificación, y solo se les halla en fragmentos bajo densas capas de indiferencia y olvido, –a tal punto,- que por más esmero que se ponga en restaurarles, se corre el peligro de sacar a la superficie esqueletos faltos de musculatura y de vida” (VI).

⁸⁷ Dos comentarios sobre esta antología: el análisis que Henríquez Ureña y también Alfonso Reyes hacen de la

autores y la selección de obras, cada tomo está encabezado por una introducción a la zona, donde emplea un estilo narrativo que recuerda mucho al de los relatos históricos de Henríquez Ureña. Tomemos por ejemplo el primer tomo; la narración traza un cuadro de la cultura mexicana, partiendo por el periodo virreinal (no aborda, como sí lo hará nuestro autor y muchos otros, la literatura del Descubrimiento, tampoco las Crónicas de Indias, aun cuando algunas de ellas fueran escritas en verso), en el cual, tal como lo hizo el dominicano años más tarde, retrata las primeras instituciones de la cultura occidental en América: las universidades y las casas editoriales... El relato continúa con la “separación” (así llama el erudito español al proceso de independencia nacional de las colonias) y llega hasta mediados del siglo XIX. No incluye, a diferencia de Henríquez Ureña, a autores vivos “por una evidentísima razón de decoro literario” (x), argumentando su compromiso con la institucionalidad pública: “Cuando la Academia habla, ha de hacerlo del modo más impersonal posible” (*Ibid*). En suma, la importancia del crítico español es evidente en la obra de nuestro autor; repasando las numerosas oportunidades en que lo cita o lo refiere, podemos concluir que más que influencia, Henríquez Ureña toma su obra como un objeto de lectura crítica, un referente para la reflexión profunda sobre la literatura.

Los antecedentes de historiografía de la literatura y la cultural colonial que aquí atrajimos dan cuenta de la centralidad que este asunto tuvo entre quienes desarrollaron un pensamiento latinoamericano en el siglo XIX y comienzos del XX. Más allá de las diferencias ideológicas y metodológicas que destacamos a lo largo del capítulo, hemos intentado ubicar los aportes que Pedro Henríquez Ureña hizo en este ámbito dentro de la importante tradición de intelectuales que, como él, no sólo pensaron, sino también actuaron, para configurar una expresión –en términos actuales, una identidad- latinoamericana.

mexicanidad de Juan Ruiz de Alarcón es tal vez, lo hemos dicho ya, de los planteamientos de crítica literaria más resonantes entre los suyos. Menéndez Pelayo es, sin lugar a dudas, uno de los referentes que los jóvenes americanos pretenden contradecir, cuando ven que el crítico español lo deja fuera de su antología, aduciendo que: “Varias razones nos inducen a prescindir de Alarcón en este estudio. Es la primera la total ausencia de color americano que se advierte en sus producciones de tal modo, que si no supiéramos su patria, nos sería imposible adivinarla por medio de ellas...” (Menéndez Pelayo. *Antología de poetas hispano-americanos*. Tomo I. RAE, Madrid, 1893, LIX. Otro aspecto que nos llama la atención de esta obra es la no inclusión de Alonso de Ercilla en la Antología misma, aun cuando en el texto introductorio a la región de Chile, es abordado como un tema principal. Esto conduce a pensar que Menéndez Pelayo define quién es poeta hispano-americano usando de manera bastante relativa el criterio de lugar de nacimiento: Alarcón, sabiéndolo nacido en México, es español por su obra; Ercilla, sabiéndolo nacido en España, es igualmente español, aún cuando su obra sea una de las piezas claves de la literatura del Nuevo Mundo, trate asunto americano y haya sido en parte escrita allá...

CAPITULO QUINTO

HISTORIOGRAFÍA COLONIAL DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

El periodo que va desde la llegada de las carabelas de Colón y el asentamiento de los primeros grupos de españoles en la isla bautizada como Hispaniola, al rededor de 1500, hasta los primeros decenios del siglo XIX, cuando se produce la mayoría de las independencias nacionales de la América hispánica, es abordado por Henríquez Ureña desde la perspectiva múltiple de la historia cultural. Además de analizar la literatura, arquitectura, música y teatro del periodo; también el desarrollo de las ciencias naturales y las leyes, se dedica a estudiar el proceso de formación de lo que podría considerarse como un incipiente campo cultural, al considerar la fundación de universidades, imprentas, publicaciones periódicas, redes de comunicación y recepción de textos, etc. Asimismo, analiza la corriente histórica atendiendo a procesos políticos, sin perder de vista los económicos –y sin hacer de estos un factor determinante-.

Todo ello va empeñado a alcanzar los objetivos que venimos planteando como los principales de la obra de Henríquez Ureña: por una parte, la identificación de la cultura hispanoamericana y su ubicación en el orden de la cultura universal y, por otra, la proyección de la historia de nuestra América hacia la utopía de la *patria magna*.

Además de pretender llevar a cabo estas dos tareas, las que se cumplen en sus escritos sobre historia y también en aquellos que abordan el presente, Henríquez Ureña revisa la Colonia movido por otros dos estímulos: uno constructor, en tanto lo mueve la certeza de que en ese momento, cuando ocurre el encuentro de las civilizaciones española y americana, se da comienzo a nuestra cultura original; y otro, reivindicador, después de constatar que la historia colonial no ha recibido la valoración ni el estudio exhaustivo que requiere. Como vimos, ha ocurrido más bien todo lo contrario, la escritura de los historiadores liberales clausuró ideológicamente la posibilidad de comprender esta historia como parte de la nuestra, rechazando cualquier nexo entre el periodo colonial y el republicano, más allá de la dialéctica opresión/liberación.

“En todo el Nuevo Mundo, a mediados del siglo XVI la vida colonial se asienta; cesan, al parecer, la lucha e innovación. Comienza el ‘largo sueño de tres siglos’ del que nos hablan los discursos patrióticos en elogios de nuestras guerras de independencia y nuestros libros de historia, empeñados en demostrar que nada de importancia sucedió entre 1550 y 1810. No hubo durante los siglos coloniales, se nos decía, otra cosa que oscuridad e

ignorancia. Ahora vamos, trabajosamente, disipando esta fantasía. Nuestra existencia colonial fue enorme crisol donde lentamente se fundieron metales muy dispares. El proceso no quedó terminado; no está terminado aún; pero, con todas sus imperfecciones, engendró el material de unas sociedades que alcanzarían a ser ejemplarmente democráticas si en ellas llegasen a imponerse las aspiraciones de los mejores”⁸⁸.

Así, la mirada renovada de Henríquez Ureña reconoce periodos diferenciados ahí donde los historiadores anteriores habían visto un largo episodio de tres siglos, lo que nos habla de una concepción de este tiempo como uno vivo y dinámico. La determinación de las diferentes etapas se lleva a cabo tomando en cuenta las condiciones políticas y culturales del Imperio; es por esto que las primeras páginas de sus dos libros de historia colonial son más propias de la península europea que de las regiones de ultramar. Alude, más adelante, a las diferencias sociales y culturales que se generaban por causa de los cambios de rey, generando de este modo una especie de periodización. El periodo dominado por Isabel la Católica estuvo marcado por el gran entusiasmo que despertaban las nuevas tierras, se estimularon las expediciones y se puso un gran énfasis en la evangelización. Después de su muerte, Fernando de Aragón no continuó con esta línea colonizadora y privilegió más bien la explotación de las riquezas naturales del Nuevo Mundo, sin desplegar demasiado control en el tipo de colono que cruzaba el Atlántico, a diferencia de su difunta mujer, quien permitió la entrada exclusivamente a cristianos viejos.

“Hasta los graves asuntos de nacionalidad y religión se burlaban de disposiciones reales. Al principio, sólo súbditos de Castilla podían obtener pasaje para el Nuevo Mundo; pero Dios sabe cómo, también los de su astuto esposo, el rey de Aragón, lo conseguían con frecuencia...” (*Las corrientes...*, 76).

El Imperio de Carlos V representó para las colonias un período más disciplinado, donde se destinaron enormes recursos a la organización de gobiernos y construcción de conventos e instituciones civiles que conforman ya la sociedad colonial. A partir del gobierno de Felipe II se inicia el proceso de decadencia política y económica en España, que no se traspasa directamente a las principales ciudades coloniales. Santo Domingo era la “Atenas del mar Caribe”, Ciudad de México, Bogotá y Cuzco eran también grandes ciudades que incluso desarrollaban comercio con otras potencias europeas.

Durante el siglo XVIII, España se vio empobrecida con la guerra que sostuvo con Francia y con los problemas internos que provocaban los Países Bajos. Habiendo ya perdido esta parte del Imperio, Carlos III representó un breve repunte, visible en las ciencias, las artes y particularmente la urbanización y la ingeniería tanto a un lado como al otro del Atlántico; aunque claramente no se alcanzarían nunca más los niveles de poder y riqueza que el gran

⁸⁸ Pedro Henríquez Ureña. “Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo”. En *Obras Completas*, op.

reino ostentó a mediados del siglo anterior. Este rey intentó imponer reformas motivado por los ideales de la Ilustración, lo que para las colonias americanas tuvo consecuencias paradójicas, puesto que agilizó la gestación de los principios que argumentarían más tarde las declaraciones de independencia. Según Pedro Henríquez Ureña, durante esos años se desarrolló la ciencia y la filosofía en América de un modo que no volvería a ocurrir hasta muchos años después. La decadencia española es insostenible ya con Carlos IV a la cabeza y las colonias están listas para iniciar sus movimientos de emancipación⁸⁹.

Además de la política imperial, ciertos hechos aparecen destacados, estableciendo también hitos en la corriente histórica; así ocurre con el asentamiento de las órdenes religiosas, en particular la dominica (1510), que llevó la causa de la defensa del indio, como lo relata en el hermoso ensayo “Cosas de Indias”; la franciscana, que fundó las primeras instituciones de educación hacia 1502 y, finalmente, la Compañía de Jesús, cuya presencia y posterior expulsión en 1767 influyó profundamente en la formación de los intelectuales de la emancipación, transmitiendo los principios culturales de la Ilustración.

Esta periodización, determinada como hemos dicho, por la política imperial y ciertos hitos de la cultura colonial, y organizada a grandes rasgos en periodos de un siglo, no se detiene excesivamente en las particularidades regionales (con la excepción del tratamiento particular que le da a la tierra natal de Henríquez Ureña, la Hispaniola y a su tierra adoptiva, México) lo que le permite establecer una historia común a todas las posteriores naciones. El sujeto histórico es la América hispánica y el periodo colonial es el momento de su formación en tanto unidad, el que, bajo el dominio español, recibe elementos tan cruciales como la lengua y las leyes⁹⁰.

cit., 26.

⁸⁹ Este recorrido está trazado en los capítulos “El descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación europea”; “La creación de una nueva sociedad”, de *Las corrientes...*; y en los ensayos breves “Raza y cultura hispánica” (1934), “Erasmistas del Nuevo Mundo” (1935), “La América española y su originalidad” (1936), agrupados en *Plenitud de América*. Además, encontramos referencias en la *Antología del Centenario*, en los apartados “Escritores mexicanos siglos XVIII-XIX” y en el “Índice biográfico de la época” (1910). Finalmente, también analiza la periodización de los tres siglos coloniales en “Caminos de nuestra historia literaria” (1925), “Influencia del Descubrimiento en la literatura” (1942), y “Cincuenta años” (1944), agrupados en *La Utopía de América*.

⁹⁰ Sobre la unidad de la lengua española, Pedro Henríquez Ureña llevó una verdadera cruzada en contra de las teorías que pretendían seccionarla: “Nuestros modos de hablar varían naturalmente según la localidad; no hay unidad de ‘español americano’ que oponer al ‘español de España’, donde las variaciones locales son todavía mucho mayores. El español de las Américas no se deriva de Andalucía, como con ligereza han supuesto unos cuantos autores. Ya en 1901 (en el *Bulletin Hispanique*, III, 41-42), Cuervo refutó la especie y mantuvo que nuestra población procedía de ‘toda la península ibérica’, Portugal inclusive. En mi libro *Sobre el problema del andalucismo en América* (Buenos Aires: Instituto de Filología, 1932) he reunido datos que apoyan la afirmación de Cuervo” (nota 19 del Cap. II de *Las corrientes...*, 257).

“Lo que une y unifica a esta raza, no real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma” (“Raza y cultura hispánica” *Plenitud de América*, op. cit., 48).

Esta unidad, base de la utopía de Henríquez Ureña, se sostiene en parte, por una defensa de España como referente histórico común y aglutinador. Esta defensa fue motivo de críticas en su contra, provenientes principalmente de aquellos intelectuales indigenistas que pretendían volver al indio en “estado de pureza”, renegando la influencia española, argumentando en su contra la leyenda negra. Pero como vimos, el valor historiográfico que prima en la obra de nuestro autor es el de la diversidad, lo que le permite reconocer la convivencia de la barbarie del colonizador con la humanidad de una figura como Las Casas, por ejemplo.

Nos parece importante recordar que España es, en el momento que esas líneas se escriben, un país profundamente golpeado, primero por la guerra contra Estados Unidos en 1898 y luego por la Guerra Civil y el franquismo. Esta situación genera profundos lazos de solidaridad entre americanos y peninsulares y muy especialmente entre escritores, literatos y artistas. Es por eso que Henríquez Ureña se refiere a España con amor, como una nación hermana y es así como la inscribe en la historia, como parte de este todo que es nuestra América hispánicas⁹¹. Esta larga cita recorre y sintetiza su sentimiento de aprecio:

“... cae entre las manos de España un nuevo mundo. Estamos viviendo todavía las consecuencias del portentoso suceso, el más trascendental de la historia. La consecuencia mayor, aunque tardía, el nuevo aspecto que asumen hace cien años las variaciones en el equilibrio del mundo. Y durante esos cien años se ha discutido incansablemente la obra de España en América. En las campañas de independencia de las naciones hispánicas del Nuevo Mundo se juzgó necesario ennegrecer aquella obra. Después, los libros patrióticos de cada república nueva repitieron mecánicamente la propaganda de las campañas de independencia. Cuando, a fines del siglo XIX, hubiera podido alcanzarse la serenidad de juicio, la última campaña se interpuso, la guerra de Cuba. Pero al comenzar el siglo XX la atmósfera se despejó [...] Rápidamente va cambiando el juicio. No es sólo que se acepte la excusa que generosamente ofrecía a la ‘virgen del mundo, América inocente’, Quintana, historiador a la vez que poeta: ‘Crimen fueron del tiempo y no de España’. Es que la conquista y la colonización se ven de un modo diverso: porque la verdad es que España se volcó entera en el Nuevo Mundo, dándole cuánto tenía [...] Y sobre todo, su amplio sentido humano la llevó a convivir y a fundirse con las razas vencidas, formando así estas vastas poblaciones mezcladas, que son el escándalo de todos los *snoobs* de la Tierra...” (“Raza y cultura hispánica”. *Plenitud de América*, op. cit., 50-51).

Siguiendo esta defensa, contrasta el colonialismo ibérico con el anglosajón, argumentando que este no constituyó un mestizaje, sólo un proceso unidireccional de traspaso cultural.

“Durante el siglo XIX se hizo costumbre afirmar la superioridad de otras naciones sobre España y Portugal como colonizadoras. ¡Como si hubiera superioridad en transplantar a suelo extraño las condiciones de vida europea, pero para disfrutarlas el europeo sólo, negándoselas o escatimándoselas a los nativos! [...] No: la más humana de las colonizaciones, y por eso la mejor, ha sido la de España y Portugal: es la única que de modo sincero y leal gana para la civilización europea a los pueblos exóticos” (*Ibid.*, 51).

Con esta declaración se opone de modo radical a la propaganda pro-yankee que, como vimos

⁹¹ De hecho, dedica dos libros a esta nación: *Plenitud de España*, un conjunto de ensayos sobre la literatura, cultura e historia española de todos los tiempos, publicada en Buenos Aires por Losada en 1940 y, dieciocho años antes, *En la orilla, Mi España*, un conjunto de ensayos escritos tras sus experiencias de viajero y estudiante

en el capítulo anterior, un poderoso grupo de intelectuales liberales exaltaba, motivado exclusivamente por el ideal de progreso industrial que la colonia del norte había experimentado.

Continuando la comparación, Henríquez Ureña indica que la transculturación⁹² producida en el cruce cultural, físico, psicológico incluso, entre españoles, portugueses y antiguos habitantes de América ocurrió desde el primer momento y, considera, junto con Ortega y Gasset, que el cambio cultural se había dado también en los españoles en el mismo instante que pisaron la tierra del Nuevo Mundo.

Como ya sabemos, esta valoración que hace Henríquez Ureña de España viene a contradecir el rechazo que una parte muy influyente de los intelectuales del siglo XIX hizo del pasado colonial y del país mismo, considerado por éstos como el más atrasado y retrógrado de Europa. Algunos de estos hombres simplemente borrarón la historia reciente proclamando que una nueva comenzaba con las declaraciones de independencias nacionales. Otros, entre los cuales destaca Sarmiento, volvieron su mirada hacia atrás, pero para dar ahí con las causas de nuestros males:

“Cuando Sarmiento se propuso observar de cerca la vida española como clave para comprender los problemas de su Argentina, se adelantó, como siempre, a su tiempo [...] En toda América, en tiempos de Sarmiento, queríamos olvidar, borrar el pasado colonial. Creíamos que bastaba, para consumir la disolución, el rito mágico de los aniversarios patrióticos...” (“Pasado y presente”; 1945. *Ensayos...*, op. cit., 361).

En ciertas oportunidades, Henríquez Ureña se refirió a la Colonia como *nuestra Edad Media*, lo que no debe necesariamente interpretarse como una valoración negativa del período, sino comprenderse como la aplicación análoga del patrón historiográfico europeo Edad Antigua - Edad Media - Modernidad, puesto que él concebía la Independencia como el paso a la Modernidad, tal como en la historiografía europea se consideró al Renacimiento:

“Apenas salimos de la espesa nube colonial al sol quemante de la independencia, sacudimos el espíritu de timidez y declaramos señoría sobre el futuro” (“El descontento y la promesa”. *Plenitud...*, op. cit., 27).

Sin embargo, nuestro autor es especialmente sensible a la *originalidad de América* y pronto cae en cuenta que tal patrón no coincide con la especificidad historiográfica local. Así reconoce, por ejemplo, que la historia de las naciones –de algunas al menos, en tanto

en dicho país (Editorial de México Moderno, México, 1922).

⁹² La noción de *transculturación* aparece en el comentario que Henríquez Ureña hace en “Pasado y presente” al libro de Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, quien a su vez lo adopta como “útil neologismo” del antropólogo cubano Fernando Ortiz. Ella se convertirá en una de las nociones claves del pensamiento latinoamericano, gracias a las reflexiones de Ángel Rama, quien la desarrolla en *Transculturación narrativa en América Latina* (Siglo XXI, México, 1982). Ella viene a definir la percepción sintética que algunos intelectuales de los años cuarenta tenían del mestizaje más allá de lo genético-racial, asumiéndolo ya como un

comunidades culturales- no comienza con su independencia:

“Advertiréis que no os hablo de México como país joven, según es costumbre al hablar de nuestra América, sino como país de formidable tradición, porque bajo la organización española persistió la herencia indígena, aunque empobrecida” (“Utopía de América”; 1925. *La utopía...*, op. cit., 3).

Reconoció también, puesto a estudiar el período y enfrentado a la dificultad de dar con la documentación necesaria, que las complejidades propias de un estudio historiográfico, esto es, carencia de bibliotecas, vacíos en los archivos, a los que había que sumar nocivos juicios de historiadores anteriores, comenzaban ya a darse en América, y no eran más un asunto exclusivo del *Viejo Mundo*:

“Reconstruir todos los aspectos de la cultura de aquellos tres siglos –nuestra Edad Media- resulta ahora más difícil que reconstruir la Edad Media de Europa” (“El teatro de la América española...”. *La utopía...*, op. cit., 146).

Aún habiendo asumido la misión reivindicatoria de la cultura colonial, Henríquez Ureña, no puede evitar preguntarse por el valor estético de las obras que está trezando para hacerlas historia. Así, en el capítulo “Florecimiento de la cultura colonial” de *Las corrientes...* somete las producciones artísticas de la América hispánica a una evaluación comparativa con las obras europeas del mismo período:

“Resta aún un problema de difícil solución: ¿por qué, si hubo abundante capacidad y conocimiento, nuestro mundo colonial produjo mucha menos obra duradera de la que hubiera sido de esperar?” (*Las corrientes...*, 131).

Diversas razones van ofreciéndose como respuesta: histórico-cultural, que explica la pobreza de los estudios científicos con la falta de amplitud de los fundamentos teóricos del escolastismo, observando que tampoco en España y Portugal el área experimentó grandes avances. También la ausencia de novela, que se explica por un decreto real que prohibía las obras de ficción en el Nuevo Mundo, efecto que se acentuaba con la presencia de la Inquisición y las dificultades concretas de impresión y circulación de las obras. Razón histórico-demográfica es la que explica la reducida producción de obras y el limitado circuito literario: “sólo una décima parte [de la población de Iberoamérica] eran de origen europeo o habían adoptado plenamente las costumbres de Europa” (*Ibid*, 132). Finalmente, una especulación sobre la mentalidad del sujeto hispanoamericano de la época termina por explicar esta relativa pobreza:

“...una especie de timidez ataba el pensamiento colonial, que se sentía obligado a esperar una señal d la distante metrópoli acerca de ‘cómo debían hacerse las cosas’” (*Ibid*).

Pedro Henríquez Ureña asume, como hemos ya planteado, la cultura como un ente orgánico, una corriente con afluentes que van mezclando sus aguas. Reconoce, sin embargo, que las

factor imprescindible para el análisis de la cultura americana en toda su complejidad y dinamismo.

fusiones o mestizajes inevitablemente van ubicando a sus componentes en distintos niveles del ámbito sociocultural; así, advierte que la llegada de los españoles “descabezó” a las sociedades originarias, relegando al olvido aquellas producciones vinculadas a la alta cultura indígena. Observa que, más allá de las ruinas, la persistencia de las tradiciones indoamericanas fluye por el conducto de lo doméstico:

“Sumergido largo tiempo aquel pasado, desecha su cultura superior con la muerte de sus dueños y guardianes, no pudimos aprovecharlo conscientemente: su influencia fue subterránea, pero, en los países donde el indio prevalece en número (y son la mayoría), fue enorme, perdurable, poderosa en modificar la cultura transplantada” (“Camino de nuestra historia literaria”. *La utopía...*, op. cit., 55).

Ante este comentario creemos que una vez más es útil atraer las concepciones de tiempo histórico planteadas por Braudel. La historia política o de media duración estaría manifestándose en la dominación española, en el progreso de las colonias y en el proceso de emancipación y constitución de las nuevas naciones, sin impedir que una historia de corta duración, esto es, la dimensión personal y doméstica, siga su curso. En el caso citado, la historia cotidiana (diferente a la historia política o de corta duración y que ha sido nominada “microhistoria” o “intrahistoria”⁹³) se enlaza con la historia de larga duración, puesto que las comunidades que a diario la construyen están profundamente vinculados al tiempo cíclico de la naturaleza. Constatamos así cómo la confluencia de los tres tiempos es más persistente que la hegemonía que presume imponer aquel que corresponde a la cultura dominante, en este caso, la occidental.

La misma concepción fluida de la cultura hizo que Henríquez Ureña distinguiera imitación de herencia, rechazando la primera, privilegiando la segunda, en tanto esta da cuenta de la continuidad histórica entre una tradición y sus variadas actualizaciones. Con esto sostuvo que la literatura y la arquitectura del Barroco americano no sólo son originales, sino que incluso hay casos en que se superan las manifestaciones europeas, como en muchas obras arquitectónicas de México, comenzando por la catedral.

“De las ocho obras maestras de la arquitectura barroca en el mundo, dice Sitwell el poeta arquitecto, cuatro están en México: el Sagrario Metropolitano, el templo conventual de Tepoztlan, la iglesia parroquial de Taxco, Santa Rosa de Querétaro. El barroco de América difiere del barroco de España en su sentido de la profusión ornamental: compárese el Sagrario de México con el Transparente de la Catedral de Toledo. Y el barroco de América no se limitó a su propio territorio nativo: en el siglo XVIII refluyó sobre España” (“La América española y su originalidad”. *Ensayos*, op. cit., 333).

De la misma forma que los historiadores franceses comenzaron a validar la Edad Media tras

⁹³ Vid. para “microhistoria”, el fantástico libro sobre el proceso inquisitorial de un panadero en el siglo XVII italiano de Carlo Ginzburg. *El queso y los gusanos*. Muchnik, Barcelona, 1994. Para “intrahistoria”, Miguel de Unamuno. *En torno al casticismo*. Cátedra, Madrid, 2005; aunque no sólo en este conjunto de ensayos, puesto

su desprestigio histórico, el Barroco, convencionalmente tachado como una estética decadente que contrastaba con la proporción y elegancia del Renacimiento, empieza a ser reconsiderado.

Henríquez Ureña comenta sobre las particularidades que este periodo tuvo en América desde el punto de vista de la historia de las mentalidades:

“Aquella cultura, es verdad, no aspiraba a la duración histórica: se contentaba con vivir al día. El descubrimiento y la conquista sí se tuvieron como dignos de la historia: conquistadores y conquistados, hombres de la primera hora y visitantes tardíos, todos se echaron a escribir narraciones para no dejar que se perdiera la memoria de tantas proezas que hicieron, vieron, oyeron, soñaron. Pero después las nuevas sociedades se pusieron a vivir en paz: la vida tranquila no la juzgaron digna de recordación. Sobre las actividades de cultura, pocos recogieron o escribieron apuntes” (“El teatro de la América española...” *La utopía...*, op. cit., 146).

Estamos hablando, según esto, de un período sin autoconciencia crítica, carente de ubicación histórica. Esto convierte en tarea primordial la revisión de los documentos y las obras de arte con la doble mirada ética y estética que hemos referido ya. La literatura del periodo colonial, así como la pintura y la arquitectura barrocas, se convierten, en la historia de Pedro Henríquez Ureña, en documentos de cultura. Así, la historia que él escriba será también el testimonio de una lectura.

Junto con las expresiones de cultura, como las artes y las letras en general, Henríquez Ureña considera otros elementos para escribir la historia de la cultura hispanoamericana; la historia de las instituciones es uno de los elementos significativos que recoge, particularmente la de las universidades. A este tema dedica una parte importante de *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, otro tanto en el capítulo “La cultura colonial” de *La historia de la cultura...*; también ensayos como “La revolución y la cultura” (*Plenitud de América*) y muchos otros. Mención aparte merece el ensayo “Casa de apóstoles” (1934; *La utopía...*), donde valora el fundamental aporte que hicieron los dominicos y las demás congregaciones en América Latina al fundar la mayoría de los colegios y las primeras universidades; y “Cincuenta años” (1944; *Plenitud...*), donde no olvida que fue en estas instituciones donde se formaron los padres de la patria:

“No debe olvidarse que los hombres que dirigieron doctrinalmente nuestras revoluciones de independencia y la organización de las repúblicas se habían formado en nuestro medio colonial, en parte oponiéndose a la educación de los institutos oficiales, pero en parte aprovechándola” (“Cincuenta años”. *Plenitud...*, op. cit., 92).

Otras instituciones que le preocupan son la imprenta y los periódicos, puesto que representan la masificación de la cultura letrada y la autonomización de esta con respecto a la metrópolis.

En cuanto a la organización de la sociedad, Henríquez Ureña está en permanente alerta, tanto en su trabajo de historiador como en el de crítico y maestro, frente a ciertos órdenes que

que la noción de intrahistoria forma parte de la poética existencialista del poeta español.

persisten desde el tiempo de la Colonia, como afluentes negativos que contaminan las aguas de la cultura desde su origen. Este es el caso de la encomienda, “una especie muy rara de proletariado” y la persistencia del problema del indio (“Vida espiritual”; 1937. *Plenitud...*, op. cit., 63). Aquí, como en “Utopía de América” y otros escritos, Henríquez Ureña destaca el quiebre social provocado por la Revolución Mexicana que, a su manera de ver enfrenta, por primera vez con políticas de Estado, el problema del indio promoviendo medidas que toman en cuenta las particularidades del asunto:

“La primera medida fue la devolución de la tierra a los Indígenas. Esto formaba parte de la lucha contra las grandes propiedades, contra los *latifundios* (empleamos con frecuencia esa palabra latina”. Pero no era aquella una solución verdaderamente socialista. Se recurrió a otro sistema, el éjido [...] Se han adoptado disposiciones muy avanzadas para la regeneración del Indígena y, en general, para la protección del trabajador” (“Vida espiritual”. *Plenitud...*, op. cit., 63-64).

Al mismo tiempo que hace estas denuncias, llama la atención sobre la naturalidad con que se dio el mestizaje en América, sin por supuesto negar el grandísimo daño que los indígenas –y con ellos, toda América- sufrieron bajo el dominio imperialista:

“Así pues, aún cuando la estructura social era formalmente aristocrática y había buen número de discriminaciones teóricas de clase o casta, las excepciones e irregularidades abundaban [...] Aunque haya podido verse en los colonizadores una tendencia a explotar al indio cuantas veces lo juzgaran provechoso, sabemos que acabaron por sentir que trataban con hombres iguales a ellos mismos. Durante los primeros cien años, fue cosa frecuente que el europeo tomara mujer india, en matrimonio o no: de estas uniones surgieron las más viejas familias, sin exceptuar la aristocracia; varios conquistadores casaron con mujeres incas o aztecas de sangre real”

[...] Con todo, nos llamaríamos a engaño si pensáramos que la conquista no fue una verdadera tragedia para los nativos. Tan sólo una minoría se libró del yugo, y los beneficios que para ella representó la educación fueron, en general, escasos. [...] Con la conquista, como dice Justo Sierra, ‘comienza el raquitismo espiritual de la raza india’” (*Las corrientes...*, 77-78).

Estas citas dan cuenta de la importancia que dio Henríquez Ureña a la condición mestiza, no sólo en su dimensión racial, sino cultural. La convivencia en la diversidad es, según demuestra en tantos de sus ensayos, una de las corrientes continuas de la historia de nuestra América, factor de su originalidad y valor.

La lectura que hace Pedro Henríquez Ureña de la literatura colonial está, como hemos sostenido, atravesada por su noción fluida de la cultura. Bajo esta premisa, desarrolla un canon de la literatura de estos tres siglos considerando tendencias, continuidades y fusiones. El recorrido que hace en los capítulos correspondientes a la época en *Las corrientes...* expresa esa particular sensibilidad hacia lo original americano, dando cuenta de su enorme capacidad de dialogar con las obras y mantenerlas vivas, alejadas de clasificaciones formales que anulan su voz.

Así, aborda la escritura del Descubrimiento, y libre de toda normativa genérica, lo toma para la literatura. Esto lo logra manteniendo siempre a la vista el valor estético y ético de las obras

como condición del estatuto artístico. Describe las formas que esta escritura adopta, llamando la atención sobre el estilo y considera los improbables niveles de adecuación entre las descripciones del Nuevo Mundo y el ideal de belleza europeo. Analiza allí el lugar que le cabe a la ficción en estos textos que supuestamente respondían a la verdad, dado su carácter testimonial. Así distingue las obras que hablan de “cosas nuevas en toda su novedad”, tales como las cartas de Colón, los poemas de Eugenio de Salazar, la épica de Ercilla y los tratados de los dominicos; y aquellas que elaboran una “traducción de lo desconocido en conocido”, como las de Pedro de Oña o Francisco de Terrazas. Esta clasificación permite vislumbrar la mentalidad del productor y de sus destinatarios, penetrando así el contexto histórico desde el aspecto íntimo de su subjetividad⁹⁴.

A partir del interés que despiertan en él algunas figuras, es posible identificar el canon colonial de Pedro Henríquez Ureña. Encabezan la lista Cristóbal Colón y el Padre Bartolomé de Las Casas, a quienes dedica el hermoso ensayo “Paisajes y retratos” (1936; *La utopía...*) para destacar la pluma de paisajista del descubridor y de retratista del dominico y el humanismo presente en ambos. También Bernardo de Valbuena es una de estas figuras centrales, como queda señalado en los ensayos “Cosas de Indias” y “Barroco de América”, ambos de 1940:

“A todos los poetas de la época colonial los vence en profusión el grande y luminoso Bernardo de Valbuena, que llevó al arte barroco una nota nueva y original, de América, porque, si no nació aquí, vino a residir siendo niño muy pequeño, de dos o tres años” (“Cosas de Indias”. *La utopía...*, op. cit., 108).

“¿No habrá creado América, como en arquitectura, otro gran estilo barroco en poesía? Sí: el de Bernardo de Valbuena, contemporáneo pero independiente de los creadores del estilo en la época barroca de España” (“Barroco de América”. *Plenitud...*, op. cit., 99).

Junto al autor del *Bernardo*, comparado con Ariosto, se ubica aquella donde confluyen “con feliz consorcio” las tres grandes corrientes de la poesía del siglo de oro español. Sor Juana Inés de la Cruz ocupa muchas páginas de Henríquez Ureña, quien no solo escribe de ella ubicándola en la cumbre de nuestra historia literaria, sino que también estudia la métrica de su poesía, tal como hicieron los lingüistas históricos con los poetas españoles del periodo⁹⁵.

⁹⁴ Vid. “Cosas de Indias” (1940) en *Ensayos*.

⁹⁵ Con su dedicada atención hacia la poeta mexicana, Henríquez Ureña se suma a una lista de estudiosos de su obra que comenzaba ya a crecer. Juan María Gutiérrez escribió un hermoso ensayo sobre su vida y obra en el ya citado libro de 1865, titulado “S. Juana Inés de la Cruz. Escritora americana del siglo XVII”. Al final del siglo XIX, Menéndez Pelayo le dedica la mayor cantidad de páginas del tomo correspondiente a México en su antología. La monja mexicana también capturó la atención de los hispanistas alemanes: Ludwig Pfandl dejó inédito a su muerte en 1942 el libro *Die Zehte Muse von Mexico, Juana Inés de la Cruz. Ihr Leben, ihre Dichtung. Ihr Psyche*, que fue traducido al castellano como *Sor Juana Inés de la Cruz. La décima musa de México* y publicado por la UNAM, México, 1946. Por su parte, Karl Vossler publicó el año 1934 en Munich un

La dedicación con que escribe sobre teatro merece mención aparte. En cada ensayo que hemos citado anota algo sobre este género, pero es en “El teatro de la América española en la época colonial” (1936. *La utopía...*) donde reúne una profunda investigación al respecto. Con ella quiere descubrir toda la tradición que quedó oculta tras el “espeso río de olvido” que dejó fluir la era republicana.

Una vez más, Henríquez Ureña da ejemplos de su concepción de cultura como fluidos que se combinan en la historia; el arte dramático originario de las Indias se encontró con la mejor tradición del teatro español y de ahí surgieron piezas como el *Ollanta*, escrita en lengua autóctona, con argumento indio pero estructura españolas. Labor fundamental en este mestizaje artístico fue la que llevaron a cabo los misioneros:

“Entre los grandes misioneros del gran siglo de la evangelización, suponemos al padre Motolinía director de las grandes representaciones de Tlaxcala, [...] De otros cuatro grandes misioneros franciscanos sabemos que compusieron autos y coloquios en náhuatl...” (“El teatro...”. *La utopía...*, op. cit., 153)”.

Finalmente, la novela también ocupó un lugar en sus investigaciones y hay que decir que sobre este tema, su ensayo “Apuntaciones sobre la novela”, de 1927, es un enorme aporte, precisamente por las razones que él mismo explica en el comienzo:

“Cuando se recorre la historia literaria de la América española, se advierte en seguida que la novela tiene escaso florecimiento y que su aparición es tardía. Durante la época colonial, se dice, no hubo novelas [...] En torno a estos hechos se hace muy a menudo *Völkerpsychologie* de periódico. Inútil gasto de ciencia nueva: no hay razones ‘psicológicas’ ni ‘sociológicas’ para que en América no hayamos escrito novelas durante tres siglos en que escribíamos profusamente versos, historia, libros de religión. La razón es de hecho, aunque raras se recuerde: en disposiciones legales de 1532 y de 1543, se prohibió, para todas las colonias, la circulación de obras de imaginación pura, en prosa o en verso...” (“Apuntaciones...”, op. cit., 180).

Después de aclarar esto, revisa la historia de la novela americana publicada fuera del continente (en varios lugares relata el enorme intercambio que existía entre las colonias y Europa, destacando a los escritores que viajaron hacia allá, como el Inca Garcilaso, o aquellos que vinieron, como Valbuena, Tirso de Molina, Mateo Alemán y otros), las que se refiere a sucesos históricos, religiosos, las traducidas y aquellas que permanecieron inéditas. Sin duda, este último aspecto es una muestra del particular método con que procede nuestro autor, tan abierto y sensible a la particularidad del objeto, que asume como documento para la historia incluso aquel que nunca fue sacado a la luz.

El esfuerzo que hizo Henríquez Ureña por reconstruir este campo justifica que el canon establecido para esta época quede mucho menos cercado que aquél que proponía en *Las*

breve ensayo sobre la poeta, que fue traducido y publicado en boletín dos años más tarde por la UNAM bajo el título “La décima musa de México. Sor Juana Inés de la Cruz”. Ya en 1917, Henríquez Ureña había publicado en la *Revue Hispanique* de París (t. XL), la “Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz”.

corrientes... refiriéndose a la literatura de la América moderna (esos cuantos nombres, encabezados por Bello...). Para reconstruir los tres siglos de Colonia, nuestro autor quiere nombrar todos los autores, el mayor número de obras, sin hacer la selección que exigiría una historia cultural, porque está rescatando los nombres del olvido, y serán los lectores que vienen después los que establezcan valores y fijen el canon (sin ir más lejos, uno de sus discípulos, Octavio Paz, escribió el libro que terminó de sacar del olvido a sor Juana).

Además de ocuparse de la literatura, dedicó numerosas páginas al “maravilloso florecimiento de las artes plásticas” (“La América española y su originalidad”. *Ensayos*, op. cit., 331). Reconoce la originalidad de América en ellas también y observa que tanto en las letras como en las artes, el estilo barroco continuó vivo una vez que ya había sido desprestigiado por el clasicismo en España y el resto de Europa. Con el barroco se expresan las formas del mestizaje colonial y esto es lo que precisamente quiere manifestar en la *Historia de la cultura...* cuando hace la distinción entre el churrigueresco español y el ultrabarroco hispanoamericano.

La valoración del estilo barroco la hace Pedro Henríquez Ureña de modo simultáneo que intelectuales europeos como Wölfflin y Sitwell. Sabemos que leyó *Lo Barroco*, de Eugenio D’Ors, publicado en París en 1936, libro que amplía el concepto estético para que defina una actitud que se repite en distintos momentos de la historia del arte hasta que termina por identificarse con un modo de comprender el mundo, antítesis su comprensión clásica.

Es sabido que a partir de esta tesis, se han venido desencadenando interpretaciones de la cultura latinoamericana que la vinculan al *eón* barroco –unidad abstracta, deshistorizada ya-, con el que definen nuestra literatura autores como Alejo Carpentier, Lezama Lima, Severo Sarduy y Cristina Peri Rossi, entre otros.

Otro tanto se ha hecho en estos años llamados postmodernos, tiempo en que un supuesto orden barroco del mundo, originalmente enmarcado en el ámbito estético, se ha ido extendiendo a los campos de la cultura toda, de la ideología e incluso de la economía (la economía barroca sería la del despilfarro, del derroche que esconde y al mismo exhibe su opuesto). Idelber Avelar e Irlemar Chiampi han sintetizado esta idea. La cita a continuación es el comienzo del libro *Barroco y modernidad*, publicado por ésta última el 2000:

“Todo debate sobre la modernidad y su crisis en América Latina que no incluya el barroco resulta parcial e incompleto. Con esta convicción, fueron reunidos en este libro una serie de ensayos que buscan articular la noción de barroco como encrucijada estética y cultural que dio origen a lo moderno y a lo que a partir de entonces llamamos ‘literatura’. Nuestra América, que es en sí misma una encrucijada de culturas, mitos, lenguas,

tradiciones y estéticas, fue un espacio privilegiado para la apropiación colonial de lo barroco, y continúa siéndolo para los reciclajes modernos y posmodernos de aquel ‘arte de la contraconquista’, en el cual Lezama Lima bien ubicó la fundación del auténtico devenir americano”⁹⁶.

A pesar que podemos encontrar en el trabajo de Henríquez Ureña el conocimiento que luego ayudará a cimentar este tipo de identificaciones, la distancia entre uno y otro pensamiento es radical; tan grande como la diferencia entre el positivismo antihistórico y la historia cultural que nuestro autor se propuso escribir. Porque en toda ella no se impone nunca el intento de definir la expresión americana como una naturaleza, sino como un devenir, y también porque en la base de todos los ensayos que a lo largo de este trabajo hemos venido revisando, está la frase que los condensa:

“El pasado es lección para el presente, si sabemos leer” (“Pasado y presente”. *Ensayos*, op. cit., 365).

⁹⁶ Irlemar Chiampi. *Barroco y modernidad*. FCE, México, 2000, 9.

CAPITULO SEXTO

SOBRE LA RECEPCIÓN DE LOS PLANTEAMIENTOS HISTORIOGRÁFICOS DE HENRÍQUEZ UREÑA

Queremos cerrar esta revisión de la historiografía colonial de Pedro Henríquez Ureña destacando la gran inspiración que su trabajo significó para algunos de los pensadores latinoamericanos que le siguieron. Nos parece que su mayor influencia de su obra la ejerció en los últimos años de su vida y otros más después de su muerte. Se ha dicho que su presencia y sus palabras superaban la experiencia de leerlo; quienes lo conocieron destacan en sus testimonios la claridad de su oratoria y la calidez con que abordaba una clase, una conferencia o una conversación entre amigos... Podemos pensar entonces que su figura influyó en sus contemporáneos más de lo que lo han hecho sus textos en quienes se han dedicado después a estudiar la cultura latinoamericana. Pero, como ya hemos insinuado, no creemos que ello se explique sólo por su encanto personal; también hay que tomar en cuenta el predominio que tuvieron durante las décadas sesenta y setenta las tendencias teóricas del estructuralismo en los estudios literarios y culturales, que restaban plaza a un pensamiento historicista como el abordado aquí. También es necesario reconocer que los dramáticos eventos políticos de esos años y la consecuente polarización de las tendencias ideológicas entre los intelectuales, postergaron un pensamiento que podía parecer demasiado conciliador dadas las presiones de la contingencia.

Es por eso que hemos querido repasar la recepción de la obra historiográfica de Henríquez Ureña en su momento de máxima riqueza: los años que median y cierran la cuarta década del siglo pasado y los comienzos de la quinta. Nos centramos en ellos porque es cuando encontramos una proliferación de intelectuales latinoamericanos (también algunos españoles) en contacto entre sí, formando una red de pensamiento de impresionante calidad, donde nuestro autor estaba ubicado entre las figuras centrales, junto a Reyes, Vasconcelos, Mistral, Amado Alonso, y algunos más.

El primero de los lectores de Henríquez Ureña que aquí nos interesa es Mariano Picón Salas, quien en 1944 publica su maravilloso libro *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, el cual Henríquez Ureña valoró como:

“Uno de los primeros intentos de síntesis de las nuevas maneras de considerar los tres siglos coloniales, y está sustentado en vastísimas lecturas y nutridos viajes...” (*Ibid*, 363).

Del mismo modo en que ya la venía desarrollando en sus ensayos y conferencias Henríquez Ureña, Picón Salas aborda en su libro la historia desde la dimensión cultural y la estudia como

un ente dinámico que acoge contradicciones y elementos diversos, puesto que no intenta imponer un principio de coherencia externo. El relato emprendido por el venezolano apunta siempre a mostrar la continuidad de la historia cultural latinoamericana; lo vemos, por ejemplo, en su capítulo “El legado del indio”, donde, tal como observa Henríquez Ureña: “no [está describiendo] el pasado indio como cosa muerta, según se le habría descrito treinta años atrás” (*Ibid.*, 363). Todo lo contrario, Picón Salas trabaja sobre “una misma materia histórica” que está viva y se transforma⁹⁷. Otro ejemplo:

“Hasta hace poco tiempo en la historiografía forzada y un tanto esquemática que se escribía en Hispanoamérica [se refiere específicamente a Miguel Luis Amunátegui, quien justificó el espíritu revolucionario de la Emancipación con los viajes a Europa de la elite criolla], se presentaba el tránsito de la compleja época barroca al enciclopedismo revolucionario del siglo XVIII como un salto brusco en el que hubieran emergido de la oscuridad y silencio colonial algunas cabezas ilustres que en las postrimerías del 1700 encarnan la ideología nueva, cargada de fermento revolucionario” (Picón Salas. *De la Conquista...*, op. cit., 130).

Habiendo ya trabajado en *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940), la noción de historia como un proceso de formación del espíritu nacional, vemos que la motivación que llevó a Picón Salas a escribir *De la Conquista a la Independencia* no está demasiado lejos de la que Henríquez Ureña puso en marcha a *Las corrientes literarias en la América Hispánica*:

“[El libro busca dar con...] la imagen más nítida que me fue posible del proceso de formación del alma criolla” (*Ibid.*, 11).

Ambos autores comparten además la valoración del mestizaje en tanto síntesis cultural, donde la herencia íbera constituye un elemento positivo, particularmente por aportar la lengua que compartimos y que nos enriquece con una identidad común:

“En nuestro proceso histórico, la lengua española es un admirable símbolo de independencia política; lo que impidió por la acción de Bolívar y San Martín, por el fondo de historia en común que se movilizara en las guerras contra Fernando VII, que fuésemos para los imperialistas del siglo XIX una nueva África para repartirse” (*Ibid.*, 38).

De hecho, es de notar que la defensa que emprende Picón Salas de la Colonia y de nuestra hispanidad es aún más comprometida que la llevada a cabo por Henríquez Ureña, lo que se debe, creemos, a la cada vez más evidente amenaza de un nuevo imperialismo, proveniente ahora de los Estados Unidos, nación que por esos años se declaraba guardiana de la paz –y de la economía- mundial.

Entre los muchos aspectos que vinculan estas dos obras, uno muy profundo es la sensibilidad con que ambos autores se enfrentan a la mentalidad de la época colonial a través de la lectura de sus obras, del estudio de sus acciones y del conocimiento de sus modos de vivir, siendo

⁹⁷ Mariano Picón Salas. *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. Colección Tierra Firme. FCE, México, 1950 (2° edición). La primera edición es de 1944. El libro está dedicado a Alfonso Reyes.

capaces de percibir la visión de mundo que tenía, por ejemplo, un criollo del siglo XVII. La lectura apasionada y al mismo tiempo crítica se convierte, en ambas escrituras, en metodología historiográfica:

“Más que en estricta causalidad lógica –artificial, por lo demás, en toda historia-, el secreto de nuestra psique ha de rastrearse, frecuentemente por indirecta ruta emocional y estética. Requiere de poetas tanto como de historiadores. Está envuelta en el misterio semántico de nuestro castellano criollo, mulato e indígena, absorvedor de nuevas esencias y forjador de palabras, ese castellano de los ‘americanismos’...” (Picón Salas, op. cit. 39).

Otro gran historiador, que consideramos continuador de Henríquez Ureña, es José Luis Romero, quien precisamente dedica su libro *Las ideas políticas en Argentina* a la memoria del pensador dominicano. Aunque se trata de una historia específica de la nación argentina, Romero mantiene la mirada amplia haciendo contrapuntos permanentes con la historia del pensamiento latinoamericano. Un aspecto que nos parece interesante destacar porque vincula su escritura con la de nuestro autor, es el desprecio por las interpretaciones totalizadoras, que no dejan espacio a la contradicción, ambigüedad y multiplicidad propia de la expresión humana:

“Si se concibiera la historia de las ideas políticas exclusivamente como expresión del pensamiento doctrinario, acaso no hubiera valido la pena escribir este libro. Ni en la Argentina ni en el resto de los países hispanoamericanos ha florecido un pensamiento teórico original y vigoroso en materia política, ni sería verosímil que floreciera. Pero el punto de vista adoptado al concebir este libro ha sido otro. Aparte que sea original o no en el plano doctrinario, el pensamiento político de una colectividad posee siempre un altísimo interés histórico; pero no solamente en cuanto es idea pura, sino también –y acaso más- en cuanto es conciencia de una actitud y motor de una conducta” (Romero, op. cit., 9).

Romero divide la historia del pensamiento argentino en tres eras, de las cuales la primera es la Era Colonial, decisiva para el proceso de formación de la nacionalidad, que sigue su desarrollo en la Era Criolla y luego la Era Aluvial. La referida capacidad de Romero para dar cuenta de la complejidad de los procesos históricos queda de manifiesto en el análisis que hace de la superposición de una determinada estructura institucional (la autoritaria de los Austrias primero y la liberal de los Borbones después) sobre una realidad social que apenas la soporta. Esa complejidad es la que Henríquez Ureña sintetizó como “la anarquía latente” que se escondía bajo la “aparente inmovilidad del sistema colonial” (*Las corrientes...*, 137). Romero centra su atención en documentos legales, discursos políticos y crónicas de la época y no se detiene en obras de literatura. Sin embargo (y creemos que en esto tiene mucho que ver su cercanía con la obra de Henríquez Ureña) una dimensión estética se despliega en el tratamiento que hace de sus fuentes: busca en ellas las “emociones y los sentimientos”; en un término suyo, el “ambiente espiritual” que ellas permiten transmitir.

Sólo por cumplir, mencionamos también el trabajo colectivo de historia literaria bajo la dirección Guillermo Díaz-Plaja: *Historia general de las literaturas hispánicas*⁹⁸; cuatro tomos que no son otra cosa que una muestra inagotable de vanidoso nacionalismo español, donde sorprende encontrar un ensayo de Max Henríquez Ureña dedicado a la literatura dominicana. La noción de lo general, anunciada en el título, responde a un doble carácter: por una parte se refiere a la generalidad geográfica al abarcar todas las regiones de habla hispana, y por otro lado se refiere a una concepción muy amplia de literatura –en lo que podríamos ver una cierta vinculación con el esfuerzo humanista de nuestro autor-. Los ensayos dedicados a la literatura del período imperial son, en lo referido a América, una defensa de la empresa colonial que termina siendo enervante. Un ejemplo:

“Por otra parte, en América se vino a operar la unidad de la nación española ansiada por los Reyes Católicos; aquí llegó la fe acendrada sin errores, sin judíos y sin moros...” (Juan Alfonso Carrizo. “La poesía tradicional de Hispanoamérica”. En Díaz-Plaja, op. cit., 298).

Asimismo, niegan cualquier tipo de originalidad nacida del mestizaje. En el mismo texto se define anacrónicamente al quichua como “idioma prehistórico”, rechazando el más que probable aporte de la cultura inca en los cantares populares transmitidos en esta lengua.

En esta misma línea, el artículo de Manuel Ballesteros-Gaibrois, “La vida cultural en la América española en los siglos XVI-XVII”, es un ejemplo un tanto trasnochado de historiografía positivista. El artículo se organiza según una serie de “premisas” de corte científico (del tipo “Toda vida, de la índole que sea, tiene un medio en que desarrollarse”), que intentan ser demostradas en base a reflexiones que se sostienen en la pura elocuencia del autor, puesto que no hay ni una sola referencia a documentos históricos, obras literarias o algún otro soporte que pudiera servir para validar su argumentación.

Es de considerar que esta *Historia General...* se produce en plena dictadura de Franco, por lo que no podemos demandarle la autonomía y la sensibilidad que caracteriza la obra de nuestro autor o la de aquellos que aquí hemos atraído. Pero es esto mismo lo que nos ha impulsado a mencionarla, no como una obra que ha leído la de Henríquez Ureña, sino como una muestra de exactamente lo contrario.

Hemos dejado para el final la obra de uno de los más cercanos discípulos de Henríquez Ureña, el argentino Enrique Anderson Imbert. Su *Historia de la literatura hispanoamericana*, escrita en dos tomos (de los cuales el primero está dedicado a la Colonia y los cien primeros años de República y el segundo a la época contemporánea) hereda, no cabe duda, bastantes ideas de

⁹⁸ Guillermo Díaz-Plaja (director). *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barna S.A., Barcelona, 1956.

nuestro autor. Pero, acorde con cierta definición inmanentista de la obra literaria, pretende darlo por superado, introduciendo un patrón cronológico que estructura la historia como elemento neutro de periodización, dificultando a veces –según nuestra lectura- la frescura de la narración⁹⁹. La principal diferencia entre su trabajo y el que hemos venido analizando aquí es la delimitación de la historiografía literaria a un campo específico. El propio Anderson Imbert asume esta especificación como su propósito:

“De los muchos peligros que corre un historiador de la literatura, dos son gravísimos: el de especializarse en el estudio de obras maestras aisladas entre sí, o el de especializarse en el estudio de las circunstancias en que esas obras se escribieron. Si se hace lo primero nos dará una colección de ensayos críticos discontinuos, es decir, una historia de la literatura con poca historia. Si hace lo segundo, nos dará referencias exteriores al proceso de la civilización, es decir, una historia de la literatura con poca literatura. ¿Es posible una Historia-historia de la Literatura-literatura? [...] Cada escritor afirma valores estéticos que se le han formado mientras contemplaba su horizonte histórico; y son estos valores los que deberían constituir el verdadero sujeto de una Historia de la Literatura” (Anderson Imbert. *Historia...*, op. cit., 7).

De esta forma, la historiografía literaria se regirá por un criterio individual: son los escritores – sus fechas de nacimiento y muerte, su proceso de gestación y su período de producción...- lo que define los períodos, perdiéndose así la noción central de espíritu, que alude ante todo una concepción colectiva –cultural- de la creación literaria.

Anderson Imbert pretende en su *Historia...* alcanzar “el deslinde [la cita a Reyes debe ser totalmente calculada] entre lo que es y lo que no es literatura” (*Ibid.*, 8); gesto opuesto al que Henríquez Ureña promovía, al imbricar en su historia –siguiendo una vocación universal y pedagógica- escritura, lectura, artes plásticas y otras expresiones en una misma corriente espiritual.

Seguramente habrán otros ejemplos que aquí podríamos atraer para dar cuenta de la influencia de la obra historiográfica de Henríquez Ureña, en específico, aquella dedicada a la literatura y la cultura de la época colonial, pero al menos nosotros no hemos dado con ellos en la revisión bibliográfica que con motivo de este estudio emprendimos. Sin pretender su exhaustividad, la ausencia que constatamos de otras historias culturales, en el sentido que aquí hemos venido definiendo, nos parece la más clara demostración de la lectura un tanto indiferente y poco productiva que ha seguido a la obra aquí estudiada¹⁰⁰.

⁹⁹ Enrique Anderson Imbert. *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. La Colonia. Cien años de República*. FCE, México 1970 (2° edición corregida y aumentada; la 1° es de 1954).

¹⁰⁰ No quisiéramos dejar de mencionar en esta lista de autores a Leopoldo Zea, quien, según ya se puede deducir de las numerosas referencias que sobre él hemos hecho en este trabajo, consideramos que comparte aspectos fundamentales con nuestro autor. Por supuesto que no fue el mexicano un historiador del periodo colonial, ni tampoco de la literatura, sino más bien del pensamiento filosófico del siglo XIX, pero vemos en su percepción de la historia, su manejo con los documentos y sobre todo, en la dimensión americanista de su trabajo, una sólida línea de continuidad con el trabajo emprendido por Henríquez Ureña.

Más cerca del presente, encontramos un ejemplo que refuerza esta observación y que por lo mismo, no quisiéramos dejar de mencionar. Se trata de la *Historia de América Latina*, proyecto también colectivo, editado por el catedrático de Cambridge Leslie Bethell¹⁰¹. Esta ambiciosa colección, cuya versión en castellano consta de dieciséis volúmenes, aspira a ser una historia *total*, por lo que abarca todos los aspectos del desarrollo humano (desde el demográfico hasta el ideológico...), cada uno abordado en un ensayo escrito por un autor especialista en el tema. La fragmentación que esta organización implica, hace que la obra no alcance finalmente su objetivo. La *totalidad* de América Latina no se deja percibir en esta serie de artículos específicos, sin vinculación entre sí, por lo que no se integran en una línea narrativa. En cuanto al tema que nos concierne, es el francés Jacques Lafaye quien escribe el octavo capítulo “Literatura y vida intelectual en la América española colonial”, en el que repasa y sistematiza las principales fuentes del período sin reparar en los historiadores o filólogos que lo anteceden en su estudio. La historia pareciera estarse contando por primera vez. Más elocuente aún es la categórica afirmación con que James Lockhart abre su artículo “Organización y cambio social en la América española colonial”:

“Hace algo menos de dos décadas empezó a explorarse el tema que actualmente se suele denominar ‘historia social’ de los inicios de la América española, el estudio de su estructura social u organización social; un único y meditado artículo reunía casi todos los instrumentos útiles conocidos hasta entonces” (Bethell, op. cit. 63. Lockhart se refiere al artículo de Lyle N. McAlister “Social structure and social change in New Spain”, publicado en *Hispanic America Historical Review*, 43, 1963).

La rigurosidad académica con que este grupo de investigadores enfrentó su objeto de estudio dejó fuera, según nuestra lectura, aquello que Henríquez Ureña puso en el lugar central de su trabajo –igualmente riguroso, por cierto–: el espíritu americano, su condición dialéctica y original.

Cerramos este capítulo sobre la recepción del trabajo historiográfico de Pedro Henríquez Ureña mencionando la obra que tal vez expresa con mayor propiedad el espíritu que el dominicano dio a los estudios sobre cultura y literatura americana. Nos referimos a *América Latina: palabra, literatura e cultura*, conjunto de ensayos escritos por numerosos especialistas latinoamericanos, organizado por la crítica chilena Ana Pizarro. El primer volumen se titula “Situación colonial” y está dedicado, al igual que los que le siguen, a una concepción amplia de historia y de literatura, en este caso, de la época colonial:

¹⁰¹ Leslie Bethell (editor). *Historia de América Latina*. Cambridge University Press y Editorial Crítica. Barcelona, 1990 (fecha de publicación correspondiente a los cuatro tomos dedicados a la época colonial). La 1ª edición en inglés comenzó a publicarse en 1984 y culminó en 1992.

“Al hablar de historia literaria estamos utilizando, por lo demás, una expresión convencional para una perspectiva que la desborda [...] el lenguaje necesita desdibujar las fronteras disciplinarias y asumir la amplia mirada cultural, en un espacio de fusión, de intersección de disciplinas tales como la historia cultural, la sociología de la cultura, la historia literaria, historia de las ideas, la semiología, la crítica literaria o la antropología cultural y simbólica entre otras”¹⁰².

Manejando un corpus notablemente aumentado que aquel que alcanzó a conocer Henríquez Ureña en relación a las expresiones de la cultura popular, indígena o afroamericana (sea oral, pictográfica, etc.), también a la escritura de la vida privada (donde surgen, por ejemplo, escritoras hasta ese momento desconocidas), Pizarro señala que la misión de este conjunto de ensayos es la ampliación del canon o más bien, su redefinición en el contexto latinoamericano. Así, plantea la necesidad de reconocer

“sistemas paralelos con formas canónicas insertas en tradiciones simultáneas y con valoración equivalente en las respectivas culturas” (*Ibid.*, 23).

Creemos que con esta voluntad reformadora, los ensayos del libro no se oponen, sino que continúan la tarea de Henríquez Ureña, sumándole ahora la necesidad de identificar una mayor multiplicidad de corrientes que componen nuestra historia.

Tres aspectos sobresalen al considerar los puntos en común de este trabajo con el de nuestro autor: la inclusión de Brasil; la aproximación al barroco desde sus manifestaciones artísticas en general; y, por último, la aplicación de una metodología historiográfica comparativa. La efectiva ampliación del corpus, no sólo a nivel geográfico sino además lingüístico, que implicó integrar a Brasil a la historia cultural latinoamericana, la llevó por primera vez a cabo Henríquez Ureña en su *Historia de la cultura en la América Hispánica*, tal como lo reconoce Ana Pizarro en su introducción. El conjunto de ensayos por ella organizados da un paso más, al incluir cada uno de los textos escritos en su idioma original, desafiando al lector latinoamericano a que asuma su condición bilingüe (el caso de las culturas antillanas se cubre también en español o en portugués, dependiendo del autor, pero al considerarlas, debiéramos decir, un lector latinoamericano políglota).

El barroco es aquí recuperado como el estilo artístico análogo a cierta visión de mundo hispanoamericana de los siglos XVII y XVIII, que se expresa en la arquitectura, literatura y artes plásticas, tal como lo hizo Henríquez Ureña en sus ensayos monográficos y en los dos libros generales. La tesis que sostiene el capítulo “O barroco de América. As formas discursivas do poder” concibe el barroco como un discurso hegemónico, considerando que es el estilo propio de la Contrarreforma española, que en América se tradujo a diversos

¹⁰² Ana Pizarro. *América Latina: Palavra, literatura e cultura. Vol. I. A situação colonial*. Memorial, Campinas,

mecanismos autoritarios de “civilización” mediante la evangelización. Esta interpretación se opone diametralmente a la concepción *eónica* de lo barroco como naturaleza americana, lo que también ocurría, como vimos en su momento, con la obra de nuestro autor.

El último aspecto, relativo a la aproximación comparativa, fue identificado más arriba como una coincidencia entre nuestro autor, Karl Vossler y la metodología de investigación de la lingüística histórica en general. El contrapunto que Henríquez Ureña sostuvo en sus ensayos de historia cultural se daba entre Europa y América hispana, entre ésta y los Estados Unidos y luego entre la América española y lusa.

La perspectiva comparatista que congrega a los ensayos de *Palavra...* es la actualización de este método, de tal forma que permite abarcar la multiplicidad del corpus ya señalada sin predeterminarlo a leyes abstractas de funcionamiento, sino observándolo en su devenir. De esta manera, se mantiene siempre la dimensión diacrónica en el análisis, dejando que la historia se construya en el curso de la investigación y lectura crítica de sus fuentes:

“Aprehender la pluralidad de los tiempos culturales y de los discursos, apuntando al proceso histórico, abre espacio al espesor de éste. En este sentido y en esta línea de reflexión donde se da una propuesta comparativa, para la cual Walter Mognolo anota aquí la necesidad de una ‘hermenéutica diatópica’.

Este comparatismo implica por una parte formas de enunciación y significaciones comunes, por otra estudio de relaciones de fuerte contrastividad que conducen a formas especiales de textualización. Estamos enfrentados a una historia de formaciones discursivas cuyo eje se sitúa en las fronteras y demarcaciones culturales. El problema de la otredad, del estudio de la diferencia constituye, como vemos, el desafío. Fronteras y demarcaciones atraviesan esta realidad en varias direcciones. La atraviesan vertical y horizontalmente. Hay demarcaciones tenues entre Hispanoamérica y Brasil, en donde se observan grandes líneas comunes: movimientos de construcción de discurso, tendencias, géneros, temas; en donde hay diferencias sin embargo, en una relación que amerita ser estudiada como tema específico de investigación. Hay fronteras nítidas y en relación problemática con el mundo indígena y de origen africano. Hay demarcación cultural con Europa, conflictiva por su relación permanente de pertenencia y diferenciación” (Pizarro, op. cit. 29-30).

Tomando esta cita como el manifiesto crítico de la cultura latinoamericana al que suscribe el conjunto de investigadores de *Palavra...*, volvemos a reconocer esta reflexión como una que asumió los planteamientos de Henríquez Ureña y a partir de ahí siguió avanzando. Por ejemplo, Pizarro no pone más en duda la continuidad de nuestra historia, aspecto que el dominicano debió reafirmar una y otra vez; si el mestizaje resultaba para nuestro autor la síntesis representativa de esta cultura, los ensayos de *Palavra...* van un paso más allá y advierten que la extrema heterogeneidad latinoamericana se unificaba bajo este concepto sintético. El mestizaje será entonces superado como noción cultural, planteándose en su lugar otros conceptos que, afirmados en las perspectivas postcoloniales de la otredad, dan cuenta de esta multiplicidad.

UNICAMP, Sao Paulo, 1993, 21.

En suma, consideramos que este libro cumple con la misión que nuestro autor dejó bien encaminada para quienes vinieran después de él:

“Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección.

El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido.

Cada fórmula de americanismo puede prestar servicios (por eso les di a todas aprobación provisional); el conjunto de las que hemos ensayado nos da una suma de adquisiciones útiles, que hacen flexible y dúctil el material originario de América” (“El descontento y la promesa”. *Ensayos*, op. cit., 284).

CONCLUSIÓN

Ya al final de este ensayo, quedamos convencidos (y esperamos que otro tanto le haya ocurrido al lector) que la escritura historiográfica de Pedro Henríquez Ureña es – colgándonos de la cita con que se cierra el capítulo anterior- una puesta en práctica de esta *ansia de perfección* que el dominicano proclamaba como método de trabajo.

Como vimos en el primer capítulo, esta escritura actualiza la gran tradición historiográfica clásica que, tal como figura en Tucídides o Polibio, no busca sólo una reconstrucción del pasado –y con él, la construcción del presente-, sino que comprende que la historia es la más grande maestra de la vida individual y social de los seres humanos. También es heredera de la tradición historiográfica alemana del siglo XIX, que junto con ampliar los objetos historiables hacia las producciones culturales, introduce la mirada estética, y por lo tanto cierto grado de sensibilidad subjetiva al relato histórico. Asimismo, adopta críticamente lo mejor de otras corrientes historiográficas, como el trabajo riguroso con las fuentes promovido por el método positivista, al mismo tiempo que está en total sintonía con los trabajos que en este campo se llevan a cabo desde principios del siglo XX, principalmente en Francia, Italia y Alemania.

Pero mal podría calificarse este conjunto de referentes como *ajeno hallazgo*, puesto que no fue Henríquez Ureña un lector ingenuo que repita sin procesar aquello que ha leído. No; nuestro autor fue más bien un lector activo, que se dejó permear por sus lecturas, apropiándose del conocimiento que de ellas extrajo tras haberlas sometido a un profundo proceso crítico. Cualquiera de los ensayos escritos en la época del Ateneo de México es un buen ejemplo de esto.

Por otro lado, la América hispánica plantea un desafío historiográfico frente al cual estas corrientes historiográficas no fueron pensadas, por lo que sólo se hacen elocuentes al ser traducidas por un observador sensible a su realidad.

La intensa vida política y cultural de esos años americanos entró por todos los poros al cuerpo de nuestro autor, sin que por ello este convirtiera su discurso en una *tibia y confusa enunciación* de sus intuiciones. Es más, tal era su rigurosidad intelectual que no encontramos entre sus textos ninguno que ceda ante un dogma ideológico o caiga en el tono panfletario que sí fue propio de otros en su época y que hoy –lejos de la contingencia que lo suscitaba- nos parecería sin lugar a duda vulgares. Quisimos marcar cada vez que tuvimos la oportunidad, esta actitud que consideramos una muestra de su autonomía crítica. Tal vez el ejemplo más

trascendente es el que propusimos como objeto central para este ensayo: libre del prejuicio tradicional y sin entrar en contradicción con su espíritu republicano, movido por el gusto estético y por el compromiso histórico, Pedro Henríquez Ureña se lanzó a escribir sobre la época colonial valorándola como parte fundamental de nuestra historia cultural. La opción que asumió por la continuidad histórica no es una fría posición de erudito; es una ubicación política, o más bien, como hemos afirmado a lo largo de nuestro escrito, una disposición ética. Y es precisamente esta disposición la que podríamos equiparar a lo que en la cita mencionada denomina como la *expresión firme de una intuición artística*: la señalada herencia intelectual de la tradición humanista da *sentido universal* al espíritu y a la tierra americana que lo nutre, ese espíritu que nuestro autor se esforzó por configurar.

BIBLIOGRAFÍA

▪ LIBROS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Las corrientes literarias, publicado en inglés en 1945, reúne las conferencias dictadas en Harvard entre 1940 y 1941. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. FCE, México, 1949.

Historia de la cultura en la América Hispánica. FCE, México, 1949.

Antología. Edición de Max Henríquez Ureña. Librería dominicana, Ciudad Trujillo, 1950.

Plenitud de América. Ensayos escogidos. Selección y notas de Javier Fernández. Del Giúdice editores, Buenos Aires, 1952.

Obra Crítica. Edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Speratti Piñero. Prólogo de Jorge Luis Borges. FCE, México, 1960.

Utopía de América. Prólogo Rafael Gutiérrez Girardot; compilación de Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.

Obras completas. Tomo X. Recopilación y prólogo de Juan Jacobo de Lara. Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1980.

Estudios mexicanos. Edición de José Luis Martínez. FCE, México, 1984.

et al. Antología del Centenario: estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia (1800-1821). UNAM, México, 1985.

Memorias. Diario. Notas de viaje. Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. FCE, Buenos Aires, 1989.

Ensayos. Edición crítica a cargo de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. ALLCA XX, 1998.

▪ BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. La Colonia. Cien años de República*. FCE, México, 1970.

Bethell, Leslie (editor). *Historia de América Latina*. Cambridge University Press y Editorial Crítica. Barcelona, 1990 (fecha de publicación correspondiente a los cuatro tomos dedicados a la época colonial).

Bello, Andrés. *Obras Completas. Tomo I. Temas educacionales*. Prólogo de Luis B. Prieto; *Tomo XIX. Temas de historia y geografía*. Prólogo de Mariano Picón Salas; *Tomo IX. Temas de crítica literaria*. Prólogo de Uslar Pietri. Ministerio de Educación, Biblioteca Nacional, Caracas, 1957.

Bilbao, Francisco. "Sociabilidad chilena". *El Crepúsculo. Periódico literario y científico*. Num 2. Tom. 2. Santiago, 1 de junio de 1844.

Chiampi, Irlemar. *Barroco y modernidad*. FCE, México, 2000.

Chiappa, V. M. *Noticias bibliográficas sobre la Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*. Imprenta de Enrique Blanchard-Chessi, Santiago, 1905.

Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura*. Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1989.

Díaz-Plaja, Guillermo (director). *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barna S.A., Barcelona, 1956.

Febres, Laura. *Pedro Henríquez Ureña: crítico de América*. La Casa de Bello, Caracas, 1989.

Gutiérrez, Juan María. *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poeta sud-americanos anteriores al siglo XIX*. Imprenta del Siglo, Buenos Aires, 1865.

Gutiérrez, Juan María. *Ensayo de una Biblioteca o Catálogo bibliográfico-crítico, con noticias biográficas, de las obras en verso, con forma o con título de poema, escritos sobre América o por hijos de esta parte del mundo*. Prólogo de José Enrique Rodó. El Ateneo. Colección Grandes escritores argentinos, Buenos Aires, 1934.

Gutiérrez Girardot, Rafael. *El intelectual y la historia*. Fondo editorial La Nave Va. Caracas, 2001.

Hostos, Eugenio María. *Antología*. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Selección y notas por Eugenio Carlos de Hostos. Impreso por Juan Bravo 3, Madrid, 1952.

Hozven, Roberto. "Pedro Henríquez Ureña: El maestro viajero". *Revista iberoamericana* 142. Enero-marzo, University of Pittsburgh, Pittsburg, 1988.

Jaimes, Héctor. *La reescritura de la historia en el ensayo hispanoamericano*. Editorial Fundamentos, Madrid, 2001.

Lastarria, José Victorino. *Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América española i del progreso intelectual en Chile*. 2° edición, Librería de M. Servat, Santiago, 1885.

Mariaca, Guillermo. *El poder de la palabra: ensayos sobre la modernidad de la crítica literaria hispanoamericana*. Casa de las Américas-Universidad Mayor de San Andrés, La Habana, 1993.

Menéndez Pelayo, Marcelino. *Antología de poetas Hispano- Americanos*. Real Academia Española, Madrid, 1893-1895.

Morandé, Pedro. *Cultura y modernización en América Latina*. Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984.

Palma, Ricardo. *Tradiciones peruanas*. Edición crítica coordinada por Julio Ortega y Flor María Rodríguez Arenas. ALLCA XX, 1997.

Picón Salas, Mariano. *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. Colección Tierra Firme. FCE, México, 1950 (2° edición).

Pizarro, Ana. *América Latina: Palavra, literatura e cultura. Vol. I. A situação colonial*. Memorial, Campinas, UNICAMP, Sao Paulo, 1993, 21.

Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Siglo XXI, México, 1982.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Prólogo de Carlos Monsiváis. Tajamar editores, Santiago, 2004

Reyes, Alfonso. *La experiencia literaria*, FCE, México, 1989.

Reyes, Alfonso. *El Deslinde*. En: *Obras Completas*. Tomo XV. México, FCE, 1997.

Rojo, Grínor. “Alfonso Reyes o los lindes de la teoría” y “Pedro Henríquez Ureña en la búsqueda de nuestra expresión”. Artículos inéditos escritos en el marco del proyecto de investigación *De las más altas cumbres: teoría crítica latinoamericana moderna. Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Candido, Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar*. FONDECYT, 2006-2008.

Subercaseaux, Bernardo. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*. Editorial Aconcagua, Santiago, 1981.

Zea, Leopoldo. *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo*. El Colegio de México, México, 1949.

Zea, Leopoldo. “De la historia de las ideas a la filosofía de las ideas”. En: *Historia de las ideas en América Latina*. Incluye también el ensayo de Francisco Miró Quesada: “La historia de las ideas en América Latina y el problema de la objetividad en el conocimiento histórico”. Ediciones La rana y el águila, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1975.

Zea, Leopoldo (selección y prólogo). *Pensamiento positivista latinoamericano*. Ayacucho, Caracas, 1980.

Zuleta Álvarez, Enrique. “Pedro Henríquez Ureña y la crítica hispanoamericana”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos* n° 531. Madrid, 1994. 54-70.

Zuleta Álvarez, Enrique. *Pedro Henríquez Ureña y su tiempo*. Catálogos, Buenos Aires, 1997.

▪ BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

Arrom, Juan José. *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*. Caro y Cuervo, Bogotá, 1963.

Benjamin, Walter. “El narrador”. *Para una crítica de la violencia. Iluminaciones IV*. Taurus, Buenos Aires, 1988.

Braudel, Fernand. *Écrits sur l'histoire*. A. Colin, Paris, 1948.

Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. México, FCE, 1995

Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual*. Montessor, Buenos Aires, 2002.

Burke, Peter. *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Anales: 1929-1989*. Barcelona, Gedisa, 1993 (1ª edición en inglés, 1990).

Carbonell, Charles-Olivier. *La historiografía*. México, FCE, 1986 (1ª edición en francés, 1981).

Comte, August. *Leçons sur la sociologie. Cour de philosophie positive (Leçons 47 à 51)*. Introduction et notes par Juliette Grange. Flammarion, Paris, 1995.

Croce, Benedetto. *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires, Ed. Escuela, 1955.

Déotte, Jean-Louis. *Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el Museo*. Cuarto Propio. Santiago, 1998.

D'Ors, Eugenio. *Lo Barroco*. Tecnos, Madrid, 1993

Fernández Moreno, César (coordinación e introducción). *América Latina en su literatura. Siglo XXI*, UNESCO, 1976 (3ª edición).

- Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Ariel, Barcelona, 1994.
- Foucault, Michel. *Tecnologías del Yo*. Paidós, Barcelona, 1990.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos*. Muchnik, Barcelona, 1994.
- Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Grijalbo, Barcelona, 1988.
- Gramsci, Antonio. *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Siglo XXI, México, 1970.
- Hegel, Georg Wilhelm. *Leçons sur la philosophie de l'histoire*. Traduction par J. Gilbelin. Librairie philosophique J. Vrin, Paris, 1946.
- Hegel, Georg Wilhelm. *La raison dans l'Histoire*. Traduction et presentation de Kostas Papaioannou. 10/18, Paris, 1965.
- von Humboldt, Wilhelm. *Considérations sur l'histoire mondiale. Condidérations sur le causes motrices dans l'histoire mondiale / La tâche de l'historien*. Traduction d'Annette Disselkamp et André Laks, introduction de Jean Quillien. Presses universitaires de Lille III, Villeneuve-d'Ascq, 1985.
- Jauss, Hans Robert. "La historia literaria como desafío a la ciencia literaria". En: *Literatura como provocación*. Península, Barcelona, 1970.
- Le Goff, Jacques. *Histoire et Mémoire*. Gallimard, Paris, 1988.
- Lezama Lima, José. *La expresión americana*. Edición de Irlemar Chiampi. FCE, México, 1993.
- Ortega y Medina, Juan Antonio. *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana: Guillermo von Humboldt y Leopoldo Ranke*. UNAM, México, 1980.
- Pfandl, Ludwig. *Sor Juana Inés de la Cruz. La décima musa de México* y publicado por la UNAM, México, 1946.
- Portuondo, José Antonio. *La historia y las generaciones*. Manigua, Santiago de Cuba, 1958.
- Rico, Francisco. *Historia y crítica de la literatura española*. Grijalbo, Barcelona, 2ª edición aumentada, 1990.
- Sullà, Enric (compilador). *El canon literario*. Arco, Madrid, 1998.
- de Unamuno, Miguel. *En torno al casticismo*. Cátedra, Madrid, 2005
- V. V. A. A. *Enciclopedia RIALP*. Madrid, 1991.

Vossler, Karl. “La décima musa de México. Sor Juana Inés de la Cruz”. UNAM, 1936.

White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación en la Europa del siglo XIX*. México, FCE, 1995.